

~ RUTH ARENAS ~

Memorias  
de una  
nueva gorda



**MEMORIAS  
DE UNA NUEVA GORDA**

RUTH ARENAS

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Memorias de una nueva gorda*

© *Ruth Arenas*

Edición publicada en agosto del 2018

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

~ RUTH ARENAS ~

Memorias  
de una  
muera gorda

*A todas mis mujeres locas y hermosas:*

*A la que me enseñó que morir  
no era el fin del mundo.*

*A la pequeña valiente que siempre sonríe  
y a su hermano de ojos grandes.*

*A la que ve el mundo distinto pintando sus tiestos  
y siempre comprende sin juzgar.*

*Pero sobre todo a Doña Flaca. Por todo.*

~ *Índice* ~

I  
II  
III  
IV  
V  
VI  
VII  
VIII  
IX  
X  
XI  
XII  
XIII  
XIV  
XV  
XVI  
XVII  
XVIII  
XIX  
XX  
XXI  
XXII  
XXIII  
XXIV  
XXV  
XXVI  
XXVII  
XXVIII  
XXIX

# I

Para empezar...

Para empezar, lo haré por el final...

No es un final feliz. Es una silueta que se recorta contra el atardecer de Zahara de los Atunes. Una sombra oscura, escasa, contra el cielo rojo, sobre la arena infinita que se convierte en espejo de pescadores cuando las olas dejan su rastro.

Ahí es dónde quería estar, y ahí está. Una sombra sentada sobre una silla baja de plástico. Sombra de lo que era. Con los pies mojados por la espuma final de las olas y la cabeza reclinada sobre el hombro derecho.

Ahí es dónde quería estar, y el levante le ha respetado dejando espacio a un atardecer mágico. Como tenía que ser.

## ~ *Asumiendo mi rol* ~

*Este país nuestro estaba, hasta hace poco, lleno de productos de la bonanza económica. Eran los nuevos-falsos ricos que vivían “por encima de sus posibilidades”: Niños de 20 años con flamantes BMW pagados a base de mortero y ladrillo, motos de alta cilindrada para cuarentones acomodados, apartamentos en primera línea de playa para familias de alto copete y bajos orígenes.*

*Pero llegó el pinchazo de la burbuja, la Merckel, los bocadillos de mortadela a pie de obra, la obra sin pies ni cabeza. Y entonces todos fueron puestos en su sitio: las casas en primera línea se han embargado, las motos se llenan de multas aplazadas y los coches no pueden pagar ni las ruedas nuevas.*

*Todo se ha perdido... ¿Todo? ¡No!*

*En nuestra querida tierra queda aún un espécimen propio de las épocas de bonanza: “Los Nuevos Gordos”*

*Son esos sujetos en la edad media de la vida, algunos aún en la infancia*

*que, resistiendo como valientes el impulso de la moda del “running”, del “crossfit” y del “TRX”, pasean sus redondeces sin discreción, pero con dolor. Esos que saben que sus curvas posiblemente les costarán la salud, e inexorablemente les costarán los vaqueros pero que se han visto arrastrados, o se han dejado arrastrar, a esta vida de opulencia gastronómica y calórica con total ausencia de desgaste de zapato.*

*Y entre ellos, en un puesto destacado, estoy yo: una auténtica “Nueva Gorda”.*

*Yo era una chica bombón, y ahora soy una chica bombona.*

*Y no penséis, no, que es fácil ser una Nueva Gorda. No es todo orgía de gula y perversión. Es duro: Tu mente no está aún adaptada a los nuevos volúmenes que adquiere tu cuerpo. Y así, cuando vas a comprar ropa, sigues pensando en ese cuerpecito de talla 38 que tenías antes. Coges del Zara los trajes cortos y ajustados, de colores vivos e indiscretos, casi desafiantes, que antes te marcaban el culo y la cintura. Te los pruebas, esperando algo de clemencia del espejo... pero no, el espejo, con una sinceridad descarnada (no como tus muslos), te muestra una imagen que fácilmente podría ser el híbrido entre una morcilla alpujarreña y una puta cuarentona haciendo la calle por 20 euros con los pelos encrespados y el maquillaje sin arreglar desde su último cliente.*

*Si, hay que ser francos. La ropa no queda igual que antes.*

*Y entonces piensas: “Tranquila nena, llevas 2 partos a tus espaldas. No lo intentes con la 38. Seguro que una 40 queda mucho mejor”.*

*Pero la talla 40 te queda exactamente igual, salvo que, en vez de parecer una puta cuarentona, pareces una de esas puretas que veíamos en las discotecas buscando ligue jovencito y virginal con ganas de estrenarse.*

*Preciosa, vamos.*

*Pero tú eres fuerte, y alegre, y optimista. Así que decides probar directamente con la talla 44. Y entonces descubres que ese precioso vestido de lycra mega ajustada en color amarillo lima del bosque con rayas horizontales no lo venden en la talla 44. Y te cabreas porque, ante todo, eres una mujer valiente y asertiva: “¿Por qué no hay de la talla 44?” Entonces te dispones a emprender una liga contra la anorexia incitada por la tiranía de las marcas de moda, a pedir, a reclamar, a demandar, a exigir, que tengan todas las tallas.*

*Caminas con paso firme sobre tus exiguos tacones y la yugular a punto de reventarte en el cuello por la frustración, directa hacia la pobre y*

*delgadísima dependienta que acaba de cambiar su cara de “perdonavidas” por una aterrorizada expresión de “perdóname la vida”. Entre tus pasos te das cuenta de que no, no hay talla 44, porque a lo mejor no se venden mucho en la talla 44 los vestidos ajustadísimos de color amarillo lima del bosque fabricados en lycra capaces de marcar todo lo marcable. Porque a lo mejor, las mujeres con la talla 44 han pensado que, por mucho que se acepten y se quieran, con una talla 44 es necesario tener un poquito más de estilo vistiendo para no parecer un putón viejo y a punto de reventar.*

*No, no es nada fácil ser una nueva gorda.*

*Aún así, tu mente todavía se niega a aceptarlo y, cuando pasas por delante de una obra y ningún albañil te dice nada, piensas: “¡Qué mal está la construcción! Los pobrecitos no tienen ya ni ánimo para piropear”.*

*Y cuando un chico guapo te mira fijamente a los labios y sonrío, tú sonrías... y no se te ocurre pensar que tienes un trozo de perejil grande como un castillo entre las paletas.*

*Pero tú eres fuerte, y luchadora, y no te rindes. Así que decides ir al gimnasio, para lo cual te colocas esas viejas mallas de aeróbic. Si, esas, esas que usabas cuando pesabas quince kilos menos. Y ahí se menean tus carnes trémulas bajo medio milímetro de lycra peligrosamente cerca del punto de explosión mientras que la que está detrás tuya en la clase de spinning mira tu culo cada vez que te levantas del sillín con franca preocupación.*

*No, no es nada fácil ser una Nueva Gorda, y no es fácil cumplir los 35.*

*Por eso dejas de vestirte con la ropa que te gusta, y pasas a vestirte, simplemente, por no ir desnuda. Salir a comprar ropa se transforma en una tortura y te das cuenta de que solamente vas al Kiabi y al H&M, porque Blanco y Bershka están vetados para ti. Y si vas, llenas las bolsas de ropa para los niños porque tu cuerpo no tiene arreglo que valga. Y además: ¿para qué vestirte, si tu queridísimo marido te ha dejado por una diosa de ébano con 10 años menos? ¿Para qué, si siempre tienes en la camisa manchas de la comida de tu hija pequeña? ¿Para qué, si ni siquiera has tenido tiempo de depilarte en los últimos 3 meses?*

*Por eso tienes la tentación de decir que “te engorda el aire”, que “yo como poco, pero mi metabolismo es lento”, “es que soy de hueso muy ancho” “son los kilos del embarazo...”*

*Aunque en tu fuero interno sabes que el aire no engorda, que los*

*macarrones que te metiste anoche entre pecho y espalda no son pocos, y que en los kilos, más que el embarazo, han tenido que ver los burritos que te comiste sin falta todas y cada una de las noches que duraron las dos gestaciones. Las 42 semanas.*

*No, no es nada fácil ser una nueva gorda, pero es fantástico ser capaz de soltar una carcajada cuando te ves con pinta de puta vieja en el probador del Zara. Y se camina más cómoda cuando no te sueltan burradas desde una obra. Y, oye... a lo mejor, ese chico guapo no estaba mirando el trozo de perejil, aunque evidentemente, después de tu amplia sonrisa seductora, ya no podía mirar otra cosa.*

*Y mira, que mejor “ajamoná” que “amojamá”.*

## II

Mayo, benévolo en la costa. El momento ideal, sin turistas en la playa, sin nadie que moleste a un recuerdo de infancia. Tal vez algún pescador que se refleja en la orilla con su red al hombro buscando sustento en el través de las olas.

### *~ El trabajo engorda ~*

*Algunos trabajos ayudan realmente a mantener la figura: repartidor de correos, monitor de spinning, cocinero vegano, frutero, monje shaolin...*

*Algunos trabajos, si te descuidas, engordan: profesora de guardería, agente inmobiliario...*

*Y luego están los que, indefectiblemente, te hacen acabar cual ballena varada: son esos en los que no pasas 7 horas sentado, sino 24. De estas 24, una la pasas desayunando con las compañeras, otra comiendo y cenando, a toda prisa, cual pavos en Octubre. Y en el desayuno no comes fruta, no... bueno, salvo Doña Petarda.*

*Si, todos tenemos un Don o Doña Petarda en nuestras vidas. Son aquellos que desayunan un kiwi a media mañana, no sea que el colon no se les vascularice adecuadamente. Los que, si en el menú hay macarrones o ensalada, piden ensalada. Los que no recuerdan el sabor de unas lentejas con tocino y que, en su saliente de guardia, deciden pasar un par de horas en el gimnasio, irse de senderismo o peor, hacer voluntariado.*

*Para Doña Petarda, no existe la operación Bikini: ella siempre está preparada. De hecho, podría pasar consulta con un Bikini blanco y le quedaría tan bien que los pacientes pensarían que es el nuevo uniforme oficial: "Mira, qué fresquitas van las médicos de hoy en día, con su biquini con cruces rojas...".*

*Y peor aún: Doña Petarda es agradable, la muy jodida: saluda, sonríe al personal, cada día te pregunta por tu estado anímico. Además es brillante: se sabe el jodido vademecum anestésico y controla la UCI sin*

*perder uno solo de sus hermosos rizos morenos.*

*Pero... Doña Petarda tiene un lado oscuro que hace que algunos la odiemos (más aún de lo evidente). Un lado oscuro que ve la luz cuando, tras tú lamentarte amargamente de tu gordura, ella te sugiere la Dieta Dukan, la de la capsaicina, la de la manzana o la del cucurucho, que a ella le cambió la vida. Sí, bonita, como si a ti te hubiese sobrado un gramo alguna vez.*

*Doña Petarda es la reina de los consejo, no solamente de dietas: moda, cremas, pintalabios traídos desde el desierto del Sahara, kohal marroquí... todo lo sabe la lista esta. Y así, siempre está monísima, con su pijama bien planchado insultantemente resplandeciente junto al mío, que dejé en olvidado en la bolsa en el asiento trasero del coche, con sus rizos de anuncio de Herbal Essence, con su saber estar y su voz modulada... odiosa.*

*El desayuno es, claramente, el mejor momento del día. Por eso lo extendemos.*

*Antaño desayunábamos con todo el servicio, sonriendonos unos a otros mientras sabíamos las ganas de asesinarlos entre nosotros. Mirando al que no me quiso cambiar la guardia, al que me criticó con los pacientes, al que me cambió el tratamiento, al que me quitó el quirófano, al que se ha pedido las vacaciones antes que yo, al que te pega puñaladas sonriéndote y al que no te sonríe pero al menos te ignora. Pero un día decidimos que ese pequeño momento sin estrés, sin gente que se muere o te quiere matar, valía la pena ser conservado entre gente selecta y menos hipócrita. Y así comenzamos el Club de los Desayunos Opulentos entre Doña Tecla, Doña Puri y yo. Doña Petarda quedó incluida porque no fuimos capaces de encontrar un motivo aceptable para decirle que no viniese, especialmente con esos ojazos de cachorrito abandonado que tiene y que hacen odiarla aún más.*

*Aquel día de septiembre fue significativo: Doña Petarda nos dio el inmenso placer de aparecer con un aspecto inusitadamente descuidado... ¿qué pasará? La mirábamos las tres, entre sorprendidas y gozosas, como debían mirar los ángeles buenos a Satanás cuando fue lanzado al infierno. Pero algo nos sacó de aquel éxtasis: algo aún mejor.*

*Estábamos Doña Tecla, Doña Puri, Doña Petarda y yo a punto de iniciar el café bombón cuando pasó a nuestro lado en la cafetería un bombón, pero de los de verdad.*

*¿Y quién es Él? ¿quién es ese desconocido?*

*Acompañado por un tipo calvo insignificante apareció un moreno de casi dos metros, ojos grandes, dientes perfectos, postura elegante, seguro de*

*sí mismo, sonrisa de esa que derrite la zona entrepiernas, camisa blanca con el ajuste perfecto, pantalón marcando esto y lo otro... y en nuestra mesa el cacareo constante dio paso al silencio más absoluto.*

*Doña Tecla recordó inmediatamente que no se había afeitado el bigote. Doña Puri fue consciente de que tenía que haber ido a la peluquería hacía más de una semana y a mí me pesaron más que nunca los 30 kg que me separan de mi yo ideal. Solamente Doña Petarda mantuvo la compostura, mirando su kiwi y su torta de arroz integral. Porque Doña Petarda está magníficamente casada con Don Pedales y el amor la llena y la desborda 3 veces por semana. Menos mal que nosotras tres teníamos el hambre que a ella le faltaba.*

*Volvimos al trabajo, cada una a su servicio, conscientes como nunca de nuestra profunda imperfección, consciente yo de que llevo (casi) desde el divorcio sin probar carne (y sin ganas), consciente de que los hombres como este solamente aparecen en la tele... cuando el destino me volvió a sonreír.*

*Aparecieron los dos acompañados de Doña Jefísima, que se mueve en su falda de lápiz como la ratita presumida, sacudiéndose nerviosamente su melena a mechas, avanzando hacia mí.*

*—Victoria, le presento a los nuevos fichajes de dirección. Don Perfecto (también llamado Dr. Perfecto) y Don Bola de Billar. Victoria es uno de nuestros mejores valores. ¿verdad Victoria? Dirige nuestra línea de investigación en enfermedades desmielinizantes (sin remuneración por ello, debería decir) y ya habéis visto los resultados prometedores que hemos obtenido.*

*Dr. Perfecto tomó mi mano con firmeza, saludándome mientras me mira con esos enormes ojazos color miel y esa sonrisa blanca. ¿sosteniendo mi mano un segundo más de lo necesario? ¿dejándome prender de su mirada? Y yo sin saber qué decir. Aquí, la de la investigación, las ponencias, los cursos y la brillante psiquiatra, balbuceando y posiblemente salivando de un modo bastante poco decoroso.*

*—En..en..encantadísima... Si quieres te enseño... le enseño... el servicio. (la planta, no el baño, que también se me pasó por la cabeza)*

*Avancé por el pasillo tiesa como si mis caderas se hubiesen fusionado, sin darme cuenta de que Don Bola de Billar se ha quedado con la mano en el aire esperando que le saludase. Pero normal: ¿Alguien te ha mirado*

*alguna vez, bonito, yendo de lado de este tipo?*

*Después de los 15 minutos más cálidos y secretamente húmedos de los últimos 20 meses... o 20 años, no estoy segura, me despedí del príncipe azul que salía por la puerta, azul también, de la planta. Se alejaba por el pasillo con un contoneo glúteo perfecto mientras allí me quedaba yo, preguntándome si esa sonrisa privada se había debido también esta vez a un trozo de jamón entre los dientes o a mis propias fantasías, cuando se giró, dejando plantados a Doña Jefísima y Don Bola de Billar, y vino hacia mí con esa sonrisa capaz de iluminar el hospital entero.*

*—Oye, Victoria: me encantaría escuchar algo más sobre esa línea de investigación. Me interesa mucho el tema y seguro que tú, que estás al pie del cañón, puedes explicarme mucho más que Doña Jefísima, que a fin de cuentas es una gestora. Espero que podamos sacar algún momento para tratarlo, ver cómo vais, qué financiación tenéis... he estado viendo lo que habéis publicado hasta ahora y, de verdad, me parece muy interesante.*

*—Si, por supuesto. Hombre, somos un equipo modesto, pero podemos plantear temas interesantes.*

*Resulta que Don Perfecto ya sabe de nuestro trabajo, y de mí. De un modo muy infantil, me siento importante.*

*Y se alejó, con sus movimientos felinos, por el pasillo dejándome a mí y a un par de miembros más del staff mirando disimuladamente, de reojo, la espléndida figura que se dibujaba contra la puerta azul de la planta.*

### III

“Es el atardecer perfecto”, había dicho. Y así era. Sin viento esta vez, casi un milagro en esta zona. Con la música de las olas y el susurro de los pasos en la arena. Había estado jugando con la arena dorada entre los dedos hacía un rato. Ya no jugaba más.

#### ~ *El deseo* ~

*Deseo es anhelo. Deseas lo que no posees. Puedes amar lo que tienes, pero sólo puedes desear aquello de lo que careces. El deseo puede vivir sin amor, el amor muere sin deseo.*

*Sin deseo, los mayores placeres no son más que un acto cotidiano. Con deseo, el simple pensamiento de rozar sus labios se transforma en el motivo por el cual respiras, remueve todo tu ser, hace que se te erice el vello...*

*El deseo es irracional. ¿Por qué deseas ese coche, si el tuyo funciona? ¿Por qué deseas un nuevo móvil, si el tuyo solamente lo usas para el whatsapp? No necesariamente lo que deseas es mejor, ni te va a hacer más feliz. Simplemente no es tuyo. Al objeto de deseo le damos significados subconscientes: poder, fuerza, juventud, libertad. Algo mueve el objeto deseado en nuestra corteza primaria: unos ojos, una mirada, un tono de voz o un aroma, que ni tan siquiera eres capaz de detectar conscientemente, pero que te genera una necesidad imperiosa de poseer. Pero, una vez poseído, pierde todo su valor.*

*El deseo es lo contrario a la calma, a la paz. Nos obliga a movernos, a luchar y a perseguir nuestro objetivo. Las guerras se batieron por el deseo: el deseo de esa tierra, de ese oro, ese petróleo. O el deseo de esa mujer: esa Elena de incalculable belleza por la cual se fabrica un caballo de madera. Por el deseo insatisfecho de Perseo murió Medusa, y fue el deseo de Zeus el que la transformó en un monstruo, en algo que no se podía desear. En un nuevo monstruo, en una nueva gorda.*

*El deseo, pese a todo lo oscuro que le reviste, tiene una carta en la*

*manga que hace que todo el mundo desee desear: El deseo te hace sentir vivo.*

*El deseo es lo que nos faltaba. O simplemente lo que le faltaba a él, porque yo no tenía siquiera la oportunidad de sentir su carencia: Completamente puérpera, entre noches sin dormir, pañales, lactancia. Completamente madre por segunda vez, agotada de modo crónico Estado civil: cansada. No lo había visto venir, no lo habría visto ni aunque hubiese venido precedido por los jinetes del apocalipsis. No podía. Yo solamente podía ver los ojos de mis pequeños. Y él veía los ojos de otra.*

*Y mira que nuestros cuerpos llevaban ya tiempo diciéndonos la verdad. No es que él perdiese el interés en mí, la verdad. Nunca pude acusarle de eso. Es que el deseo dejó de existir y simplemente compartíamos fluidos por proximidad física. “Ya que estamos tan cerca, pues follamos”. El sexo apasionado de los salientes de guardia pasó a ser el polvo cansado de los salientes de guardia. Las pieles, aunque se tocaban, dejaron de sentirse. El olor del otro ya no funcionaba como llamada.*

*Pero nos acostábamos juntos en la cama y, como una masturbación sincronizada, tratábamos de conseguir nuestros orgasmos con la ayuda del cuerpo del otro.*

*Cada vez menos caricias porque, a fin de cuentas, las sentíamos anestesiadas. Cada vez menos juego, cada vez menos luz porque ver al otro nos distraía de nuestros propios sentimientos, cada vez menos palabras porque las voces nos apartaban del clímax. Nuestras mentes estaban lejos, muy lejos de nuestros cuerpos. Me encontraba a mi misma como una espectadora de mi propia sexualidad, comentando como una voz en off toda la jugada. Distante, tan distante de los sexos, del deseo y de la pasión. Rechazando la intimidad con el otro. Casi rechazando el cuerpo del otro, dejando que se toquen lo justo, como un trámite incómodo que finalizar cuanto antes —por favor, que acabe ya.*

*Y así, poco a poco y sin darnos cuentas, ayudados por el tiempo, la paternidad y el aburrimiento, nos encontramos un día follando sin quitarnos los calcetines.*

### ***Sexo con calcetines.***

El sexo con calcetines es la muerte de la pasión. Cuando te da igual que un tipo se meta en la cama con calcetines blancos bien subidos en los tobillos dejando ver el

dibujo de dos raquetas entrecruzadas, has de saber que tu sexualidad está en estado crítico.

Necesitas meter ese erotismo en la UCI, hacerle diálisis, ponerle dopamina, meter líquidos a chorro. Lo que sea.

Porque el sexo con calcetines es la antesala de la muerte erótica.

Al sexo con calcetines se llega de modo irremediable sin no se trabaja activamente por evitarlo. Y puede que, si lo trabajas, simplemente consigas aplazarlo.

Es importante detectar los factores predisponentes para el sexo con calcetines. Son aquellos que nos hacen desear menos o aburrirnos más: Una inadecuada educación sexual, un nivel previo bajo de erotismo, poca variedad en el sexo, nivel de deseo previo bajo, complejos...

Sobre estos poco a poco se van añadiendo distintos disparadores que, poco a poco, van destruyendo el castillo del deseo: La insatisfacción sexual, por supuesto. La falta de comunicación, los conflictos de pareja, la falta de actividades de ocio compartidas, el cansancio o el aburrimiento de ver la misma cara durante años. Incluso, el exceso de fusión con el otro.

Esto, y otros elementos, hace que el señor que tienes al lado cada vez se vuelva menos interesante y, si sigue existiendo sexualidad, el tipo de los calcetines se convierta simplemente en la parte que le sobra al pene. Y tampoco es que el pene, por sí solo, sea capaz de dar muchas más alegrías que las que da un buen trozo de plástico mecanizado.

Así comienza a llegar el sexo sin quitarse la camiseta, el deladito que no nos movamos demasiado que estoy cansada, el no hagas ruido que se despiertan los niños y el acaba ya que es tarde...

Y, por fin, un día, descubres aterrorizada que hay un señor metiéndose en tu cama con tobillitos finos enfundados en calcetines del carrefour, camiseta de algodón amarilleada y gayumbos con las gomas rotas.

Y él verá en su cama a una señora con bragas de cuello vuelto, piernas sin depilar y cara de bronca.

Lo dicho: La muerte.

—*Siempre te he querido, y siempre te querré. Odio hacerte daño, pero*

*más odiaría mentirte y hacer que perdieses tu tiempo en mí.*

*Pero no culpemos al sexo monótono. Miles de parejas viven con ese sexo con calcetines o incluso sin sexo en absoluto y continúan, contra viento y marea, porque hay otras áreas de su vida de pareja que les compensan. Incluso miles de parejas compensan esa sexualidad penosa con alguna o algún amante que nunca sacarán de su cajón secreto.*

*¿Qué le faltaba a este profesor antaño prometedor para ser feliz? Él, primero en su promoción, joven catedrático, siempre a la espera de escribir el inalcanzable libro que le metería en los programas de estudios de medio mundo. Él, que lo había aplazado todo por estar a mi lado mientras yo acababa la carrera y preparaba el MIR, que había sido el hombre y padre perfecto durante el embarazo de Ojos Grandes, comenzó a plantearse su propia existencia. Y fue de pronto consciente de que estaba atrapado en una red que le impedía crecer. Y esa red... esa red éramos nosotros.*

*En nuestro segundo embarazo se debió dar cuenta de que sus ataduras eran aún más densas. Y entonces, creo, apareció ella.*

*Ella, como una princesa nubia, con unos pies que apenas rozan el suelo cuando camina, fue capaz de volver a iluminar la mirada de Don Padre.*

*A un lado, ella. Con su cuerpo de adolescente, piernas largas imposibles, piel como la noche y ojos grandes y dulces. Hermosa, etérea, casi una divinidad.*

*Al otro, yo. Un buque mercante surcando un mar de pañales. Una maraña de pelo sin teñir, sin depilar, con menos duchas de las necesarias. Sin mirarme al espejo durante meses, años. Sin mirarle a él.*

*No tenía nada que hacer: escogió su juventud con la fantasía, con el deseo, de recuperar con ella la propia vida perdida.*

*Ahora creo que no fue algo intencionado. No estaba buscando una niña con la que traicionar a su gorda esposa. Simplemente ella apareció en el momento indicado y él no pudo resistirse al deseo.*

*Y así fue como llegué a dar a luz a mi hija sabiendo que mi marido dormiría aquella noche con una mujer a la que sacaba 15 años.*

*Pero como por encima de todo, soy una mujer válida, culta, bien formada y segura de mí, he de decir que lo tomé bastante bien. Fui empática, comprensiva. A fin de cuentas, un poco de azúcar en el depósito de combustible no es nada comparado con todos mis proyectos vitales rotos. Eso, y tal vez su ropa cubierta del producto de los pañales de mi hija. Pero eso fue, simplemente, para que no se olvidase de su paternidad, ahora que*

*pensaba vivir su sueño adolescente.*

*Tal vez lo de plantarme, carrito en ristre y niño de la mano, con mis dos hijos en la cafetería donde ella trabajaba para pagarse los estudios y hacerle sentarse frente a mí, no fue lo más elegante del mundo.*

*—¿En qué estabas pensando? ¿no puedes buscarte un marido propio, que tienes que robar el de otras? ¿pero qué has visto en él? ¿te das cuenta de que has destrozado una familia? ¿qué les explico yo a sus hijos?*

*Y ella, mientras, mostrando mucha más elegancia que yo y sabiendo que su jefe posiblemente la largase después del numerito que yo montaba, trataba en tono bajo de explicarme que no había sido intencionado, que lo sentía, que sabía cuánto daño me había hecho, que había sido algo irracional y no sabía qué la había llevado hasta allí.*

*Claro que yo lo sé: El simple y maldito deseo.*

*Él buscaba algo más que la belleza en la nubia, y ella buscaba algo más que un hombre madurito y barrigón. No sé si un padre, un mentor, un protector tras una vida dura, alguien más estable que los impresentables que se le habían cruzado hasta ese momento. Y ese deseo irracional la había llevado a algo que ella misma reconocía como insensato: un hombre con un pasado, con una familia, con cargas, en vez de cualquiera de los jóvenes atractivos que, seguro, se interesaban por ella todos los días.*

*Y cuanto más la veía yo, con la mirada baja y las manos entrelazadas frente a mí, tratando de aplacar mi ira con un tono de voz suave, tembloroso, más me daba cuenta de que era una niña a la que el deseo, o incluso el deseo de ser deseada por alguien que parecía inalcanzable, había arrastrado hasta esta situación humillante.*

*Así, poco a poco, acabamos hablando de cosas como lo previsible que era la infidelidad de Don Padre. De como, cuando le conocí, yo también había sido “la otra”. Una larga historia desde el instituto con una chica que nunca saldría de la pequeña ciudad donde nació y que le obligaría a volver a ella cuando acabase la facultad. Triste, gris, malvada. Un yugo por el que lloraba en mi hombro de amiga primero, y en mi almohada de amante después. De cómo iniciamos nuestro proyecto vital juntos, de los sueños que teníamos: cuando yo acabase el MIR él comenzaría a escribir, porque no había nada escrito como lo que él guardaba en el baúl de su mente. De cómo le apoyé cuando optó a su cátedra, de la ilusión del embarazo de Don Ojos Grandes mientras hacía mi especialidad, de el padre enamorado que había sido, atento, amoroso. Hasta el punto de decidir posponer su gran obra*

*hasta que Don Ojos Grandes entrase a la escuela. Del tiempo que pasaba mirándole, sacándole fotos, jugando con él. Y de cómo el embarazo de Doña Sonrisas lo cambió todo. Del modo en el que se fue alejando, como yo notaba su necesidad de escapar, su ausencia. Del dolor y la incertidumbre, la desconfianza. El abandono a Don Ojos Grandes, el niño perdido sin saber por qué, el niño que le llamaba por las noches. De el terrible odio que había sentido hacia ella, del parto, las horas de dolor y sangre, teniéndole a mi lado y sabiéndole lejos. De ese momento mágico, único, en el que pusieron a mi hija, tapada con una sábana verde, sobre mi pecho. El instante en el que, abrazándola, supe que daba igual, que no le necesitaba, que yo era más que capaz de llevar adelante a la pequeña criatura que tenía en mis brazos y era él el estúpido que perdía el privilegio de disfrutar de ser amado por ese milagro.*

*También hablamos de cosas que no eran Don Padre y su flamante infidelidad: De mí, de ella, de mi pasado, de mis miserias, de las suyas, de su vida arrastrada y maltratada, del abandono vivida por ambas en algún momento. Acabamos mirándonos a los ojos como dos mujeres que, unidas y separadas por un hombre, están condenadas a entenderse y deciden hacerlo del mejor modo posible.*

*Cuando ya Ojos Grandes estaba demasiado inquieto y me había quedado sin pañales para Doña Sonrisa, nuestra reunión acabó. Me marchaba y me preguntó: “¿Qué quieres que le diga a Carlos sobre esto?” “Dile la verdad. Dudo que nada pueda castigarlo tanto como saber que tú y yo podemos hablar a sus espaldas en cualquier momento”.*

# IV

## ~ *Eróticas coincidencias* ~

*Nuevo día, nuevo café, nueva gorda... 86.5kilos.*

*Era lunes. Eso para el común de los mortales, significa que has descansado y te enfrentas a la semana con más o menos buen humor. Vale, los lunes la mayoría de la gente se enfrenta a la semana con muy mal humor. Lo bueno de suplementar tu sueldo, indignamente bajo para un médico de cualquier país de Europa menos este, mediante guardias, es que los lunes dejan de ser los peores días de la semana. El peor día de la semana es cualquiera antes de una guardia, durante una guardia, y después de una guardia.*

*Si además tienes hijos que, cuando tienes la fortuna de no tener guardia, están única y exclusivamente contigo, te encuentras en la obligación moral de llenar esos pocos instantes que tienes para conciliar vida personal y familiar y llenar los recuerdos de los niños de momentos mágicos. Porque si bien nuestros padres se preocupaban de que comiésemos, durmiésemos y no llamásemos demasiado la atención en el cole, hoy en día tratamos de llenar la vida de nuestros niños de recuerdos debidamente registrados en Instagram y Facebook #LoveMyChildren #ParqueDeAtracciones #FunnyDay*

*Te vuelves entonces la mayor fan del parque, del centro comercial, de todas y cada una de las películas de animación (no recuerdo la última vez que vi una película para mayores de 7 años el cine), de piscinas de bolas, de cualquier evento ferial que haya en la zona, de espectáculos de marionetas, de teatro infantil, de jornadas de equitación, de granja escuela, de saltar en los charcos cuando llueve, de hacer 300 kilómetros ida y vuelta para pasar 6 horas en la playa.... de, de, de...*

*Y mientras eres capaz de hacer todo eso, también estudias y lees artículos y publicaciones, haces búsquedas bibliográficas sobre el posible tratamiento del caso extraño que te acaba de llegar, preparas 4 posters para el próximo congreso, un artículo, dos cartas al director. Y, por supuesto,*

*preparas el último máster que te ha parecido super necesario realizar para completar tu formación y cubrir tus inseguridades en la práctica clínica.*

*Además, no olvides que aunque la maravillosa señora que se ocupa de tu casa durante la semana (lo contrario es imposible) trata de dejarte todo hecho, aún hay que preparar comidas, hacer camas y solventar imprevistos*

*Por eso esos días maravillosos en los que no tengo guardias me uno con calificación summa cum laude a esa horda de madres que arrastran a sus churumbeles por algún centro comercial, con mirada perdida, aspecto cansado, peinado dudoso, maquillaje desfavorecedor y pantalones vaqueros sobaqueros junto a camisa de rayas de vete tú a saber cual temporada.*

*Pero es genial pasar tiempo con los niños, en serio. Don Ojos Grandes, que es de natural tranquilo, es capaz de destruir cualquier estructura levantada en escaparate o expositor. Es así de simpático. Simplemente incapaz de estar quieto. Mientras yo intento recoger todos los pomperos que ha tirado del mostrador del Kiabi, Doña Sonrisas ha sacado todos las joyas y abalorios expuestos y se los ha colocado encima, todos a la vez, diciendo “apaaaa!!!” Y si, suele estar muy guapa, si no fuera por la peste a excrementos que sale de su pantaloncito rosa. Eso es un sábado cualquiera.*

*Así que, pese a que me encanta pasar mis pocos días libres con mis hijos menos cuando les toca estar con Don Padre, llego el lunes al trabajo casi agradeciendo ver a mis pacientes.*

*Lunes, trabajo, paz, cafelito con las amigas.*

*Hablando de todo un poco. De el aspecto serio de Doña Petarda, de la última colaboración de Doña Tecla con la ONG de turno o de la última y pícara lectura de Doña Puri.*

*Doña Puri, llamémosla así, era cualquier cosa menos “pura”. Tras haber visto de frente la muerte, había decidido vivir completamente la vida. Tras perderlo todo, había decidido no tener nada más que perder.*

*Doña Puri es experta en literatura erótica y libros cuya portada hay esposas, antifaces, plumas y satén. Por supuesto, también consume aquellos que en la portada tienen a un musculoso moreno de camisa abierta y sedosa melena. Pero no queda ahí Doña Puri.*

*Mi amiga tiene una lujuriosa vida secreta con la que, secretamente, nos ilustra cada cierto tiempo.*

*Amiga de perversiones, capaz de asesorar en cualquier juguete erótico del mercado, tiene un amplio terreno de caza. Con estrictos criterios de selección, alterna compañeros de cama que le procuren los necesarios*

*placeres para olvidar aquello con lo que el destino trató de destruirla.*

*Porque si Doña Puri se detuviese, si fuese capaz de asomarse al abismo, se arrojaría a él.*

*Ella es una superviviente, una superviviente del cáncer. Una neoplasia de pulmón de la que no pensábamos que saldría. Pero la muerte no sabía con quién se estaba metiendo. Luchó hasta lo indecible. Sufrió, gritó. Odió su destino. La escuché maldecir. Nunca lamentarse. Nunca mostró lástima sino ira. Estaba furiosa con el monstruo que crecía dentro de ella y le iba a impedir ver crecer a su niño.*

*Y poco a poco el monstruo se fue debilitando. Ahora no han crecido los tumores, ahora son más pequeños, no pasan el mediastino... no están.*

*La muerte se mordía las manos huesudas por la frustración. Pero había un modo de hacerle aún más daño.*

*Ya estrenaba su pelo corto y negro, duro como un cepillo, cuando decidieron hacer un viaje a Tarifa todos juntos. Marido, niño, perro y ella celebrando la vida cuando la muerte puso un camión y un conductor imprudente adelantando en su camino.*

*Tardó 2 meses en salir de UCI. Y cuando lo hizo su cuerpo estaba mucho peor que en los peores momentos del cáncer. Y su alma ya no tenía ganas de luchar. La muerte había ganado. La neoplasia había, finalmente, logrado su objetivo: arrancarla de la vida. Marido, niño y perro ya no estaban.*

*No quería ver a nadie. Su hermana, sin saber que hacer, se trasladó a vivir con ella. Pero antes de un mes la expulsó de su casa y de su vida. Se metió en un túnel oscuro al que no dejaba entrar a nadie. Entre Tecla y yo nos turnábamos para presentarnos en su casa con fiambreras llenas de comida que al día siguiente recogíamos intactas. Entonces empezamos a quedarnos sentadas a su lado hasta que decidía probar algo. Y un día la encontramos bebida. Y así permaneció durante meses, y así seguimos, un día Tecla y otro yo, acudiendo a su casa, comprobando que estaba viva y asegurándonos de que se alimentase. Se negó mil veces a recibir otra clase de ayuda.*

*Hasta una mañana, Lunes también, en la que me abrió la puerta duchada, vestida, maquillada y con una sonrisa falsa tan perfecta que casi te la podías creer.*

*—Haz como si todo fuese bien.*

*Y entonces comenzó a hacer como que vivía como terapia para lograr empezar vivir. Huir hacia delante, no mirar nunca lo que deja en el camino,*

*dar a su cuerpo el goce que su alma no podía tener, la superficialidad como método.*

*Así, para quien no la conozca, Puri es una mujer frívola, siempre perfectamente maquillada, siempre en sus tacones, siempre en su peso, siempre con un nuevo y joven acompañante que impide que duerma sola. Y en aquellas extrañas noches en las que ningún cuerpo fibroso calienta su cama Puri aparece en mi puerta, o en la de Tecla, con comida preparada y una película con la que no pensar en esas cosas que apuñalan su alma. Porque Puri no puede estar sola sin morir un poquito más.*

### ***El polvo terapéutico.***

La polvoterapia está diseñada como mecanismo de sobrecompensación de carencias afectivas e inseguridades vitales.

La polvoterapia tiene distintas variantes al igual que otras terapias: la cognitivo conductual, sistémica, dinámica, breve estratégica... pero a diferencia de estas terapias, en la polvoterapia el terapeuta no sabe que lo es y el paciente no sabe que está buscando tratamiento.

Como beneficio adicional a otras terapias de manual, la polvoterapia se va ajustando para compensar aquello que el paciente precisa con las diversas variedades de polvo que existen. Desde el obsesivo que es capaz de abandonarse cuando tiene un papel de sumiso, el narcisista con pies de barro que cierra su herida desde un rol dominante, el evitativo que a base de secreción de oxitocina consigue vincularse, el depresivo al que la dopamina le sienta tan bien, el histriónico al que el juego de seducción da sentido vital, el límite que a través del sexo siente la vinculación que una vez le fue arrancada, el suicida que encuentra en el placer un motivo para vivir, el abandonado que cura su mal de amores en otras camas...

La polvoterapia tiene tratamiento para todos y, al igual que todas las terapias que sirven para todo, en el fondo no sirve para nada.

Estaba Puri comentándome un paciente de esos de “Mira, no sé qué le pasa, pero creo que es del los tuyos. Lo veo raro, raro...” (la psiquiatría siempre guarda un halo de misterio para cualquier otro especialista y los pacientes pasan de ser “el de la cadera rota” a ser “de los tuyos) cuando

apareció Don Perfecto entre las mesas.

Como un anuncio de perfume, casi podía verse el viento agitando su pelo, los labios poniendo morritos y los ojos entrecerrados. En mi mente sonaba la banda sonora del anuncio del chico Coca Cola Light (lo cual es muestra patente de mi edad) Silencio en la sala, todas las miradas hacia él. Alto, esbelto, con su camisa blanca impoluta sin una sola arruga, esa chaqueta propia de chico de izquierdas (con coderas y todo), ese caminar del que sabe que todos le miran y adora ser mirado. Directo hacia nosotras...

—¿Os importa que me sienta?

Y así, como si nada, se une a nuestros estrogénicos desayunos este ejemplo de testosterona, riendo con sus dientes perfectos los chistes verdes de Doña Puri y mirándome con complicidad ante la incómoda postura de Tecla y Petarda. Dios mío, ¡Cómo nos envidiaba todo el hospital!

Así... así da gusto que sea Lunes.

# V

Mr. Jones da vueltas nervioso alrededor de mis piernas. Sus uñas chasquetean en el suelo de madera agrietada del chiringuito. Sabe que algo pasa. Él siempre sabe que algo pasa. Se acerca el momento de ir a por ella, de empezar la película. Y los últimos meses pasan por mi cabeza mezclándose con los últimos días, dándole sentido a todo porque, al final, todo tiene un sentido y todos los ríos van a dar al mar, que es el morir.

## *~ Mister Jones y los niños ~*

*A pesar de la decepción por el abandono de Don Padre, Mr. Jones siempre estuvo ahí para hacerme ver que no todos los miembros del género masculino merecían mi desprecio. Siempre paciente, siempre dulce y amoroso. Aunque claro, Mr Jones está castrado y, de no ser así, se largaría con la primera perrita cachonda que se cruzase pero... eso es algo que prefiero no pensar.*

*Sus ojos grandes color chocolate con leche que me miran y lo saben todo sin tener que hablar, su porte tranquilo, su calma eterna. Él ha sido lo único permanente para Don Ojos Grandes.*

*Mi pequeño y dulce, eternamente inquieto pero siempre atento a todo lo que pasaba, niño, fue quien más sufrió por la separación: No sólo se veía desplazado por una preciosa bebé, objeto de todas las carantoñas que antaño eran suyas, ojito derecho de su abuela Doña Flaca (es que es igualita a mí cuando era niña!!!!). Sino que, además, ese padre maravilloso que jugaba con él, que le llevaba, le traía, le dormía por las noches y le contaba cuentos, de la noche a la mañana desapareció..*

*Tenía 4 años, pero nunca fue tonto. Se dio cuenta de su partida, del hueco en el armario y del plato que faltaba en la mesa. Pero, además, nadie estuvo para suplir ese espacio vacío porque yo vivía mi propio abandono y mi propio puerperio.*

*Se acurrucaba por las noches en la cama, tratando de encontrar mi calor mientras yo me perdía en el amamantamiento de Doña Sonrisas. Mi pecho para ella, mi espalda para él. Y aún así, seguía buscándome. Sin parecer ver cuánto me faltaba para ser la madre que él necesitaba. Sin echarme nunca en cara el mal estado en el que estaba el corazón que apenas le entregaba. Tragando, incluso, con mi frustración, con mis llantos en una esquina de la cama cuando por fin su hermana se dormía. Venía entonces y, sin decir nada, se abrazaba a mí y me mecía como hacía yo con él. Cuatro años.*

*¿Y quién era el que llenaba ese espacio que yo no sabía cubrir? Él, siempre él. Ese viejo pestoso de pelo blanco sucio que nunca dice nada pero que siempre lo sabe todo.*

*Mi viejo mastín. Muy grande para un piso. Tan grande que la única condición que puse cuando Don Padre y yo buscábamos una casa que fuese nuestro hogar fue tener un jardín donde él pudiese tomar el sol. “Vamos a buscar casa para el perro en vez de para nosotros” decía. “Para mi perro siempre fui y siempre seré la mujer de su vida. De ningún hombre podré nunca decir eso”.*

*¡Cuánta razón tenía, sin darme cuenta siquiera!*

*Y fue tomando el sol, un día de verano, cuando me di cuenta de la vital importancia que Mr. Jones tenía en la vida de mi pequeño.*

*En una tarde de Septiembre, extrañamente silenciosa: Doña Sonrisas durmiendo la siesta, Don Ojos Grandes no hacía ningún ruido. ¿Dónde está el niño? No veía la tele, no estaba jugando en su cuarto. Ya nerviosa me asomé al cristal de la terraza y los ví allí, los dos. Tumbados al sol después de un par de días de lluvia. Mr Jones cuan largo era sobre su cama acolchada, con el hocico apoyado en el suelo. Mi hijo con la cabeza sobre la mullida barriga blanca. Hablando, contándole algo, algún secreto que a mí no me cuenta. Gesticulando claramente sobre un tema que debía ser importantísimo por el énfasis que ponía. Y Mr Jones escuchando, paciente. Su mirada se cruza con la mía a través del cristal. Levanta una ceja como sólo los perros saben hacer. Me dicen sus ojos: “Tranquila, está conmigo. Yo le comprendo”*

*Yo he estado lo que he podido. Repartiendo mi tiempo escaso entre ambos niños estos últimos 3 años. Pero desaparecía en mis guardias, en mis congresos, en mis tardes de trabajo. Entonces aparecía Don Padre. Siempre con algún problema. Frecuentemente encontrando algún motivo inexcusable*

*por el cual no podía venir a por sus hijos. Su vida de nuevo adolescente estaba demasiado ocupada. Aparecía pues Doña Flaca, con su Nintendo Wii bajo el brazo para consentirlos a ambos como buena abuela. Aparecía Doña Puri, calmando los gritos de su útero que reclabamaba su fruto perdido. Siempre había alguien, pero nunca era el mismo. Nada ha sido permanente, salvo Mr. Jones.*

*Mr. Jones apareció por mi vida allá por el año 2005. En aquella vida estupenda de soltera mía podía hacer cosas de esas que solamente la gente joven, motivada, activista, puede hacer. Así que frecuentemente acudía a colaborar en una asociación protectora de animales: limpiar cheniles, bañar perros, cepillarlos, pasearlos.*

*Y allí, ya con su mismo porte tranquilo, estaba él. Esperándome junto a la puerta de su chenil cada vez que yo venía. Entre los saltos, los ladridos y gemidos de perros ansiosos, él se acercaba, tranquilo, y ponía su cabeza en mi rodilla. Con su pinta de perro viejo pese a ser un cachorro. Yo tocaba su pelo duro un rato y después me acompañaba mientras daba de comer a los demás.*

*Vio salir a muchos de sus compañeros a nuevas casas: perros emigrantes como ahora los universitarios, viajaban a hogares mejores en Alemania. Otros, los menos, se quedaban en territorio nacional. Pero él nunca tenía una oportunidad.*

*Era un perro grande, muy grande. Pesaba más que yo entonces. Y no era el más guapo del grupo: mirada un poco de vaca, con las córneas frecuentemente rojas, no podía competir con un cocker, con un pastor alemán o con un precioso y graciosísimo mestizo que sabía hacer mil trucos.*

*Aquel día se montó una pelea en la protectora. Otros dos perros se enzarzaron y otra voluntaria y yo nos arrojamos de modo insensato a separarlos. Mr. Jones también. En un alarde de velocidad que nunca había visto en él, y nunca he visto después, se puso justo en medio de un rottweiler y un cruce de pastor. Y los separó. Acabó en sus cuatro patas, firme, como un padre de familia que separa a dos niños que discuten, mirándolos a ambos con severidad, enseñando los colmillos: “¡Cada uno a su rincón!” Y lo hicieron, por supuesto. Ambos perros, antes fieros, ahora humillados, gimoteantes, se alejaron con las orejas gachas y el rabo entre las piernas. Uno a cada lado. Todo en orden.*

*Pero pagó su peaje por este acto heroico: una oreja desgarrada, dos*

*feas heridas en el cuello, una dentellada que partió un belfo por la mitad. Le curé mientras la otra chica curaba a los combatientes, y mientras le susurraba: “Gracias, chico. Gracias Mr. Jones. No habríamos podido separarlos sin ti. Menos mal que tú, tan fuerte, estás aquí”.*

*Y mientras yo le hablaba y metía con toda la confianza que me daba la mano en su boca para curarle, él me miraba. Con sus ojos color chocolate , con sus ojos de vaca. Su mirada triste de perro que nunca había conocido lo que era dormir en un sofá, ni tener su propio cuenco de comida, ni mirar el invierno desde una ventana.*

*Entonces lo vi. Y me vio. Él era para mí y yo era para él. Y sin papeles, sin más preámbulos, le puse su primera correa propia y lo subí a mi Twingo. Y de mi Twingo a mi apartamento alquilado. Y de ahí a la casa de mi madre porque ningún alquiler aceptaba un perro de tal envergadura.*

*Desde luego, Mr. Jones nunca ha sido un perro al uso.*

*Aunque no dudo de su inteligencia, no es, digamos, de aprendizaje fácil. No sé qué tal serán otros mastines, pero después de 2 kilos de pechuga de pollo desistí de mi intento de enseñarle a sentarse. Él se sienta cuando considera oportuno. En cuanto a dar la pata... pues de vez en cuando, cuando espera que le acaricies el pecho como le gusta. Nunca ha jugado a la pelota: “A ver: si quieres la pelota...¿para qué la has tirado?” Ni tampoco a tirar de un palo o de una cuerda. Eso es demasiado cansado para él, que ahorra cuidadosamente todas sus energías por si acaso alguna vez las vuelve a necesitar.*

*Eso sí, camina perfectamente junto a mí sin tirar de la correa. Sospecho que no es por educación, sino por simple vagancia: “¿Para qué correr? Hace un día perfecto para caminar...” Da igual si se cruza un gato, un perro o el príncipe de Gales. Mr. Jones nunca alterará su ritmo pausado. Sospecho que es un poco como un tractor, con marchas cortas pero potentes. Puede ir por cualquier terreno, pero a su ritmo.*

*Es un perro tranquilo, muy tranquilo. Puede pasar 16 horas seguidas sin moverse de su colchón. Las visitas pueden confundirlo fácilmente con una alfombra moderna, si no fuese porque eventualmente sus flatulencias nos confirman que sigue vivo.*

*Mr. Jones, en sus primeros tiempos, no se molestó en romper zapatos o muñecos. No. Él, si se aburría, se comía la pared. O la rueda del coche. O el sofá entero de una esquina a otra. Pero con calma.*

*Desde bien pronto aprendió a no hacer sus cosas dentro de casa, porque*

*cuando lo hacía teníamos que andar por el salón como por un campo minado hasta la cocina y usar una pala de jardinería para poder comenzar la tarea.*

*Su pelo duro exige pocos cuidados. Normal, aunque es mucho, lo renueva con muchísima facilidad. Así mi casa se convirtió pronto en un paraje acolchado de pelos blancos que aparecían como la niebla en las películas de terror. Con lo que obtienes cada vez que le cepillas puedes llenar fácilmente un sillón puff. Y nunca deja de salir. Es capaz de conseguir la generación espontánea de pelo.*

*¿Y qué más da todo eso? Mi querido y viejo Mr Jones ha sido el elemento al que mi pequeño se ha aferrado en medio de la tormenta. Y lo ha hecho bien. Le ha calmado, le ha protegido. Le ha dado más amor del que él nunca recibió. En su infinita sabiduría canina ha sido el psicólogo, el amigo, el confidente de mi tierno niño. La calma de mi incansable. Mi querido perro ha sido mi apoyo de un modo tan sutil, tan inteligente, que dudo mucho que ningún humano pudiese haberlo logrado. Mi compañero.*

*Así que cuando de madrugada me encuentro a Don Ojos Grandes aplastado contra la pared sobre la cama, abrazado a su peludísimo amigo, cierro la puerta en silencio y les dejo dormir en su secreto.*

## VI

Había perdido tanto peso en los dos últimos meses. Ella, no yo, evidentemente. Dejó de comer poco a poco, acabó alimentándose solamente de chocolate y alcohol. Se negó a los batidos de proteínas. Poco a poco se le iba la vida de las mejillas, de las caderas y de debajo de los ojos, y todo eso lo ocupaba una sombra oscura.

### *~ Pierda 15 kg en un mes ~*

*Martes, 7 de la mañana. 87 kg. Vistiendo a toda prisa a Don Ojos Grandes mientras Paqui “la milagrosa” llegaba para hacerse cargo de Doña Sonrisas, mi casa, mis comidas y mi vida. Me metí en la ducha mientras me lavaba los dientes. Don Ojos Grandes vino con sus zapatillas azules a preguntarme cual iba en cual pie.*

*—¿Te has bebido el zumo? ¡Ya te has llenado la camiseta! ¡No has llegado ni a la puerta de la casa limpio!*

*Mientras tanto Doña Sonrisas aprovechaba mi desatención para llegar hasta su oscuro objeto de deseo de las últimas semanas: la escobilla del váter. Rápidamente se intentó cepillar el pelo con ella, por lo que salí de un bote de la ducha y resbalé a la salida (¿dónde está la alfombrilla?) cayendo en un estruendo con mi voluptuoso trasero sobre la fría loza del baño. Me clavé el borde de la ducha en las costillas. Afortunadamente tenía grasa suficiente para amortiguar el golpe o me habría fractuado pelvis y parrilla costal. ¡No todo iba a ser malo!*

*En pelota picada, con el cepillo de dientes en la mano y el pelo lleno de mascarilla, salí por el pasillo con ambos críos del brazo. Aún desnuda, con mis grandes y flácidos senos colgando, me acuclillé a ponerle al niño las zapatillas mientras él le quitaba la camiseta empapada a la hermana. Me caía el champú en los ojos, no conseguía meter el velcro de la zapatilla por el agujero. Mi paciencia se agotaba, mis nervios ya hacía rato que se*

*habían crispado. Me mordí los labios por no empezar a gritar a mis hijos como una energúmena. Listo. Lo levanté.*

*—Vete al salón y te sientas ahí, viendo los dibujos! Y no te muevas, no te manches, no te arrugues, no hagas ruido y no respires!*

*—Mamá... necesito respirar.*

*—¡Bueno!... Respira pero... ¡Bajito!*

*Volví al baño, descalza y andando como un pato para evitar resbalarme otra vez con el maldito terrazo. Me enjuagué el pelo y terminé la ducha sin atreverme a afeitarme las piernas.*

*Me vestí en menos de un minuto, Doña Sonrisas apareció por el pasillo con las bragas en la mano. Le puse otras rápidamente. Sonó el timbre. ¡Paqui! ¡Gracias a Dios!*

*Dejé a la niña en sus brazos mientras trataba de hacerme la raya del ojo más digna posible. Me puse colorete a toda pastilla, sabiendo que era muy posible que el efecto se pareciese excesivamente a una muñeca de porcelana. No me daba tiempo a peinarme. Dejé el pelo mojado: que sea lo que Dios quiera.*

*Metí a Don Ojos Grandes en el coche. 7:38. Iba con tiempo. Metí la llave en el contacto y antes de girarlo tomé aire profundamente y respiré. Una vez, dos, tres. Miré esos maravillosos ojos verdes y marrones por el espejo retrovisor.*

*—Amor. ¿Estás listo?*

*—Si, mami.*

*—¿Qué canción quieres hoy?*

*—Plaza encanto.*

*—Vaaale*

*—Mami...*

*—Dime amor.*

*—Hoy estás muy guapa.*

*Y ya se acabaron todos mis problemas.*

*8 de la mañana. Bueno, 8,15, no iba con tiempo. En la reunión de novedades aproveché para revisar el correo en el móvil. Vale, no está bien que mientras enfermería me cuenta qué tal comen, duermen y cagan los pacientes yo me distraiga con el aparatito, pero la verdad es que últimamente no me sobraba demasiado tiempo. Y con últimamente quiero decir en los últimos 5 años.*

*Correo del banco, avisos de cumpleaños del facebook, alertas de google academics... y publicidad:*

*“El secreto mejor guardado de Rosa: Así perdió 20 kilos”.*

*—Hombre, me vendría bien*

*“Los médicos no quieren que conozcamos esta planta, te hará perder 15 kilos en un mes”.*

*—Bueno, es algo menos, pero seguro que si hago 2 meses llego a los 30 que necesito.*

*“Sus vecinas la odian, pierde 20 kilos y recupera su vida”.*

*—Creo que podré soportar un poco de odio de mis vecinas. Nuestro queridísimo San Google, que es como el Gran Hermano, pero conocido y aceptado plácidamente por todos, suele controlar las búsquedas que hacemos, las webs que visitamos. Incluso los sitios a los que vamos, el deporte que hacemos al día. Como imbéciles, además, nos colocamos relojes y pulseras que controlan nuestra ubicación, frecuencia cardiaca, temperatura, ritmo de sueño... por si se le fuese a escapar algo a los de Mountain View.*

*Al final, Google lo sabe todo. Google sabe donde vas, donde comes, donde vives, cuanto ejercicio haces. Google sabe incluso cuando follas y con quién.*

*Y por eso, Google me mandaba anuncios de productos para perder peso, pero no me mandaba lencería, condones ni viagra femenino. Google sabía lo que necesitaba... y lo que no.*

*Pasando de largo por el hecho de que en el Gran Ojo sabían que mi vida sexual era paupérrima, me doy cuenta de mi propia reacción al ver los anuncios de pérdida de peso:*

*Cada vez que veo uno de estos anuncios como sanitaria entiendo que podrían calificarse de estafa: Nada puede hacerte perder 15 kg en un mes sin pasar hambre, comiendo de todo. De hecho, ni con un balón intragástrico puedes perder tanto peso. Pero... queda un rincón que quiere creer... quiere creer que hay un mundo donde un científico loco que obtiene un fruto en lo más profundo de la selva brasileña que es capaz de licuar las grasas de mi cuerpo y hacer que las expulse en la orina. Un pedacito de mi está a punto de sacar mi pobre Visa y pedir dos cajas de ese polvo que, echado sobre la comida, hace que no quieras comer nunca más.*

*Y yo soy médico.*

*Así que hay otras mujeres sin formación sanitaria, tan orondas o más que yo, que reciben estos mismos anuncios de google. Y que dudarán, poco, en comprar estos polvos, o esta fruta mágica. Y que se decepcionarán. Incluso puede que con la decepción coman aún más.*

*Pero además, se crea la idea de que los gordos lo estamos porque queremos: “¿por qué está gorda? ¡con lo fácil que es tomar estos polvos mágicos que tomó Rosa...! Es que la gente se abandona ...”*

*Y eso añade aún más peso a mi peso. No sólo soy gorda. Además soy dejada, vaga, falta de voluntad. Todo eso va unido a la imagen de una mujer gorda. No entro en aquello que la sociedad entiende como “mujer de éxito”*

*Da igual mis estudios, mi capacidad, mi calidad humana, mi esfuerzo. Así me veo cada mañana sobre mi báscula: gorda, floja, vaga. Ayer no fuiste al gimnasio, como cada día desde hace un año. Ayer cenaste pizza, y ahora pesas medio kilo más. Floja, vaga, inútil. Todo eso va en la palabra gorda.*

*En eso vagaba mi mente, mientras la enfermera contaba qué tal cagaba el fulanito de turno, cuando me entró un wasap.*

*Don Perfecto.*

*—“¿Desayunamos?”*

*—“Estoy reunida. En una hora”*

*—“Os veo en la cafetería”*

*—“OK”*

*—“Deseando estoy”*

*Deseando... y solamente con leer esa palabra noté como entre mis piernas algo (¿dormido?) se despertaba.*

*Por esa simple palabra dejé volar mi imaginación enfermiza por su cuerpo, ajena, completamente ajena, a lo que fuese que estuviese pasando en la reunión.*

*Deseo. Irresuelto. Insatisfecho. Incapaz de satisfacerse. Encerrado en un cuerpo que no se siente merecedor del mismo. Deseo, fantasía inalcanzable. Vuelve, Victoria, vuelve al mundo real. A ese mundo en el que un desayuno es simplemente un desayuno.*

*Sin embargo ya estaba viendo su cuerpo... ¿desnudo? Jadeante, brillante su piel sobre unas sábanas de satén muy distintas a las de coralina que tengo en mi cama. Ya estaba sintiendo su aliento en mi cuello, ya notaba sus manos deslizarse por mi espalda*

*—¡Doctora!*

*—¡Qué! ¡Dime! ¿Qué pasa?*

—Hombre, que le estoy preguntando que si Mateo puede salir con la familia...

—Mateo hasta ahora no ha querido salir con la familia.

Así, arrancada cruelmente de los brazos de mi deseo, volví a poner los pies en la tierra. Vuelta al mundo real. Al mundo en el que un desayuno es simplemente un desayuno.

Cuando Doña Tecla y yo bajamos a la sede oficial del Club de los Desayunos Opulentos, Doña Puri y Don Perfecto ya estaban allí. Desde lejos los vi, sentados. Ella con la barbilla apoyada en su mano, sonriente, inclinada hacia delante, seductora. Quizás un poco más delgada de lo habitual, pero poniendo en escena las mejores de sus artes para seducir al hermoso ejemplar que tenía delante.

Y él, correspondiendo, riendo con sus dientes perfectos, perdiéndose sus dedos en su pelo al atusárselo.

Entonces, por un instante, mi querida amiga, compañera desde hace años, confidente y tita adoptiva de mis hijos, pasó a ocupar el puesto número uno entre mis enemigas. Incluso por delante de Doña Petarda y la Diosa de Ébano. Ella, sin aún tocarlo, estaba rompiendo mi fantasía. Robando lo que no era mío. Pero entonces volví. La miré. Ella se lo merecía. Esa mujer fuerte, hermosa a pesar de todo. Un animal salvaje capaz de controlar todo lo que pasa a su alrededor para no controlar lo que pasa dentro de ella. Ella podía tenerlo. Yo... ni en sueños.

Me senté frente a él. Me miró, le miré mientras hablamos de una cosa y de otra. Puri habla. Me sigue mirando, sonríe. Llega Doña Petarda. Me sigue mirando. ¿A mí? ¿En serio? ¿Por qué me mira? ¿A qué viene este juego? ¿Me estás tomando el pelo?

No sé de qué hablamos. Algo de patología, algo de gestión. Doña Tecla indignada con el trato al profesional. Doña Puri mostrando sus encantos como un pavo real. Doña Petarda seria, ansiosa, mirando a su Kiwi como si fuese la cosa más interesante del mundo.

Y, a un millón de kilómetros, él y yo. Nuestras miradas. Magia. ¿magia? No puede ser, juraría... juraría que sentía como si... como si me desease. ¿podía ser? Como si yo tuviese 15 años menos y vistiese ese vestido de lycra ajustado color lima salvaje con rayas horizontales y me quedase como un guante. Como si no hubiese visto mi pecho pendular sobre mi abdomen aquella mañana. Como si no pesase 87 kilos. Me sentía, casi, como si mi

*hijo tuviese razón. Como si estuviese muy guapa aquel día.*

*Debo ser justa. No era la primera vez que me sentía así desde el divorcio. Había podido disfrutar de las miradas de deseo de algún otro varón, mucho menos merecedor de atenciones, desde luego.*

*Fue alrededor de un año después de que Don Padre abandonase el hogar. Mi primera salida de congreso como mujer divorciada. Entre deprimida y deseando que un buen polvazo terapéutico me arrancase la sensación de haber fracasado como mujer.*

*Y claro, allí estaba él. Ni alto ni bajo, ni guapo ni feo, ni simpático ni antipático. Un perfecto insulso facultativo con su perfecta e insulsa vestimenta que, como todos los insulsos, cuando llegaba el momento post congreso se soltaba la melena (escasa) como si no hubiese un mañana.*

*Y yo, con mi vida, también insulsa, cedí entusiasta al restregamiento de cebolleta a ritmo de Enrique Iglesias. Y claro, eso no podía acabar bien.*

*Me di cuenta en el momento exacto en el que puso su mano sobre mi teta inmensa. Yo a horcajadas sobre él, en el sillón de su cuarto en el hotel... y aquellas manos llenas de dedos sin saber tocar, aquella boca sin sabor. Torpes los dos. Seguramente cada uno de nosotros con otros cuerpos podríamos haber funcionado mejor, pero juntos éramos un fiasco catastrófico.*

*¡Pobre de mí, ¡Mi primer polvo tras el divorcio y era aún peor que con mi marido!*

*En la cama nuestros cuerpos tropezaron el uno con el otro. Yo no podía dejar de pensar en aquellas manazas, y verle desnudo no mejoró la cosa.*

*Cierto que yo no estaba para echar cohetes pero... aquel ridículo pene en un cuerpo tan grande...*

*El pobre, lo intentó con el sexo oral. Y si, se puede comer mal un coño. Pasamos a más simplemente para ver si aquello acababa cuanto antes, pero el hombre encima no tuvo la deferencia de tener una eyaculación precoz que aliviase el malestar rápidamente.*

*No hay nada bueno que se pueda decir de aquel desencuentro sexual. Eran dos cuerpos que bailaban canciones distintas, sin más pretensiones. Un momento que desde el primer minuto supe que no se iba a repetir. Una triste marca en el cabecero de la cama. Erotismo para olvidar.*

*—¿Volveremos a repetirlo?*

*—Mmmm... eres un tipo fantástico, pero creo que tú y yo no resonamos...*

***El polvo/desencuentro.***

Es todo eso que sale en las películas eróticas, pero al revés.

Si te vas a besar, se chocan los dientes. Si te agarra el pelo, se le enreda la mano y te arranca cuero cabelludo. Si va a penetrar se rompe los cuerpos cavernosos. Te agarra una teta y parece que está amasando pan, te toca el pezón como si estuviera sintonizando radio marca.

Un puñetero listado de desastres eróticos.

Pasas todo el rato pensando en que va a mejorar en algún momento y no, no mejora para nada.

Que no es que el otro sea torpe: Es que tú tampoco tienes tu mejor día. Que le has dejado la marca de los dientes en sitios dolorosos, le has metido el pelo en los ojos y le has pisado los huevos con la rodilla (sin querer)

Y ojo, no depende del grado de erección. Ya puede estar él haciendo de abanderado de la selección, que eso no funciona.

Déjalo cuanto antes: No se han alineado los astros y no lo van a hacer. Si esto puede mejorar con el tiempo es simplemente porque no puede empeorar más. Hay gente que no se mueve en la misma frecuencia, no te culpes ni le culpes. Simplemente no funciona.

Vuelvo a la planta, veo dos pacientes y, al volver a mi consulta, pegado a la pantalla del ordenador, un post-it rosa y en él, escrito a mano, un mensaje.

“No sé si sabes lo preciosa que eres”.

## VII

—Esto es una mierda —susurra el veinteañero de rizos de azabache.

—Una gran mierda —dice el surfista del pelo trigueño—, pero es así como tiene que ser.

### *~ La vie en merde ~*

*Recuerdo la canción, “la vie en rose”, con aquella Edith Piaf de cejas imposibles. Especialmente la recuerdo cuando paseo con Mr Jones bajo una farola como aquella bajo la que vio la luz por primera vez la pequeña Edith, y mi amigo deja un pastel descomunal, siempre proporcional a su inmenso cuerpo canino. Y es que, por algún motivo, pienso en “La vie en merde”.*

*Quizás porque la vida de la propia Edith fue dura, imposible, de leyenda. Desde que su madre la alumbra sola, abandonada por su padre, a la leyenda de la abuela que la alimenta con vino, y luego las prostitutas crían a la pequeña hasta que el padre alcohólico la arranca de los numerosos senos que la rodean.*

*Una vida de dolor extremo con una voz extrema y un valor extremo que la llevó a salvar judíos en la segunda guerra mundial en la propia cara de los alemanes, a amar a pesar de haber perdido a su gran amor en un accidente. Una vida brillante que, llegada a su ocaso, hizo que se parase el tráfico en todo Paris.*

*Y por algún motivo oscuro mi mente cambia la palabra “rose” por la palabra “merde”.*

*Y es que llevo 7 años viviendo rodeada de mierda: Empezando por los innumerables pañales de Don Ojos Grandes, siguiendo por los de Doña Sonrisas, acompañado de la dificultad de higienización que el tener a dos hijos sola conlleva, más los grandes regalos que deja mi perro... la mierda pasa a ser uno de los ejes de mi vida.*

*¿Parece exagerado? ¿Qué es lo primero que pregunta un pediatra?:*

*“¿El niño come bien? ¿Hace caca bien? ¿A diario?” Y en sus*

*innumerables episodios diarreicos: “¿De qué color es la caca? ¿tiene moco, sangre, granos de arroz? ¿Cuántas veces al día? No se preocupe; meta en este botecito una muestra de la caca durante 3 días, la guarda en la nevera y me la trae la semana que viene, a ver si tiene algún parásito...” —Y ahí estás tú, con el bote de mierda justo al lado de las fresas.*

*“¿Tiene fiebre? Le ponemos este supositorio de paracetamol...”*

*“Tómele usted la temperatura rectal...”*

*Y, por supuesto, todos los opinólogos de la familia: “Este niño no hace caca todos los días: métele una ramita de geranio con vaselina por el culete...”*

*¡Qué manía, por Dios!*

*Como nueva gorda, esto continúa en mi propia persona: Me peso cada mañana, siempre en ayunas. Siempre con mi colon vacío, tratando de evitar así que lo que es un desecho pese como parte de mi cuerpo. Evito de modo enfermizo que nada se acumule dentro de mí, para no sentirme... ¿hinchada? ¡Como si fuese una gran diferencia! Pero no importa, sirve, aunque sea como excusa si me encuentro con más peso de lo esperado.*

*Leo esto y reconozco dolorosamente lo irreal y patológico que resulta pero, sinceramente, ¿hay algún nuevo gordo que no haya intentado controlar lo que sale de su cuerpo, ya que no controla lo que entra?*

*Estaba sacando a Mr Jones, con una gran bolsa recogiendo su excrementos de Mastín, medio kilo tierno y tibio, cuando una voz cálida me saluda:*

*Y si, allí estaba él, perfecto. Con unos pantalones tan breves que no merecen ese nombre, sudoroso, con su Iphone en un brazalete y los auriculares en las orejas, una camiseta reflectante, zapatillas Asics, un tatuaje que cubre su muslo y su brazo izquierdo hasta el codo. Sin pararse, dando saltitos en el sitio para no detener su entrenamiento. Uno de esos odiados runners que cada mañana salpican la ciudad de pijos insoportables que corren únicamente para poder colgar su ruta en el facebook. Uno de ellos, si, posiblemente el presidente fundador del club de runners cuarentones del facebook: Don Perfecto.*

*Lo miré, bien mirado, de abajo arriba, desde mi posición en cuclillas con la mano congelada sobre el mojón de mi perro. Consciente completamente de mis pelos de recién levantada, la ausencia de maquillaje, la camiseta de dormir, los leggins dados de sí y las zapatillas de mercadillo que llevo puestas.*

—¡Caray, menudo perro grande que tienes! Desde luego, nadie te va a asaltar así.

—No suele asaltarme mucha gente a las siete menos cuarto de la mañana, afortunadamente. Pero tranquilo, reconoce a los amigos.

Mr Jones ya le estaba oliendo la pierna, el tatuaje y, por supuesto, la entrepierna, con insistencia suficiente para hacer que Don Perfecto diese un saltito nervioso hacia atrás.

—Lo que te recomendaría, eso sí, es que no corrieses delante de él. Lo puede entender como una provocación.

Vale, Mr Jones jamás ha salido corriendo detrás de ningún runner, pese a que alguna vez yo se lo haya sugerido. Pero no pude evitar la pequeña maldad que hizo que Don Perfecto cesase inmediatamente de dar esos ridículos saltitos en el sitio.

Desafortunadamente para mí, que no me encontraba en el mejor momento estético de mi vida, Don Perfecto parece ser de esos tipos que se levantan con una energía maravillosa y desean hablar felices y animados con cualquier desdichado que se encuentren en el camino. Yo, sin embargo, soy de esas personas que hasta que no se toman los tres primeros cafés del día son capaces de asesinar a sangre fría a cualquiera. Especialmente si es un runner de esos que se empeña en recordarme cada mañana lo vaga que soy.

Me acompañó a casa, al lento paso de Mr Jones, con una charla insoportable sin café, por muy guapísimo que sea.

—¿Entonces vives por aquí? ¡Qué bien, está cerquísima del hospital! Yo vivo más lejos, vengo desde allí corriendo, llego al hospital y vuelvo. Unos ocho kilómetros cada mañana. Eso sí, dos veces en semana lo cambio por aqua running para evitar sobrecargar las articulaciones.

—(Dios mío, llévame pronto)

—Oye: ¡Qué majo es tu perro! Si me deja que lo acaricie y todo.

(Mr Jones, traidor... ¿no ves que no he tomado café y tengo unas pintas horribles?)

—Pues si vives por aquí, podríamos salir a correr alguna vez ¿no?

—Hombre... sí...sería una posibilidad (correr es de cobardes) pero yo solo salgo a estas horas cuando Don Padre tiene a los niños. Si no, tengo que esperar a que llegue la niñera...

—Bueno, pues cuando tenga a los niños. Un día de entrenamiento es más que cero ¿verdad? Todo entrenamiento cuenta...

—Yo es que no entreno mucho...

—Ya... bueno... pero... ¿no decís los psiquiatras que el deporte es tan buen antidepresivo como cualquier fármaco?

—Los psiquiatras decimos muchas chorradas, la verdad.

—Ah... bueno. Entonces... ¿qué más cosas haces cuando Don Padre tiene a los niños?

—¿Qué?

—No sé... estoy solo por aquí ...

—¿Me estás pidiendo una cita?

—Supongo que sí... bueno, no como psiquiatra, ya sabes. Por salir. ¿Tal vez a cenar?

Ya en la puerta de casa. Me quedé boquiabierta: El tipo macizo de los tatuajes y el sudor brillante sobre la piel a la luz del amanecer me está pidiendo una cita. A mí. A mí en pijama y zapatillas de mercadillo. Sin maquillar.

—¿Te estás quedando conmigo?

—¿Cómo? ¿Por qué?

—¿No?

—No, no te entiendo.

—Bueno... entonces sí. Hoy tengo guardia. Este fin de semana Don Padre tiene a los niños. Tal vez podríamos salir.

Abrí la puerta de mi casa y, con un gesto teatral lleno de feminidad, coqueta, casi retándole, vestigio de mis tiempos de chica bombón, me giré hacia él sonriente mientras entraba:

—Ya sabes donde vivo, puedes venir a buscarme y sorprenderme con algún sitio bonito...

—Por supuesto: no mereces menos pero... ¿no vas a tirar eso?

Vuelta al mundo real. Miré mi mano y vi en ella la bolsa de medio kilo de mierda humeante de Mr. Jones que había olvidado completamente.

*La vie en merde. La vie en rose.*

## VIII

No me preguntes más, es mi secreto,  
secreto para mí terrible y santo;  
ante él me velo con un negro manto  
de luto de piedad; no rompo el seto

que cierra su recinto, me someto  
de mi vida al misterio, el desencanto  
huyendo del saber y a Dios levanto  
con mis ojos mi pecho siempre inquieto.

*Unamuno*

Esto es un secreto, claro, esto no debe salir de aquí. Todos lo sospecharán... pero no hemos hecho nada, no necesita nuestra ayuda.

### *~ El oscuro secreto ~*

*Tras dejar la bolsa de excrementos caninos en el contenedor, entré a casa sin despedirme, tratando de que no pudiese apreciar los mil colores que aparecen en mi cara. Jadeante, al borde del colapso, feliz, aterrorizada.*

*—¿Por qué queda conmigo? ¿Qué querrá este tipo? ¿Busca algo extraño? ¿Qué ha visto en mí?*

*Una conocida opresión se generaba en mi estómago y subía tras mi esternón a la garganta. Las lágrimas a punto de brotar mientras mi respiración se aceleraba. Sudaba profusamente, me temblaba el pulso cuando dejé las llaves en la entrada. Sabía lo que me pasa, y conocía el tratamiento. La oscura y vergonzante solución a mi angustia.*

*Entro al baño. Cuidadosamente saco del armario el jabón desinfectante y lo coloco en el borde de la bañera. A su lado, un guante de crin.*

*Voy a la cocina. Busco en los armarios y voy colocando en una bandeja:*

*los cereales de los niños, la leche, el pan bimbo, el queso, el jamón de pavo, un plátano, un dulce del mercadona.*

*Lo llevo todo al comedor. He comenzado a llorar. La última vez juré que esto no volvería a pasar, como todas y cada una de las veces en las que me siento fuerte, y todas y cada una de las veces me vuelvo a derrumbar.*

*El vacío me apremia. El vacío crece en mí rápidamente, invadiéndolo todo. Mi pecho, mi cuerpo, mi espíritu.*

*Sentada en la mesa, la bandeja frente a mí, lleno un bol de cereales con leche. “esto será todo, con esto me calmaré” y sé perfectamente que no es cierto.*

*Como, engullo los cereales. Tratando de llenar un vacío que sé perfectamente que la comida no puede cubrir. Tratando de encontrar el placer en el sabor dulzón lejanamente parecido a la miel. Parece que estoy cerca, que voy a calmarme con la última cucharada. Pero no, ya se que no. Me preparo un sándwich que dura un suspiro. Luego otro, es jamón de pavo, es light. Y después un tercero entra en mi boca en un solo movimiento haciendo que mis carrillos se tensen y mis labios apenas se junten. Mastico una, dos veces. Y luego trago, lo trago todo, tratando de encontrar la calma en ese último y gigante bocado. Pero no. Vuelvo a echar más leche. Y cojo el dulce de chocolate. Lo mojo, parte se cae, así que decido, directamente, hacer una papilla. Con la cuchara voy deglutiendo la masa informe, incluso insípida, buscando en la calma, la saciedad. Ya casi, ya está, ya la puedo tocar. Ya está aquí.*

*Una jarra de agua. Un litro entero, de una vez. Así facilito el siguiente trabajo. Esto solamente era el comienzo.*

*Me arrodillo frente al retrete. Un ojo, conocedor de mi secreto. Porcelana blanca que me mira cada vez de modo inquisidor. “¿Ya estás aquí otra vez? ¿Cual es tu excusa ahora? ¿No eres capaz de asumir el atracón que te acabas de dar como una mujer y quedártelo dentro? ¿Vas a arrojar sobre mí tu vómito culposo?”*

*Es fácil. Al principio era difícil. Tenía que acariciar mi epiglotis repetidamente, una y otra vez, en varios intentos. Ahora no, ahora ni siquiera tengo que meter los dedos. Simplemente con una compresión abdominal y la postura adecuada sale todo, de una vez.*

*Al principio era difícil. Ahora es placentero. Ahora es un placer oscuro, vergonzante, humillante. Toda mi dignidad se estampa contra la porcelana blanca... y me gusta. Porque he perdido el control y lo he recuperado.*

*Porque he subyugado mi cuerpo a mi voluntad. Y por algo más que desconozco, por algo animal, instintivo.*

*Yo, que trato de curar, tan digna, tan elevada sobre el común de los mortales en mi pedestal de médico. Es más, de médico psiquiatra, veo como toda esa vanidad que me da mi estatus se desliza por la porcelana y me coloca como una más de mis pacientes. Veo mi debilidad flotando. Me encuentro cara a cara con el peor de mis miedos: la mediocridad en el único campo en el que podía ser alguien. Todo lo que soy es fachada, es una construcción de cartón piedra que simula ser un edificio imponente pero no tiene nada detrás. Nada, nadie.*

*Y sigue habiendo placer en el vomitar.*

*Esto no es algo que ocurra todos los días. Creo que lo tengo bastante controlado: solamente lo hago cuando los niños no están o están dormidos. El las épocas más duras pasaba una o dos veces a la semana.*

*Al principio solamente eran los atracones. Estaba sola, la niña acababa de nacer y yo estaba tan ocupada que no comía en todo el día hasta que ella se dormía. Pero cuando por fin lograba acostarla arrasaba con todo lo que hubiese en la cocina: galletas, pan, patatas, embutidos, queso, pizza fría...*

*Un día en que me sentía especialmente pesada sentí la necesidad de vaciarme. Y ahí empezó todo. Casi cuatro años ya.*

*Durante algún tiempo la fantasía de perder peso así se alternaba con la realidad de controlar así mi ansiedad: como, me sacio, vomito.*

*Vomitaba para volver a comer. Pero pronto me di cuenta de que, de un modo enfermizo, comía para poder vomitar. Era el vómito, la purga y no la ingesta, lo que me procuraba el placer.*

*Tras acabar mi tarea y ver el resultado, me levanto. Mi piel, sudada, apesta. Veo las gotas resbalando por mis sienes. El pelo pegajoso en las raíces.*

*Me desnudo, siempre en el mismo orden, siempre el mismo ritual: La camiseta, y dejo a la vista mi sujetador como un par de alforjas gigantes, las gotas sobre mi pecho. Me quito el sujetador y veo mis dos grandes senos caer sin gracia sobre mi abdomen, cruzados por estrías blancas. Noto como mi surco submamario está empapado, caliente, sucio. Frente al espejo, me quito el pantalón y lo doblo junto al resto de la ropa. Veo mi cuerpo, con mis bragas de cuello vuelto, de anciana. Nunca se donde colocar la barriga: ¿por encima de las bragas o tapada por ellas? Me las quito. Veo mi cuerpo desnudo, mi barriga que, de perfil, es tan grande como mi culo. El pubis a*

*punto de esconderse en los pliegues de carne bajo ella. Mi feminidad se esconde, se anula, desaparece tras la grasa. ¿Qué queda de aquello?*

*Me imagino en la cama, indigna de cualquiera, teniendo que levantar mi barriga para encontrar mi coño.*

*Restan los calcetines, que dejan una marca sobre mis tobillos hinchados. Los talones, agrietados, como pezuñas más que pies.*

*En la bañera, el agua a la mayor temperatura que puedo soportar. El desinfectante sobre el guante de crin tratando de arrastrar todo resto de sudor de mi cuerpo. ¿De sudor? No, de locura. Es la locura, de la que soy consciente. El momento en el que mi razón pierde la batalla y ese yo animal me hace ingerir sin medida para luego vomitar. Eso es lo que trato de borrar, de no ver. De no permitir que nadie vea. Me froto hasta que la piel se pone roja, imaginando un fétido sudor que no existe, imaginando una textura pegajosa que sé que es irreal pero no puedo evitar sentir. Tratando de arrancar de mi piel todo resto de mi yo loco, enfermo, para poder enfrentarme un día más a la locura de los demás.*

*Mi abdomen, mi pecho horrible, los pliegues, especialmente los pliegues me repugnan. Siento que en ellos las bacterias, los hongos, la candida crece sin control y cualquier día encontraré un intertrigo gigante que se extenderá por todo mi cuerpo arrancándome la dermis y haciéndome sentir abrasada poco a poco. Es delirante. Sé que es delirante, y es real.*

*Salgo de la bañera, me unto en aceite de coco. Ya huelo bien, ya no sudo, mi piel está suave. Vuelvo a ser yo. Me visto, tapo mi cuerpo porque aún temo que la locura vuelva a través del espejo. Ya puedo volver a mi vida habitual, a mi afrontamiento ligero y superficial, a reirme y a hacer reír. Porque, igual que Doña Puri, yo también necesito correr y correr para no pararme a ver el abismo. Si me paro temo que el abismo me arrastre.*

## IX

Miro al objeto, al último objeto de su pasión. El querubín de rizos negros que aguanta las lágrimas mientras se bebe una cerveza y mira hacia las olas. Nervioso, está aún deseando impedirlo, suplicar por un día más, una hora, un minuto. Un primer amor intenso en brazos de la mujer madura le ha arrancado de la realidad de su generación para arrojarle a los pies de la muerte.

### *~ Las cosas de Don Rarito ~*

*Tal vez por deformación profesional, mi propia inquietud no me impidió ver el cambio que se estaba produciendo en Doña Petarda. Acudió al trabajo mal peinada, sin maquillar, en vaqueros... incluso desayunó hidratos complejos, algo impensable unos pocos días antes.*

*Su aspecto serio, sus ojeras e incluso el cambio en tono de su voz. Ya no aconsejaba a nadie sobre los beneficios del kiwi ni las ciruelas pasas en ayunas. Simplemente miraba su café y su tostada con mantequilla.*

*Yo moría de inquietud por consultar con Tecla y Puri la opinión que le ofrecía el encuentro de aquella mañana. Infantil, insegura. Cualquier cosa. Pero llevaba ya muchos años sin una cita, siglos sin que un hombre (salvo algún paciente poco aconsejable y el insulso facultativo del sexo desastroso) se interesase por mí. Aún así, puse mi mano sobre la de Doña Petarda.*

*—“Nena... estás muy rara. ¿puedo ayudarte en algo?”*

*A ella, a la mujer perfecta que nunca pierde los papeles. Yo, la expresión máxima del desastre. La vida en precario equilibrio. Casi en un susurro, sin que nadie pueda escucharla, me pide que hablemos luego, en consulta. Que necesita consultarme cosas.*

*Antes de que a Don Perfecto se le ocurriese aparecer, pude comentar lo que había pasado. ¿Por qué quiere este tipo quedar conmigo? ¿Qué busca? ¿Bromea?*

*—Tal vez —añade Petarda— simplemente le gustes.*

—No sé. No me veo yo mucho de gustar.

—¿Por qué?

—Chica, es que no estoy en mi mejor momento ni en mi mejor lustro.

—Creo que tú te ves con unos ojos mucho más estrictos de los que te vemos los demás. En serio. A mí siempre me has parecido una mujer muy... muy sexy, muy atractiva. Que erotizas...

No pude evitar reír, entre la sorpresa y la incredulidad. Venga, seamos sinceros. Me pinto, con suerte, en el coche. Me visto por no ir desnuda con la última moda del Kiabi, no he visto a un peluquero desde hace 7 meses, me como las uñas. ¿Sexy? ¿Qué tengo de sexy?

—Pues es verdad —añade Puri—. Eres una mujer atractiva que no se lo cree. Yo estoy cansada de decírtelo. Y eso por no hablar de que eres divertida, inteligente... vamos, no voy a echarte flores ahora. Simplemente creo que te quieres muy poquito.

—Nadie determina qué nos atrae del otro —sigue Tecla— ya sabes que en cuestión de gustos, y especialmente en cuestión erótica, la diversidad es la única norma.

Doña Tecla sabe bien de qué habla: Bajo su aspecto rígido de señora de bien, sus perlas al cuello y su rebeca de cachemira, se esconde una adaptabilidad que hace años me sorprendió.

Rondando los 50, procedente de una familia bien, católica para más señas. Siempre con falda de tubo, siempre con calzado plano. Casi parece que pueda pasar sus domingos cantando con “Siempre Así” tras salir de la misa de 12.

Sin embargo, esconde un secreto que hizo tambalearse su bien estructurada percepción del mundo.

Casada, casadísima con un fantástico abogado, eran la envidia de la parroquia. Dos hijos en colegio de pago, casita con jardín, coche familiar. La nuera que todas las suegras desean, el yerno que todo suegro sueña.

Y así fue, durante años. Crió a sus hijos en el entorno que quería. Ejerció la medicina sin juzgar a sus pacientes y del modo más diligente que pudo. Vivió con su marido, Don Rarito, la vida que planeó. Siendo la perfecta esposa presa del tedio que ahoga sus frustraciones llenando su tiempo con mil tareas.

Hasta que Don Rarito, aquel abogado de prestigio regordete, con gafas, frecuentemente sudoroso y que hablaba atravesándosele las palabras, comenzó a distanciarse de ella.

*Nada llamativo, ninguna alarma. Simplemente pasó de leer en el sofá a su lado a meterse en el ordenador en el dormitorio. A chatear por lo que entonces era el Messenger —siempre con compañeros de trabajo, sobre algún juicio importante.*

*No fallaba como padre. Seguía llevando con ella a los niños al cine, seguía mostrándole ese afecto desapasionado que identificaba con el amor maduro: su besito de buenos días y buenas noches, su arrumaco por las noches, su encuentro reglamentario cada semana sin quitarse los calcetines.*

*Pero sus sueños estaban lejos. Y Doña Tecla, que es cualquier cosa menos tonta, se daba cuenta.*

*Cierto es que ella siempre ha estado muy ocupada: además de colaborar en la parroquia y en todas las actividades que esta realiza, lo hace también en Cáritas, en Aldeas Infantiles y en la sociedad protectora de animales. Por supuesto, ha sido durante 6 años presidenta del AMPA. Llevaba a sus hijos dos veces por semana a la asociación de ajedrecistas y otras dos a natación.*

*Además es socia de Médicos Sin Fronteras, Intermón Oxfam y Greenpeace. Nunca le falta tiempo para preparar una buena fiesta de Navidad, con lechón al horno incluido, pasó de la pastelería tradicional a los muffins decorados y, por si fuera poco, es una maestra de la Thermomix.*

*Y aún así, no se le escapaba el cambio que su relación marital estaba sufriendo.*

*“¿Estará con otra?”*

*La realidad estaba más allá de lo que Doña Tecla podía imaginar.*

*Se lo confesó en Navidad, después de comer, con los niños en casa de la abuela. Unos indecorosos hematomas alrededor de sus pezones fueron el detonante. Se sentó delante de ella con angustia detrás de sus pequeñas gafitas, con la papada incipiente temblorosa. Aquel hombre que había prometido querer hasta la vejez y la muerte. “Vaya, parece más viejo que nunca” pensó ella.*

*La tomó de la mano y llorando le explicó: no le había sido infiel, pero le había engañado. Desde hacía años. Una parte de él que nunca había dado a conocer. Y ya no podía más, se sentía miserable escondiéndose de la mujer con la que había compartido tanto.*

*Aquellos ratos en el ordenador, chateando. Aquellas reuniones a deshoras. Todo aquello tenía una explicación.*

*El señor abogado, Don Rarito, había encontrado un modo de lograr*

*soportar mejor el estrés de su trabajo, la agresividad, la incertidumbre de las sentencias, la responsabilidad que caía sobre sus hombros.*

*Don Rarito... necesitaba ser azotado como aliño especial al polvo terapéutico.*

*Durante el último año había estado investigando sobre el tema en internet. Incluso había entrado en contacto con varios grupos de BDSM. Llevado por una inquietud que no sabía explicar se había encontrado con una parte de sí mismo que anhelaba y rechazaba, temía. Y se había mantenido debatiéndose entre su deber como marido fiel y una pulsión para él desconocida por su naturaleza e intensidad. Poco a poco, encuentro tras encuentro con una domina que le descargaba de sus preocupaciones a base de fusta. ¿Cómo seguir siendo el padre que era si tenía unos impulsos tan humillantes?*

*Así que se presentaba frente a ella dispuesto a solicitar su perdón y a facilitarle romper su matrimonio, puesto que la culpa le carcomía y no se sentía digno.*

*Doña Tecla tuvo entonces frente a ella al hombre que era su querido marido, Don Rarito, al que había aceptado frente al altar con todas sus condiciones.*

*“En la salud y en la enfermedad. En la riqueza y en la pobreza.” ¿En la perversión y el sexo normativo?*

*—Si a tí te hace feliz, podemos intentarlo.*

*Aquello pilló por sorpresa a Don Rarito. No se imaginaba que su mujer, tan eficiente, tan brillante, pudiese ser al mismo tiempo tan flexible.*

*Doña Tecla, siempre perfeccionista y diligente, comenzó a buscar información, acudió a la mano de expertos en el tema, se hizo con un arsenal de látex, cuero y cadenas. Porque ella, si hace algo, lo hace bien, pero bien de verdad.*

*Firmó un contrato con su marido, adoptó el papel de Ama —en momentos con cierto placer y obteniendo beneficio del mismo— y se impuso con todo su buen hacer a darle una paliza a su marido dos veces por semana.*

*—“Es cansado, no creas. Y un poco tostón, siempre dando órdenes”.*

*Doña Tecla es una mujer organizada y, si bien la ganancia al respecto era obvia (no volvió a tender una lavadora) un codo de tenista muy doloroso la hizo decidirse a delegar en el trabajo.*

*Desde entonces una chica muy agradable, profesional del tema, revela a Doña Tecla de sus funciones de ama. Y Doña Tecla, a quien este erotismo extraño nunca llegó a convencer, comenzó a verle ventajas a esto de poder delegar las cargas de su sexualidad en otra persona. Como tampoco estaba encontrando demasiado incentivo en el tema, poco a poco, casi sin tener siquiera que decidirlo, acabó por clausurar por jubilación toda su zona genital.*

*Porque ella siempre encuentra fortaleza en la adversidad. Ella es así de maravillosa.*

*En alguna ocasión, divertida, me ha enseñado su “arsenal”. Juntas nos hemos asombrado de la imaginación del ser humano para la creación de elementos de tortura-placer. Y alguna vez he pensado que no es tan mala idea tener un sumiso al cual encargarse todas las tareas de la casa, que al tiempo sea un padre estupendo y un marido cariñoso.*

*—Uf, más miedo me dá, pensar en cualquier perversión...*

*—Ya te hace falta pensar a tí en perversiones, guapa —ríe Puri— venga, no anticipes, no te preocupes. El tipo te gusta, tú le gustas. ¿qué más? ¿Tan convencida estás de que no mereces a nadie? En serio chica, lo tuyo es muy patológico. Sal ya del enamoramiento ese que te queda con el... lo que sea tu ex, y comienza a levantar la cabeza, que hay muchos que te miran.*

*—¿Si? ¡Seguro!*

*—¿Qué no? Mira, eres la única que ha conseguido en esta cafetería un café gratis...*

*—¡Pero el dueño tiene 60 años!*

*—¡Claro! Y le gustarán las mujeres enteras, como tú, no un montón de huesos como Doña Petarda. (Perdona chica, seguro que tú también tienes tu público) Victoria, cielo, simplemente disfruta, que algo me dice que vas a disfrutar mucho*

*Si, tal vez deba centrarme en disfrutar.*

# X

El día que nos contó sus planes, el día que lo descubrimos todo... no puedo negar que lo comprendí. Nunca me lo había planteado, pero aquel final me parecía un final perfecto.

## *~ No salgas del armario ~*

*Mari tiene uno de esos diagnósticos gordos en psiquiatría, de esos que se escriben con dos palabras. La he visto muchas veces en urgencias y nunca he tenido que medicarla.*

*La primera vez venía debatiéndose en la culpa por pulsiones contrarias a su religión (su religión del momento). Sola, rechazada por todos, marginal y sin capacidad para lograr la compañía y el afecto que necesitaba, se había unido a la Iglesia Evangelista donde la habían acogido. Pero... Mari es pasional, y se enamoró de uno de los miembros. Se debatía entonces entre el deseo y el pecado.*

*Otra vez acudió por el temor a que la comunidad, que era su hogar, supiese de su relación, ya consumada. Por fin hoy venía porque, tras decidirse a abandonar la iglesia, en su campaña de apostolado el resto de la congregación acudía a su casa para hacer que volviese.*

*Mari y yo nos reíamos en la consulta: “la próxima vez que vengan, les dices que te has hecho satánica. Y que necesitas más miembros para servir a tu Señor”.*

*En esas estábamos cuando, tímidamente, Doña Petarda abre la puerta. Eran las 5 de la tarde, debía haberla esperado ya.*

*Mari tiene un diagnóstico de dos palabras, pero no es ninguna tonta. Sabía que nuestro rato de charla había terminado y se va sonriendo, habiendo encontrado un oído que le escuchase y unos ojos que le mirasen en medio de la vida solitaria a la que la enfermedad mental condena a aquellos que tienen diagnósticos de dos palabras.*

*Invité a Doña Petarda a mi despacho, allí tengo la cafetera con la que preparo el “café de las confesiones”. Calentito, aromático y listo para escuchar.*

*Y escuché.*

*Escuché a una Petarda destrozada, desesperada en una relación intoxicada y patológica, llorando en mi despacho pidiéndome pastillas para el amor y el desamor.*

*Casada con su novio de toda la vida, el hombre perfecto, Don Pedales. Hombre alto y espigado de piel trigueña y pelo rubio, deportista incansable, sociable. Ciclista de lunes a viernes, sábados, domingos y fiestas de guardar.*

*Don Pedales, siempre perfecto, siempre amable, cambió al casarse como cambia cada vez que entra en su casa.*

*Obsesivo patológico, incapaz de soportar cualquier imperfección en su casa, compulsivo de la limpieza. Compulsivo de la belleza.*

*Desde que comenzaron a vivir juntos, me contaba Petarda, su vida se transformó en una lucha para lograr ser lo suficientemente buena. Lo suficientemente guapa, lo suficientemente delgada, lo suficientemente elegante. Pero nunca lo era. Siempre era demasiado gorda, demasiado estúpida, demasiado torpe.*

*Sin necesidad de levantarle la mano, a base de recordarle continuamente lo mal que lo hacía, lo decepcionante que era en todos los campos, logró que Doña Petarda fuese haciéndose cada vez más pequeña.*

*Con un trabajo en el que era valorada, doctorada, premiada en varias publicaciones, volver a su casa se convertía en un infierno de fracaso perpetuo. Sentir sus llaves en la puerta, mirar a su alrededor para asegurarse de que todo estaba bien.*

*Estar perfectamente limpia, peinada, depilada, con la piel firme. Ese era su día a día.*

*Tener su casa perfectamente recogida, esterilizada, sin una pelusa. Tocar los pomos de las puertas con un pañuelo, lavarse las manos varias veces antes de cocinar, comprobar 5 veces haber cerrado las puertas. No era solamente la compulsión de Don Pedales. Era su tiranía. Ella tenía que seguir en todo su obsesión por la limpieza, por lo estéril.*

*En el infierno de la perfección en el que vivía, Don Pedales nunca parecía satisfecho. Ni tan siquiera en su vida sexual podía soportar la*

*suciedad de su mujer, su imperfección, su olor, su humedad. Hasta el punto de, progresivamente, ir abandonando su cama hasta mudarse del cuarto. Hasta decirle que no quería tocarla para no darle esperanzas, para no calentarla. En los momentos en los que ella comenzaba a protestar él adoptaba una actitud de víctima, le decía que sabía que algo mal había en él, que se encontraba muerto por dentro, que no se sentía capaz de amar. Deprimido, si, estaba muy deprimido y por eso no era capaz de tocarla.*

*—Tienes que comprender, yo intento cambiar, pero es que me pides demasiado. Poco a poco, iremos mejorando... —pero nunca llegó ni el primer poco.*

*Entonces la frustración pasaba a la ira, los gritos, los insultos y el miedo. Encontrarlo limpiando el baño con lejía antes de ducharse porque ella lo había tocado antes. Verle comprando un cepillo de dientes para cada día por si lo contamina, entrar en cólera cada vez que ella tocaba su parte del sofá.*

*Cada vez más distancia para evitar la contaminación de su mujer. El que alguna partícula de piel pudiese tocarle. Ni siquiera soportaba que le hablase mirándole a la cara, por si le salpicaba.*

*Doña Petarda se sentía sola. Quería un gato, pero el gato deja pelo. Doña Petarda quería un jardín, pero el jardín es sucio. Doña Petarda quería un niño, pero eso estropearía su figura. Esa figura no tocada en años.*

*Y así, en el intento de alcanzar la divinidad que Don Pedales le demandaba, pasaron los años y Doña Petarda veía como su reloj biológico se estaba quedando sin pilas. Y viendo su cuerpo perfecto con un útero que se marchitaba inexorablemente, se desesperaba en el cuarto de baño de un modo más terrible si cabe del que me desespero yo en el mío.*

*Pero se adaptó, trató de cumplir con lo establecido en el contrato matrimonial y lo estaba haciendo bien... hasta que apareció él.*

*Y era él el origen de sus desesperanza. Él la empujaba hacia la culpa y el rechazo. Él, que no era perfecto, ni petardo ni pedaleaba. Que no tenía cuerpo espigado ni el pelo rubio. De hecho, ni siquiera tenía mucho pelo y una barba gris y rizada enmarcaba su cara.*

*Pero cada mañana se acercaba a ella y le decía al oído lo preciosa que estaba. En los turnos le hacía reír, le prestaba la atención que ella necesitaba. Dejaba patente la existencia de un deseo indebido.*

*Y luego empezó a rozar su mano al pasar junto a ella. Más tarde el brazo. A sonreírle como no le habían sonreído en mucho tiempo. Doña*

*Petarda se dio cuenta de que se levantaba con más ilusión por la mañana y que usaba un poquito más de carmín del habitual. Nunca se fijó Don Pedales, por supuesto, pero se cambió el color del pelo y usó los zapatos nuevos para el trabajo.*

*Una mañana, al cruzarse con ella, la llevó hacia el almacén. Allí entre estanterías, cajas marrones de cartón, botes de suero y sábanas de hospital. Allí un beso furtivo, una mirada, la dejó sin palabras. Y solamente el roce de 2 centímetros escasos de piel despertaron una sensibilidad nueva y un anhelo por más, mucho más. Días más tarde llegaron las manos en su cintura deslizándose por las caderas, la humedad que hacía tanto no sentía*

*Me contó cómo al pasar sus manos por su mejilla se le erizó la piel. Como mordía su cuello y todo el cuerpo se le arqueaba. Como tapaba sus gemidos con la mano mientras sacaba un pezón del sujetador con los dientes, agarraba el pelo de su nuca, acariciaba su espalda... cómo rompía sus medias bajo la falda, hacía a un lado sus braguitas, metía los dedos primero y su polla después, cálida, mojada, inesperada. Y al salir, al acabar, el temor a que alguien detectase el olor a sudor y fluidos que se le antojaba imposible de disimular en su cuerpo.*

*A un lado él, tremendamente defectuoso. Con tendencia a quedarse calvo, con canas en los pelos que restaban, con barriga, con menos centímetros y más años de los necesarios para hacerse deseable pero portador de toda la sexualidad que ella podía soportar. Al otro Don Pedales, con su cuerpo enjuto y fibroso, sus gemelos perfectos, su pelo rubio y su piel oscura... y sólo deseable, intocable y asexual.*

*¿Cómo fue? Increíble, pasional. Furtivo. Entre los sonidos de fondo de los monitores. El miedo a ser descubiertos. ¿Qué pensarían? ¡Qué escándalo! Sería la comidilla del hospital. No se lo cuentes a nadie, que nadie se entere...*

*Si se hubiese quedado ahí, Doña Petarda habría comprendido que, en un matrimonio difícil, una cana al aire no es para tanto. Incluso podía haber aceptado tener una relación paralela con un amante. A esas alturas sabía que lo necesitaba.*

*Lo realmente humillante, lo raro, lo que ocupaba su mente segundo tras segundo no era haberse enganchado a ese enfermero algo barrigón. Lo extraño era haberse enganchado... al almacén.*

*Primero fue entre los sueros, después el cuarto de baño de personal, el del vestuario, el de la gasolinera, el aparcamiento del hospital de noche.*

*Siempre fue el almacén con la banda sonora de los monitores su nido de amor preferido, pero estaba claro. Se habían enganchado a hacerlo en lugares públicos.*

*Nunca fueron a un hotel, ni a la casa de él. Ambos sabían que, aunque el deseo entre ellos era evidente, el riesgo era la chispa que lo hacía mágico.*

*Doña Petarda podía perderlo todo si alguien se enteraba. ¿Qué pensaría su perfecto Don Pedales? Se vería humillado, ultrajado. Su perfecta mujer, su perfecta vida de Barbie y Ken con casa de plástico y coche rosa. Todo, públicamente arrasado, su mujercita sin bragas en el baño de un restaurante chino, su mujercita con las tetas al aire y la cara de aquel tipo enterradas en ellas. ¿No sería terrible? ¿No sería maravilloso?*

*La perspectiva del posible daño a alguien a quien no sabía definir como agresor, pero que a fin de cuenta lo era, alimentaba el día a día de Doña Petarda. Le daba un punto de fuerza que hacía que se sintiese más poderosa y menos víctima.*

*La culpa y la vergüenza se mezclaban con una satisfacción inconfesable en un caos que era incapaz de descifrar y que la mantenía ambivalente y confusa. Y por más que trataba de resistirse al impulso exhibicionista, todas y cada una de las veces caía en las manos y en la mirada admirada de su enfermero, dejando a un lado el recuerdo de su Ken asexual.*

*Ahí estaba ella, tan hermosa, tan perfecta, tan envidiada... contándome con el alma abierta en canal que había descubierto que lo que más le ponía era hacérselo con un enfermero entrado en carnes en sitios públicos y que no era capaz de evitarlo*

### ***El polvo indebido.***

Posiblemente este sea, entre todos los polvos, el más emocionante. Puede ser o no prohibido o inmoral, pero en todo caso, es inapropiado.

Es ese polvo que incluye aquello que sabes que no se debe y que no vas a hacer nunca, pero al final cuando el deseo vence todas las barreras que a base de tabús y años de severa educación has establecido, lo aceptas con brazos y piernas abiertas. Antes, durante y después del polvo indebido estás pensando que eso no está bien, pero... ¡Qué bien que está!

Uno se acerca al polvo indebido con miedo y torpeza, como a un salón de baile donde esperas que nadie te invite a la pista porque crees tener dos pies izquierdos pero llega a tí un atractivo pecado y te das cuenta de que, con el compañero adecuado, eres Fred Astaire y Ginger Roberts en un solo cuerpo.

En el polvo indebido eres un poquito más atrevido, un poquito más guarro y un poquito más divertido de lo que nunca pensaste que serías.

*La escuché, entre la comprensión, la compasión y la envidia. Traté de desculpabilizarla, le tendí la mano. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Qué quieres hacer?*

*La acompañé, más tranquila, a la puerta del despacho. Y allí estaba, en el suelo, un sobre blanco. Y dentro, un pequeño post it amarillo:*

*“Hoy estás radiante”*

# XI

¿Cuánto puedes querer? ¿Cuánto duele perder?  
¿Cómo prepararse para perder a quien quieres?  
Dosificando el dolor.

## ~ *Quiero* ~

*Quiero... volverte loco, que me trates como a un tesoro, como a una pieza de valor incalculable, como a un objeto de deseo, como a un juguete*

*Quiero que me arrastres a los límites de la razón, a tu sinrazón, perder el sentido, que me arrojes a tu cama*

*Quiero escuchar tu respiración en mi oído, oler tu piel de canela, acariciar, agarrar tu pelo, arañar tu espalda, morder tu cuello.*

*Quiero que te pierdas en mis curvas, que me roces con los dedos, que me claves las uñas, que marques tus dientes en mi nuca.*

*Quiero que tus manos se pierdan entre mis piernas a escondidas, bajo el mantel de esta mesa, hasta ruborizarme, hasta que no pueda respirar. Sin que nadie lo sepa, con todos sospechando.*

*Quiero que me lleves a un rincón, a tu rincón y rompas los mis defensas, me invadas, me conquistes.*

*Quiero gritar, gritar sin palabras, ahogar mi voz con la almohada, sentir el fuego en mis mejillas, secar mi sudor con las sábanas*

*Quiero dejarme llevar, cegarme, domarte y que me ates y me lleves donde quieras, temblar con tu roce, con tu voz, dejar mi vida y mi éxtasis en tus manos, rogar clemencia sin voz, apagar mis suspiros en tu boca.*

*Quiero que dibujes laberintos en mi espalda, con tus dedos, con tu lengua. Que el rastro de tu saliva se pierda en mí. Que me moldees según tus sueños, que me sueñes.*

*Quiero que bebas de mí, beber de tí. Quiero ser el alimento que te da la vida y te lleva a la muerte. Quiero ser todo y ser nada en tus manos*

*Quiero sorprenderte, quiero que me sorprendas, que me enseñes y*

*enseñarte. Quiero tenerte, que me tengas, sobre esta mesa. Gastarme contigo aquí y ahora.*

*Quiero morir en vida, quiero que no me pidas permiso, quiero yacer en tus manos, quiero....*

*—Victoria... Victoria. Que si quieres que te pase a recoger...*

*—Sí, claro... el Viernes.*

*—¿En qué pensabas? Estabas en babia.*

*—Si, perdona, es que llevo muy mal las guardias.*

*Allí estábamos, esta vez solos, frente a frente, con dos cafés por toda distancia. Y sí, ya me lo creía. Me miraba a mí, quería cenar conmigo. Tal vez me lo merecía. Tal vez había sido injusta conmigo mismo. No soy tan mala, tan poco.*

*Desde la narración de Doña Petarda por algún motivo había estado prendida de un erotismo continuo, un modo de semi excitación perpetua que hacía que andase sonriendo por ahí por mis propios pensamientos. Su historia detallada de escarceos, de riesgo, miedo y sexo juntos en la misma frase. De algún modo me había impregnado, había vivido su aventura adúltera como mía y este estado pro sexual se había hipertrofiado con la presencia de Don Perfecto allí, frente a mí, a solas, hablándonos de nuestra cita.*

*Y mirando esos labios carnosos (¿cómo puede tener esa boca perfecta?) pensaba... lo normal en una madre: dejar a los peques con Don Padre, a Mr Jones el jardín abierto... ¿Qué me pongo? ¿En qué embuto mi cuerpo serrano? ¿Cuánto hace que no me depilo? ¿tengo alguna ropa interior decente?*

*Si la ropa es siempre un problema para una nueva gorda, la ropa interior lo es aún más. Está claro que puedes encontrar sujetadores en cualquier talla. Sí. Pero: Están esos sujetadores monísimos de Marie Claire en la talla 110? ¿Y los de OYSHO? No, claro. Pero no pasa nada, porque hay otros. Otros tipo “sujetador cruzado mágico de abuela de los ochenta” color visón con tiras extra anchas, que son más cómodas y necesarias para cargar con la media tonelada de teta que cuelga de ellas.*

*¿Y las bragas? Existen, sí, las bragas de cuello vuelto. Son bragas hechas para llegar más allá del ombligo en un intento fátuo de disimular la tripa. Pero no la disimula: simplemente la parte en dos: Media rosca de flotador por encima del ombligo, media por debajo encajonada entre las gomillas de las ingles. Y la parte trasera no es mejor. En su incesante*

*esfuerzo por dividir cosas, las bragas de gorda parten cada nalga en 2 segmentos iguales mediante dos diagonales convergentes.*

*Está claro que es para que no se nos ocurra ponernos ropa ajustada que pueda marcar ese esperpento.*

*No deja de ser útil, no. Las bragas sirven como mantón para las olivas y el sujetador como alforjas para los borricos.*

*Ya hace tiempo, además, que dejé de pensar que la ropa “reductora” era mi amiga. Principalmente porque no reducen. No, señora mía, el que se ponga usted unos pantys ultra fit abd no va a hacer que no le cuelgue a usted la panza. Los leggings push up realmente son pull down. Las braguitas faja... esas deberían estar prohibidas por la convención de Ginebra.*

*¿Cómo puede quedar mi autoestima tras verme probándome ropa interior estilo postguerra en un probador con luz cenital que es capaz de marcar cualquier nódulo celulítico que haya en mi cuerpo. Y puedo jurar que hay bastantes.*

*No es fácil sentirse sexy siendo una nueva gorda.*

*Y más difícil aún si mi madre es Doña Flaca.*

*Doña Flaca es una señora entradita en años muy bien llevados gracias al Doctor Pitanguí (sí, el cirujano de Emilio Aragón) y a su admirable persistencia.*

*Ha sido capaz, en los últimos 35 años, de no faltar al gimnasio más que Domingos y fiestas de guardar. Por ella abría el gimnasio los 24 y 31 de diciembre. Practica Spinning diariamente, Aerobic dos veces en semana, hace pesas todos los días y además acude al masajista dos veces al mes.*

*Por supuesto, ella no está a dieta: ella vive a dieta. Pero a dieta de verdad, no como la mía que empieza el lunes y dura hasta el lunes a las 2 de la tarde. Dieta de cocinar para todos y ella tomarse dos barritas de bimanan.*

*Doña Flaca ha pasado los 60, y sin embargo cuando pasea por la calle los chicos de 30 la siguen mirando.*

*Y claro, se la llevan los demonios cuando me ve.*

*Doña Flaca entró en casa como una exhalación, con sus pasitos rápidos y firmes, en cuanto se entera de que tengo una cita. Se dirige directamente al armario, más emocionada de lo que yo aparento estar. Con un parloteo incesante criticaba (con razón) todo lo que encontraba.*

*—Hija, es que no te arreglas nada. No te sacas partido, con lo monísima que tu eras... y eres, y eres. Pero es que si ni te pones un poco*

*mona ni elegante ni nada.*

*Mira, aquí te he traído los vestidos que dejaste guardados en mi casa... (no recuerdo haber guardado esos vestidos). Son de antes de nacer Don Ojos Grandes, pero seguro que alguno te irá bien.*

*No me había fijado en la maleta con ruedas que había dejado abandonada en la puerta. Con una fuerza prodigiosa para una mujer de su escasa envergadura, la pone en un solo gesto encima de la cama. De ella comienza a sacar, sí, vestidos de la talla 38, de esos que me ponía con 20 años.*

*—Mamá, no me van a caber.*

*—Que sí mujer. ¿No ves que son elásticos? Mira, ponte este tan mono, azul eléctrico que va con tus ojos...*

*—Mamá, que es muy ajustado.*

*—¡No mujer! ¡Póntelo! ¡Dame el gusto de verte!*

*Y ahí voy yo, por dar el gusto a mi madre, a colocarme un vestido corto de tirantes y una tela elástica anormalmente fina, 3 tallas más pequeña de lo adecuado. La imagen que me devolvió el espejo rebosaba belleza: Saliente de guardia, sin haberme desmaquillado desde hacía 48 horas, con el pelo sujeto con un lápiz, calcetines a media pierna, zapatillas con forma de perro de peluche y un vestido que amenazaba con explotar en cada uno de los pliegues de mi cuerpo*

*—No, no, este no va... pruébate este.*

*Al azul eléctrico le siguió polipiel negra, un escote palabra de honor blanco, un mono marrón, una minifalda vaquera... y así una incesante procesión de cinturas que no cerraban, cremalleras agonizantes, pantalones que no pasaban del muslo...*

*Allí estaba yo, con mi talla 44 tratando de meterse en una 38. Allí, mirando mis lорzas comprimidas depositándose una sobre otra en la imagen terrible que me devolvía el espejo. Allí, siendo el reflejo viviente de la frustración y el desespero. Comprobando que no eran 10, ni 15 los kg que me sobraban, entendiendo mi pobre vida sexual pese a la fantasía de Don Perfecto. Allí, mis lорzas, mis pelos de loca, mis piernas blancas sin depilar y mis zapatillas de peluche con calcetines desaparejados enrollados en mis tobillos. Mis hombros bajos, mi mirada triste mientras Doña Flaca se desplazaba a saltitos por la habitación acabando con toda la ropa imposible que tenía. Todas esas cosas de las que mi cuerpo no era merecedor, como no podía ser merecedor del deseo de Don Perfecto.*

—No te preocupes hija, que en el coche tengo otra maleta...

—¡Mamá, por favor! ¡Que en una talla 38 no puede haber una talla 42!  
(no es necesario decir toda la verdad)

—Bueno Victoria. Con unas medias tupidas y una faja...

—Mamá: ¡No necesito una faja sino un muro de contención! Ponte tú todo esto, que puedes ¡Yo me visto sólo por no ir desnuda!

—Ya hija —me mira con ojos de cordero degollado— ¡Pero es que no te cuidas...! ¡Hay que cuidar lo que se come...!

Esa es una de las maldiciones de los nuevos gordos: ¿Cómo podemos dejarnos tanto? Si total, ¡Solo hay que cuidar lo que se come!

Debe ser, además, fácil eso de cuidar lo que se come. Y el mercado lo pone fácil: Tenemos productos light, bio, eco, bífidos, probióticos, prebióticos, sin glúten, sin lactosa, sin grasa, sin sal, enriquecidos en calcio, enriquecidos en fibra, salvado de avena, aceite acalórico... ¿Pero quién compra esa mierda? En serio. No creo que ningún no-gordo haya probado alguna vez el salvado de avena. El salvado de arena es paja. Si, paja reseca cortada en trocitos chicos. Pero se supone que si tragas un par de cucharadas de paja antes de cada comida bajará el índice glicémico del alimento, no subirá la insulina y por arte de magia no engordará. Si además aliñas la ensalada con aceite acalórico, reducirás 270 calorías por ración. Y si encima te tomas un comprimido de la pastillita mágica que impide que las enzimas que digieren la grasa actúen, reducirás en un 30% la ingesta calórica total.

Lo que nadie dice en los anuncios es que comer paja no es agradable, que el aceite acalórico es un laxante natural y que con la pastillita, aceite que entra en el cuerpo, aceite que sale en forma de despeño diarreico. El resultado final de esto solamente hay que explicárselo a alguien que nunca haya sido un gordo con pantalones blancos.

Dejé a Doña Flaca con su frustración por la decepcionante hija doctorada pero gorda, mientras aplacaba la propia con un plátano (que es fruta) unas cuantas galletas (con fibra) y un buen café (capuccino). Mojaba mi deseo en ese café pensado en el imposible Don Perfecto, con su perfecto pelo, su perfecta educación, sus perfectos soñados besos, sus perfectas anheladas caricias.

Viendo mi cuerpo en el reflejo de la televisión apagada, escuchando de fondo a Doña Flaca despotricar mientras guardaba las cosas que su otra hija, Doña Escualida, nunca había tenido estos problemas (¡Si yo os crié

*igual!), sumida en la más profunda de las miserias, ahogaba mis penas en capuccino cuando Mr. Jones vino, sabio como siempre, a apoyar su gordísima y preciosa cabezota sobre mis piernas y mirarme con sus enormes ojos de vaca levantando alternativamente una y otra ceja.*

*Como en una cuidada danza coreografiada sólo con el fin de hacerme sentir su afecto de cachorrete, la cabeza se acompañó de una pata. Una mirada buscando aprobación. Otra pata, un lametón. La tercera pata. La cuarta pata sobre mí y el pequeño de 60 kg se ubicó sobre mí, cabeza en mi pecho, cuerpo aplastandome. Sobredosis de amor.*

*Sus grandes patatas sobre mí, abrazándome. Diciéndome lo bellisima que soy, lo muchísimo que necesita mi contacto. Un “Te quiero mami” baboso y con frecuencia flatulento, pero preciosísimo al fin.*

*Los perros grandes son así: Más kilos, más amor.*

*Los perros grandes son así. Siempre te aceptan. Nunca te torturan con ropa estrecha, ni con críticas a tu pelo, ni con abandono o ignorancia. Solamente necesitan llenar toda tu cara de babas y tu ropa de pelos para recordarte que, a fin de cuentas, eres el ser humano más importante del mundo.*

*Tras un buen rato acariciándolo de la trufa a la frente, sin preocuparme de mi reflejo en el cristal de la televisión (la televisión siempre engorda), decidí salir de compras antes de que Don Padre apareciese con los peques. A fin de cuentas, me lo merezco.*

*Y sin miedo: no voy a disimular quién soy. Y mira, tengo mis cosas buenas. Él fue el que se acercó a mí. Algo le gustará. ¡Vamos Victoria, con valor...!*

*Así, empoderada, dispuesta a comerme el mundo con mis mallas inmorales y mis zapatillas de deporte, fui con paso firme a esa tienda en la que nunca me atreví a entrar por sus diseños imposibles y sus precios inadecuados. Y allí me planté, frente a aquella señorita con cara de apio y el caballero de cuello estirado y bigote fino que me miraban de arriba abajo con más asombro que interés. Y sí, hice que sacasen media tienda hasta poder sentirme a gusto en un vestido. Pero no un vestido negro. No, con dos ovarios. ¿No dice Doña Flaca que el azul eléctrico resalta mis ojos? Pues azul eléctrico será.*

*Imbuida con el poder que la dosis de veneración canina y, porqué no, la ira por la poca delicadeza de la jodida flaca, digo Doña Flaca, embutí mi cuerpo serrano, con tanto que estrujar, con tanta curva que besar, en un*

*precioso raso azul intenso con volantes en el top y falda lápiz. ¡Si señor!  
¡Con valor!*

*Al vestido le siguió una perfecta lencería, esta sí, negra, con sus medias de blonda negra y sus zapatos de tacón de aguja. ¡Porque yo lo valgo!*

*Y eso no era todo. El súper poder canino me atravesaba. Bolsas en mano como Pretty Woman pero sin cobrar por sexo (y sin pagar, pero por poco), camino a una peluquería tan pija que el peluquero ni siquiera se hace pasar por Gay o disimular su odio al género femenino. ¡Si señor! No hay nada tan estimulante como el que te cobren 30 euros por lavarte el pelo. Y otros 15 por meterte los deditos en las raíces para darte cuerpo y colocarte los mechones hacia la frente, y otros 12 por decirte que con los ojos tan preciosos que tienes puedes colocarte cualquier look. Y 20 por hacerte tirabuzones con los dedos. Y 50 por tapar las canas y hacerte unos cuantos mechones... si: Azules.*

*¡Tiembra ciudad. La nueva gorda se viste de noche!*

## XII

Ya he vivido. He vivido, he muerto, he vuelto a vivir. Ahora decido.

### *~ Un último detalle ~*

*19.00, estoy sola en casa, compras hechas, la gorda poderosa. Voy a hacer algo que solo para una madre es un lujo: Darse un baño sin público.*

*Tengo una bañera grande y cómoda que añora ser usada durante más de 5 minutos. Y estaba sola. Y poderosa.*

*Me desnudé, mirando el acusador reflejo en el espejo del baño, casi de refilón. Pálida, temblorosa.*

*Abrí el agua caliente, muy caliente, como me gusta, con los ojos cerrados y una toalla doblada bajo mi nuca, acariciando mi cuerpo con el chorro de la ducha. Mi cabeza vagaba de un concepto, de un recuerdo a otro, hasta que se detuvo en Doña Petarda. En ella y su historia.*

*El agua caía por mi cuello mientras pensaba en el duro matrimonio que ha vivido en silencio junto a aquel tipo patológico. Caía por mi pecho al recordar su cuerpo delgado, la forma grácil de moverse y el modo en que sonreía tímidamente cuando lloraba. Su cintura estrecha, mientras el agua quemaba la mía. Regaba mis muslos mientras pensaba en lo paradójico de que aquel imperfecto enfermero con esa imperfecta relación fuese su perfecta perversión.*

*Esa perversión. El rincón oscuro donde se escondían movía algún rincón oscuro de mi mente. El agua caía entre mis piernas, sobre mi pubis, casi sobre mi clítoris, mientras recordaba el rubor en sus mejillas al hablarme de las palabras sucias que le susurraba al oído mientras empujaba su cuerpo contra cajas de cartón, mientras le bajaba las bragas y se las guardaba en el bolsillo para luego irse con ellas, como un erótico trofeo, durante todo el día. Y así sabía que ella tenía que buscarle para cogerlas. Y cuando le buscaba, él la volvía a empujar al almacén con el deseo acumulado de toda la jornada.*

*El agua golpeaba, caliente, en una constante danza entre mi clítoris, mis labios, mi vagina y mi ano, despacio, de un lado a otro, mientras recordaba su relato, como la besaba, mordía y, en un momento, le daba la vuelta, colocando sus manos en la pared, abriéndole las piernas, mordiendo su nuca y aprisionando su pecho. La sensación de la erección al apretar la pelvis contra su culo. La falda que sube poco a poco, el hueco que no tapan las bragas que él guarda en su bolsillo. Cómo él introducía sus dedos de un modo casi tosco en una vagina empapada... empapada como la mía con el golpeteo constante del grifo mientras mi propia erección me hacía sentir más y más cada detalle de la historia, cada dibujo del agua en mi cuerpo.*

*Se bajó, entonces, los pantalones. Lo justo, hasta las rodillas. Una mano en su pubis, la otra en su pelo. Sin dejarle ver lo que tenía encima, entraba en ella. Silencio, nos pueden oír. Es sólo un momento. Y lo sentía dentro, dilatando a su paso cada centímetro de su vagina, llenándola mientras los monitores pitaron fuera. Segundo a segundo mientras acariciaba su clítoris, como hacía años que nadie le tocaba, como hacía años que nadie, ni yo, me tocaba a mí misma.*

*El agua continuaba acariciándome, haciendo subir, segundo a segundo, mi excitación. Acercándome paso a paso al orgasmo acuático. Cuando creo que estoy a punto de llegar, comienzo otra vez el baile. Vagina, ano, vagina, clítoris. Trato de postergar el momento.*

*De espaldas, sin poder siquiera verle, follada del modo menos limpio, menos correcto, menos adecuado. Con deseos sucios susurrados en su oído, con deseos aún más sucios en su mente. Follada, como hace tanto tiempo que no lo era. Follada a escondidas, con fuerza, ilícitamente. ¡Follada como un acto de rebeldía!*

*Como una parábola ascendente, ya no pude contener más mi excitación. Con una convulsión viví, gracias a la fantasía creada en mí por una compañera de trabajo, mi primer orgasmo digno de comentar en mucho, mucho tiempo.*

*Las 8 y Don Padre toca a la puerta con los niños de la mano. Doña Sonrisas se tira a mi cuello, Don Ojos Grandes abraza mi pierna y sigue su camino pasillo alante hacia el dormitorio. Don Padre, con aspecto cansado, me da la mochila y me mira a los ojos.*

*—Oye... estás muy guapa.*

*Me ruborizo. Aún me ruborizo y aún baila la boca de mi estómago cuando escucho su voz pese a que todo mi odio, todo mi amor, todo mi*

*desprecio se han volcado en este profesor venido a menos.*

*—Me he arreglado un poco. Tengo planes.*

*—¿Si? Me alegro muchísimo, te mereces salir un poco ya, te lo he dicho muchas veces.*

*—Gracias hombre —vuelta al dolor, vuelta al odio.*

*—Claro preciosa, yo quiero que seas feliz. Por cierto, una cosa. No voy a poder recogerlos este fin de semana. Me ha salido un viaje...*

*—¿Un viaje? Te tocan a ti.*

*—Ya lo se, cielo. Te lo compensaré en serio.*

*—Noooo, ni hablar, no me lo compensarás, tengo planes, ya te lo has dicho.*

*—Cariño, de verdad. Es que ya he reservado un taller de meditación para este fin de semana. No puedo cambiarlo.*

*—Pues no lo cambies, pero tú sabrás lo que haces. ¡Te tocan a tí!*

*—Bueno, no te preocupes. Le diré a mi madre que venga a por ellos para que tú puedas salir con tu novio...*

*—¡No me vengas con eso! Tu madre los coloca delante de la tele todo el fin de semana y no les da más que fritos para comer. ¡Es tú responsabilidad!*

*—Está mayor. Tampoco puede hacer más. Ya te digo, ella vendrá a buscarlos mañana...*

*—¡Tu madre ha sido igual de rancia toda su puñetera vida!*

*Cerré la puerta, tratando de dar el máximo dramatismo posible sin que sonase un portazo. Al darme la vuelta el pequeño Ojos Grandes, en pie, frente a mí con esa mirada triste y desilusionada de todo que antes era tan alegre.*

*—¿Me vas a llevar con la abuela...?*

*Y allí estaba mi pequeño gran hombre dándose cuenta de que había pasado de ser el niño querido a una bola molesta que se pasan de uno a otro unos padres más preocupados de rehacer una vida que ellos mismos han destrozado que de disfrutar de su hijo.*

*Me jode ser yo la única responsable de mis hijos, la única que compra ropa, que va al colegio, que abandona su vida social, que cuenta con ellos antes de cualquier plan....*

*Pero ellos son los que me han hecho fuerte y poderosa. Ellos son el eje de mi vida y no podía dejar que mi hijo sintiese por un momento que era una molestia para mí.*

*Mi pequeño, que en el momento de nacer envolví con mi alma, se sentía desnudo desde hacía tiempo. Doña Sonrisas se adapta, pero Don Ojos Grandes lo vive todo, lo sabe todo.*

*—¿De eso nada amor! —respondí poniéndome a su altura doblando mis doloridas rodillas— Doña Flaca me ha dicho hoy que está deseando quedarse con vosotros el viernes y llevaros a la Ludoteca. ¿Te parece bien?*

*Sonríe, se ilumina. Doña Flaca es mucho mejor que la Bruja del dedito inquisidor que te apunta amenazante, deformado por la artrosis, cada vez que quiere mostrarte lo decepcionada que está contigo.*

*—¿Y sabes qué? El Sábado, después de la Protectora, nos vamos a ir a ver...*

*—¿Los vengadores?*

*—Sí, cariño, vamos a ver los vengadores.*

*—Mamá. Me gusta mucho tu pelo.*

*Me miro al espejo, recién salida de la peluquería, hidratada, depilada y relajada. Y sí. Mi príncipe tiene razón: Estoy muy guapa.*

## XIII

Nadie podía haberla parado. Nadie quiso pararla, así que planeamos el principio del fin.

### *~ Empoderada ~*

*Con paso firme sacando a Mr. Jones en cuanto Paqui me toma el relevo. Bolsita recoge caca en mano, frente bien alta, mechaz azules al viento. Hoy puedo hasta encontrarme a Don Perfecto porque en vez de los pantalones del Aldi me los he puesto de OYSHO, que se ha convertido en la tienda de ropa deportiva para aquellos que van infaliblemente al gimnasio del 1 al 5 de cada mes. Sonrisa en los labios, Losing My Religion en mis auriculares. Todo va bien, llevo el triunfo en las venas.*

*Me sentía bien, me sentía fuerte. Dos horas de psicoterapia sistémica multipeluqueril y un buen ataque a la VISA mejoran el ánimo de cualquiera. Me vestí con parte de toda esa ropa interior que había comprado. Ropa interior de Nueva Gorda que no se sabe gorda. Con sus encajitos, sus colores, sus aros y su poquito hasta de relleno. Me peleé con alegría con los 4 folios de instrucciones de lavados. Como si no supiesen los fabricantes de bragas que, por muchos tomos de la Larousse que pusieran, las acabaremos echando a la lavadora junto a los calcetines.*

*Cruzaba mi sonrisa con todo aquel que me encuentro en el trabajo, incluso con Doña Jefísima con su camisa de seda y su falda de tubo, que me responde con una sorprendente sonrisa. ¡No sabía que el Botox le había respetado la musculatura lo suficiente como para permitirle sonreír pero oye, siempre es una alegría!*

*En la reunión de la mañana, las mismas caras largas y miradas asesinas de siempre, que esta vez se encontraban con mi sonrisa idiota y mis ojos brillantes. Viviendo entre el poder de mi erotismo olvidado y la ilusión de algo de ocio adulto, no había nada que pudiese borrar la luz de mi día.*

*De nuevo, en mi despacho, sobre el teclado, un pequeño Post It*

amarillo. “Sea lo que sea lo que te pase, estás brillante”.

¡Cómo si no supiese muy bien lo que me pasaba! Pero era un detalle tierno aquel de molestarse en dejarme aquellas notitas, pasar a escondidas al despacho, someterse a las miradas. Era casi como de príncipe de cuento.

—Tal vez debería plantearme decírselo —nos sorprendió Doña Petarda en el desayuno.

—¿Decir qué?

—Que... me quiero divorciar.

—¿Y eso? ¿Estás segura? —Doña Tecla, siempre, conciliadora— parecía que estábais muy bien.

—Hay... hay otra persona.

Bien sabía yo que había otra persona que iluminaba su mirada, pero que la culpa del adulterio la atormentaba y el miedo al escándalo la acompañaba diariamente. No tenía hijos, era económicamente independiente. No parecía mala idea mandar a paseo a Don Pedales.

Doña Puri se inclinó frente a ella: “¿Estás convencida? ¿Desde cuando lo piensas? ¿Vas en serio con el otro?”

Poco a poco, Petarda iba dando los detalles al grupo de marujonas que le rodeaban y que, admitámoslo, vivían con ella la emoción de la nueva aventura.

“¿Cómo piensas hacerlo? ¿Cómo crees que se lo va a tomar? ¿Has planteado el tema económico?”

—La vida pasa querida —añadió Puri— y es frágil. Te lo aseguro. Lo vemos todos los días. No sirve de nada soportar una agonía...

—Pero voy a ser la mala, la que abandona, la que traiciona.

—Y sin embargo, tú sabes la verdad.

Yo descubría que, de un modo u otro, pese a estar cada una en una fase distinta de nuestras relaciones (casada aburrida, divorciada traicionada, viuda y futura ex) todas teníamos en nuestra mente lo que un proceso de divorcio conlleva y cómo plantearíamos el propio. ¿Vive la idea de un posible fin en la mente de todas las parejas?

En mi caso reinaba el secreto deseo de dar fin al fin. Pese al dolor, a la humillación y al abandono, en algún rincón de mi corazón quedaba un hueco para aquel canalla que antes había sido un marido ejemplar. ¿por qué cambió? ¿En qué momento dejó de amarme? Mi abandono, mis kilos, el sexo con calcetines o simplemente el habernos acostumbrado el uno al otro. Nos hicimos uno, y cuando algo es parte de tí, ya no puede asombrarte. Pero no

*era el asombro lo que me faltaba a mí, sino aquel trozo perdido, aquella parte de mi uno que, pese al rencor, no dejaba de añorar.*

*Vergonzante era darme cuenta de que cuando me hablaba en aquella voz que yo sabía que solo usaba para conseguir algo... lo conseguía. Que era en él en quien pensaba, para bien o para mal, por las noches. Que, en lo más profundo de mí, aún esperaba que en algún momento decidiese volver a mi lado.*

*El fin del fin. Eso es imposible cuando los hijos te unen.*

*Pero no era el día de pensar en mi divorcio. Ni siquiera en mi Ex. Era el día de salir a cenar con Don Perfecto.*

*Llevé a Don Ojos grandes y a Doña Sonrisas a la casa de Doña Flaca, donde esta les esperaba con su merienda a base de batido de frutas recién hecho y creps de harina integral y huevo ecológico. Tras esto llegaría la adecuada sobredosis de Nintendo Wii.*

*Si algo caracteriza la maternidad es un sentimiento continuo de culpa. Culpa si paso demasiado tiempo contigo, culpa si paso poco. Culpa si te doy dulces porque te intoxico, culpa si no porque soy castradora. Culpa si te llevo a un colegio público, culpa si te llevo a uno privado. Culpa si te atosigo a clases extraescolares, culpa si no aprendes francés...*

*¿Cómo no sentirse culpable por dejarlos en casa de su abuela rara para irme por ahí con un morenazo de ojos verdes y sonrisa imposible?*

*Doña Flaca, que para eso tiene un olfato particular, me echó de su casa con un “¡Ala, ala, que tienes que vestirte, que así das asquito..!” Muy propio de su natural delicadeza.*

*Y llegó mi momento: baño laaargo con aceites esenciales, perfume, lencería... y mi precioso vestido azul eléctrico con mis fantásticos tacones a juego, mis mechas atrevidas y mi maquillaje indiscreto.*

*Ahí estaba yo, frente al resultado que me mostraba mi archienemigo: el espejo del dormitorio.*

*Un manatí azul en bipedestación me miraba con ojos inquisidores: ¿De verdad vas a salir así? ¿no estarías mejor con un pullover y un calzado plano? ¿No se te marca la celulitis?*

*¡No, no, no! Me enfrento al espejo. ¡Yo lo valgo! ¡Estoy preciosa! Es él el que ha querido salir conmigo. ¿Qué me hace odiar tanto mi reflejo? ¿Qué hace que mi reflejo me odie a mí?*

*Busco la fuerza que me falta cuando suena el timbre, casi temblando al*

*abrir la puerta y meter mi inmenso manojito de llaves, los pañuelos, el pintalabios, el móvil... a presión en el mini bolso que estoy estrenando.*

*Y allí estaba él. Todo él. Sonriendo, perfecto Don Perfecto con su perfecto pelo negro y su cuerpo pluscuamperfecto en una camisa ajustada y unos pantalones que deberían estar prohibidos (¿será mi mente calenturienta?) Sentado sobre el capó de un descapotable de tapicería blanca y pintura roja, discreto como todo él, jugueteando con las llaves entre los dedos (esos dedos...) como una imagen de otro mundo.*

*—Señorita, su carruaje le espera...*

*—¿No es una expresión un poco manida?*

*—Muchísimo. ¡Pero es tan apropiada al momento...!*

*Hipnotizada en su sonrisa, dejé que me abriese la puerta y prendida de sus ojos me senté en un pequeño asiento, demasiado bajo para lo enjuto de mi falda, demasiado estrecho para lo generoso de mis caderas. Intenté meter una pierna, pero la falda no me dejaba. Intenté sentar primero mi panderito, pero al agacharme crujía peligrosamente. Finalmente decidí remangar la falda hasta casi la altura de las ingles, lorzando al aire, escapando mis carnes como buscando aire, para poder dejarme caer sobre el minúsculo asiento.*

*¡¡¡Madre mía qué incómodos son estos coches caros!!*

*Solo falta que el coche no arranque con mi peso. Pero arranca, y la brisa consigue borrar las lágrimas que tan duro abandono de wonderland habían provocado en mí.*

*Riendo y mirando mis piernas desnudas de reojo, me lleva Don Perfecto a uno de esos restaurantes que tienen tanta decoración en las paredes como en los platos. “Decoración mucha, comida escasa” pienso yo.*

*Afortunadamente comenzaron a traernos platos de jamón y queso manchego así, para calentar, mientras el vino borraba el recuerdo de mi primer encuentro con el jodido descapotable.*

*Y allí hablamos un poco de todo, yo de nuevo embelesada por su ojos verdes y su voz serena, por como cierra los párpados cuando se para a pensar para luego abrirlos fijando sus ojos en los míos, por el movimiento de sus manos y como, de cuando en cuando, rozaba las mías. Primero como por casualidad, después expresamente, acariciándome despacio con la yema de los dedos, como buscando un tesoro en el dorso de mi mano, bajando la voz hasta el susurro... erizando mi piel solamente con el roce de ese minúsculo trocito de sí.*

*Pidió otra botella de vino, evidentemente más de lo que yo debía tomar.*

*Algo para acompañar el postre: Pasión de chocolate. Por lo menos, si esa noche no encontraba la pasión, encontraría el chocolate.*

*—¿Me encanta verte comer! —me dice. Y ya entonces, decidí enfrentarme a mis miedos y tomar el toro por los cuernos*

*—Hay una cosa que no entiendo. A ver: soy una mujer de 35 años, divorciada, con dos hijos, no especialmente simpática, malhablada y con un cuerpo que recuerda más al de un manatí que al de una sirena. ¿Qué es lo que te ha hecho invitarme a salir?*

*Dejó su servilleta a un lado y me miró fijamente a los ojos. Bajó el tono de la voz.*

*—¿Es así como te describes? ¿Como un manatí?*

*—Un manatí, una foca, un león marino, una vaca lechera... aunque también lo describiría como blando, inmenso, deforme...*

*—Me podría cansar contándote cómo eran las mujeres de Rubens o las Venus de Piedra, pero estoy seguro de que ese argumento te lo conoces. A mí me gustan las curvas, no te lo voy a negar. Creo que tienes un cuerpo perfecto. No estás enferma, no estás obesa. Tienes una sonrisa que vuelve loco a cualquier hombre.*

*Las curvas como las tuyas mueven algo primitivo en el hombre. Algo que muchos se niegan a admitir por pura convención social.*

*Me gustan las curvas, sí. Mis mejores encuentros han sido con mujeres grandes. Pero es tu cuerpo el que me vuelve loco. Tu cuerpo inmenso, poderoso, hecho para la lujuria —su tono de voz, cada vez más bajo, me obligaba a acercarme a él un poco más— un cuerpo para manosear, amasar, hundirse en él. Vibrante, peligroso. Estoy deseando agarrarlo, sentir mis dedos clavándose en él, notar tu aroma, morderlo... ¿crees que querría hacer todo eso con un manatí? Es cierto, tienes razón, no pareces una sirena. Las sirenas no tienen sexo, y para mí, tú eres todo sexo. Y si no insisto en tenerte esta noche es porque no sé si soy merecedor de tu atención...*

*Perdida en sus ojos, en su voz y en sus palabras. Pálida, imagino. O tal vez ruborizada. No lo sé. Hacía muchos años que no me encontraba con aquella mirada de deseo, aquel erotismo flotando en el ambiente.*

*¿Qué decir ante aquello? No tenía, aún no tengo palabras. Y no hicieron falta. Evidentemente el tipo era merecedor de toda mi atención y me tuvo —le tuve— aquella noche.*

## XIV

Nos habló de su Cádiz natal, de las playas de su infancia. De dónde estaban sus raíces y dónde debían caer sus hojas.

### ~ *Cálida* ~

*La luz baja, la decoración simple de una casa hecha para no pasar demasiado tiempo en ella. Un ambiente cálido como su piel.*

*Cuando los cuerpos entran en resonancia, las pieles desean tocarse y se sienten incluso antes del primer roce.*

*Su boca sabía dulce y desde el primer contacto derribó todas mis defensas.*

*Acarició, besó, lamió y mordió cada trozo de piel que no estaba cubierto por tela azul eléctrico. Labios, cuello, el lóbulo de la oreja... despacio, muy despacio y dejando que me centrara en cada sensación, cada textura y cada temperatura. Enredó sus manos en mi pelo, se perdió en mi nuca, la mordió como un gato. Sus dedos pasando por mis brazos, mi escote...los labios abriéndose paso en cada prominencia, en cada costura azul. Azul que cubrió el suelo descubriendo aquello que tanto temía. Mi cuerpo, tembloroso, ahora pequeño, avergonzado. Crecía con sus manos en cada pliegue, cada curva antes odiada. Cada centímetro de piel que repudiaba se despertaba como el órgano sensorial que era dispuesto a aceptar aquellas caricias, a abandonarse a su boca, a su saliva, a sus dientes.*

*Atrás quedó aquella torpeza que había vivido una vez. Atrás quedó el sexo con calcetines.*

*Sobre la cama, sin deshacerla, con la punta de los dedos dibujaba un camino lleno de desvíos y rotondas. Mi ropa de gorda que no se cree gorda sabía que sobraba. Dibujaba los límites, los pliegues. Aquí los dedos, los dientes allí, en mi hombro, en la flexura de mi codo, en la cara interna de la muñeca. ¿Por qué me retorció así por notar sus dientes en una zona tan pequeña, tan olvidada siempre?*

*Su cuerpo, firme. Sentía su peso sobre el mío pero solamente podía ver la línea que dibujaba su cuello, su trapecio, la curva de su hombro, redonda, cuando bajaba por mi escote dejando su mano enredada en mi pelo. Y su olor. Su olor lo inundaba todo. Me embriagaba*

*Yo no sabía dónde, qué tocar. Como si nunca hubiese tocado a otro ser humano. Con miedo a romper aquella fantasía por mi torpeza.*

*Perdía una mano dentro de mi ropa interior. Me miraba a los ojos mientras sus dedos se empapaban dentro de mí, jugaba con ellos, acariciaba la parte interna de mis labios. Con toda esa humedad jugaba con mi clítoris, volvía a los labios, seguía más allá hasta jugar con mi ano. Respondía, me arqueaba y no paraba. Mirándome, con los ojos ya no verdes sino negros y fríos, como un gato que observa atento como el ratón trata de buscar una salida. Casi me daba miedo. Me daba miedo.*

*Miedo de él, y miedo de mí que notaba como perdía poco a poco la voluntad que me quedaba. Segundo a segundo sabía que no podría guardarme nada, a cada instante notaba como me abandonaba en sus manos. Todo estaba entregado.*

*Mi ropa interior voló. Nada permitía ya esconder este cuerpo adverso con el que peleo cada mañana. Me miró, cerré los ojos, no me quería ver en su reflejo. Pero dejó de ser necesario cuando él mismo los tapó con algo (¿Una venda? ¿Un pañuelo?)*

*Aún así, podía sentir cómo examinaba cada centímetro de mi cuerpo, cómo lo medía, lo amasaba y se sumergía en él. Sin dejar de mirarme.*

*Cada segundo eterno y breve en el que jugaba con mi cuerpo, con mi boca, con mis labios, con mi vagina, era un segundo en el que me perdía. Susurraba en mi oído cada paso que iba a dar. “No tengas miedo, pararé cuando tú me lo digas. Solamente tienes que pedírmelo” y mordía mis pezones hasta justo el instante previo a que fuese insoportable. “Solamente deja que vea si esto te gusta” y aprietaba sus labios contra mi clítoris, metía sus dedos profundamente en mi coño, uno, dos, acariciándome por dentro.*

*Me dió la vuelta en la cama, me sentí un muñeco de trapo, y comenzó el camino de sus labios, de su lengua, por todos los rincones. Aquella parte que odio de mi espalda, donde se hace particularmente visible un michelín, aquella que mordía, lamía, chupaba y veneraba. Aquellos hoyuelos que la grasa genera sobre mi sacro, aquellos en los que su lengua se detenía a bailar. El espacio bajo mis glúteos, las manos entre ellos, en mi sexo, en*

*todo. No pude evitar dejarme llevar más y más mientras sentía su peso en mi espalda y su mano buscando como llevarme al orgasmo. ¿Cuánto tiempo? ¿Sabía mi cuerpo, aún, cómo hacer esto? Dudo, dudas, miedo. No me mires, no quiero que me veas. Sentía deseos de llorar de vergüenza y de éxtasis. Su voz, en mi nuca, en mi oído. Un poco más, algo más y mi cuerpo me mostraba que no está muerto, que sabía, que soy sexo.*

*No me mires, no dejes de mirarme, no dejes de tocarme. Y entraba, en una embestida que ya no diferenciaba de otra. Ya no quería llorar, ya lloraba y las lágrimas dejaban en la almohada un resto de pasión y máscara de pestañas. Sentía mi pecho bajo mí, aplastado, y no me importaba. Sentía la postura incómoda, y me daba igual.*

*Todo estaba entregado.*

*Necesitaba aún más de lo que me daba, me coloqué de rodillas, me tenías de rodillas ante tí. Tus dientes en mi nuca, como el gato, tus manos, una en mi pecho, otra en mi cadera, reteniendome contra tí, sentada sobre tu pelvis. Mis dedos se enredaron en los suyos y llevó mi mano hacia mi propio sexo para que lo acaricie lentamente mientras él se abría paso entre mis nalgas y con cuidado entraba en mi cuerpo.*

*Una vez más, entre mis caricias y su sexo en mí, volví a abandonarme, volví a subir y a caer en mi cuerpo que ahora sentía tan vivo. Y el conmigo, a mi espalda, susurrando, gritando y mordiendo y llevándome a disfrutar sensaciones nuevas.*

*¿Qué más queda por decir? Más caricias, más susurros y más mordiscos durante toda la noche. Dormir, despertar en unas horas y encontrar su cabeza en mi pecho, su mano en mi cintura. Y verme con sus ojos verdes de mirada fija, no como una sirena sino como una diosa. Y así me encontró la madrugada, con la luz, que entraba por la ventana, cálida.*

### ***El polvo mágico.***

Al contrario que el polvo desencuentro, en el polvo mágico los cuerpos parecen danzar en una sincronía perfecta.

Distintos polvos tienen posibilidades de convertirse en un polvo mágico: Ya sea un polvo al inicio de una relación, un polvo furtivo o un polvo de reconciliación. La inseguridad que les acompaña ayuda a hacerlos mágicos. Pero esas condiciones, si bien colaboran, no son suficientes.

Para que un polvo sea mágico debe haber una química especial. Se deben aunar los aromas, la temperatura de la piel, la luz, el sonido y los cuerpos. Cada piel entonces sabrá tocar y ser tocada y las voluntades se perderán. El polvo mágico es capaz de enamorar al corazón más duro.

Pero ojo: la magia es efímera y solamente se puede tocar un instante con la punta de los dedos. Por esto el polvo mágico es irreplicable y puedes pasar media vida tratando de volver a vislumbrar aquel brillo de la primera vez.

## XV

Quiero cerrar esto como yo quiera. Y no va a ser aquí. No va a ser con desconocidos y no va a ser en esta ciudad. Va a ser mi último viaje de vuelta a casa.

### *~ Vuelta al mundo real ~*

*La luz, cálida, del amanecer de septiembre que aún no era fresco. Y yo, boca arriba sobre la cama, mirando al techo blanco sobre el que la persiana dibujaba líneas de luz. Escuchando la respiración de Don Perfecto, con ese suave “casi ronquido” que resulta enternecedor cuando comienzas a enamorarte, y terriblemente insoportable al paso de los años.*

*Desnuda, sabiéndome llena de... de sémen en varios orificios corporales, completamente expuesta. En aquella locura, en aquella casa desconocida con aquel tipo desconocido.*

*Me levanté, en silencio, buscando inútilmente algo con lo que tapar mi desnudez. Escuché crujir mis tobillos y sonó como una retroexcavadora a plena potencia. Paré. Él no paró de dormir. Busqué mi ropa interior de gorda que no se sabe gorda, mi vestido, mis tacones. Salí al pasillo hasta encontrar el baño. Me vestí delante del espejo, sin creer muy bien lo que estaba haciendo. No pude evitar mirar aquellas estanterías milimétricamente ordenadas. Vale, no solo miré: estudié los productos, las marcas, los aromas... y volví a ver mi reflejo imperfecto. ¡Cómo odio los espejos! ¿Qué hago aquí?*

*Me ví: madre, manatí, ridícula en una situación que no estaba hecha para mí... con mi maquillaje corrido y mi cuerpo corrido también. Como un pulpo en un garage, fuera de lugar.*

*En silencio, furtiva, vestida como una prostituta que ha conocido días mejores, con los tacones en una mano y el bolso colgado del cuello, salí de aquella casa con la firme intención de no volver y caminé, a las 7 de la mañana, los dos kilómetros que la separaban de la mía.*

*Llegué a casa, confusa y con las medias rotas, con el tiempo justo para ducharme y prepararme para mi vuelta al mundo real.*

*Vaqueros viejos, zapatillas de deporte y camiseta de promoción de cualquier supermercado.*

*Mr Jones, que ya me echaba mucho de menos, preparado para su rutina de sábado. Directo al monovolumen y de ahí al encuentro con mi única vida social que no tiene que ver con pañales ni con pacientes.*

*Una vez allí me abrió la puerta, como era habitual, una mujer delgada de nariz aguileña y aspecto de haber sido muy maltratada por la vida. Detrás del gran portón metálico, rodeada por el estruendo del ladrido de más de 100 perros, se encontraba su hija con su pelo de mil colores. Cada vez me sorprendía con un color nuevo y con nuevas energías para pasar el valiosísimo y escasísimo tiempo de una adolescente limpiando mierdas caninas.*

*Como ella, más de 30 personas tan ocupadas como cualquiera, dedicaban al menos una mañana a la semana a limpiar, bañar, alimentar y mimar a los perros que en nuestra zona eran inexorablemente abandonados cada mes. Perros mestizos, de raza, cazadores, cuidadores y de pelea. Con un pasado, una historia y la imperiosa necesidad de tener una manada propia.*

*El trabajo era sencillo, repetitivo, asqueroso y gratificante. Jaula a jaula: abrirla, sacar a los perros, mimarlos un poco, curar si hay que curar algo, limpiar el suelo, las camas, cambiar la comida, el agua, volver a encerrarlos. Y así, hasta cuarenta jaulas.*

*Desde mastines gigantes a caniches minúsculos, todos esperaban ansiosos su ratito de mimo.*

*Mr Jones, que ya conocía cómo era aquella vida, acompañaba calmo a los que salían de las jaulas como un toro a la plaza. Les olía, les saludaba. Algún lametón, algún gruñido poniendo orden.*

*Entre ladridos, arañazos, besos caninos y mucho, mucho trabajo físico, pasaron las horas sin que en mi cabeza entrasen los momentos vividos la noche anterior. Una extraña forma de meditación escatológica, una privación sensorial a la inversa.*

*Tras 5 horas agotadoras, las 5 mujeres allí presentes nos sentamos agotadas en el almacén-enfermería, destapamos nuestras cervezas y nos dimos el merecido homenaje tras la jornada de esfuerzo.*

*De los 16 a los 60 años, miré a aquellas 4 compañeras cansadas y*

*satisfechas hablando de todo un poco. Estudiante, profesora, empresaria, ama de casa. Guerrera, dulce, bellísima, luchadora. Y todas, tan distintas, allí por un motivo.*

*Eché un ojo al móvil... 6 whatsapps. Doña Flaca, Don Padre y Don Perfecto.*

*—Los niños están bien... por si te acuerdas de nosotros —Doña Flaca y su uso calculado de la culpa.*

*—Espero que lo pasases bien. Me he acordado de tí. Sé que te he hecho una faena con lo de los niños... lo siento. ¿puedo compensarte de algún modo? —Don Padre y su uso, no sé si estúpido o consciente, de la seducción.*

*—Te has ido esta mañana. No quiero parecer un loco pero... me hubiese gustado tenerte aquí al despertar... ¿he hecho algo mal? ¿Algo te ha molestado?....*

*—No, lo siento, he sido una maleducada. Tenía un tema esta mañana temprano y no te quería molestar.*

*En un instante llegó la respuesta.*

*—No me habrías molestado. Me habría gustado verte. ¿Cómo te has ido?*

*—Andando.*

*—¿Andando? ¿En serio? Te habría acercado! Psiquiatras....*

*—Somos raros, ya sabes...*

*—Bueno... déjame que te pregunte... ¿te arrepientes de algo?*

*—De haberme ido esta mañana.*

*—Eso está bien... me he levantado con ganas de repetir...*

*—¿Más?*

*—Culpa tuya...*

*—Yo no te he hecho nada.*

*—Tú has despertado el deseo.*

*—¿Yooooo?*

*—¡Tuuuuuuu! Quiero volver a verte.*

*—Trabajamos juntos, volverás a verme el lunes.*

*Vuelta al mundo real, móvil en el bolsillo. Tenía el fin de semana planificado con los niños: cine, piscina de bolas, pizza... no tenía tiempo para hacerme ilusiones ni bucear en el deseo.*

# XVI

La victoria fue suya, y a punto estuvo de perder. Y de nuevo, comenzó la lucha, y volvió a ganar.

## *~ Sabor a pizza y victoria ~*

*Los hijos te cambian la vida. Eso es fácil de entender para cualquiera: tienes menos tiempo libre, nadas entre pañales, las comidas pasan a ser trituradas, no sales tanto como antes... y todo es cuestión de organizarse ¿Verdad?*

*Ojalá yo fuese tan buena madre como lo era antes de tener a mi primer hijo.*

*Cuando me quedé embarazada de Don Ojos Grandes hice una magnífica lista de “yo nunca”:*

- Yo nunca les pondré delante de la tele para entretenerlos.*
- Yo nunca les daré chucherías.*
- Yo nunca les compraré juguetes de más de 30 euros.*
- Yo nunca cederé a las pataletas.*
- Yo nunca les perseguiré por la casa con una cuchara de comida.*
- Yo nunca recogeré los juguetes que dejan por medio.*
- Yo nunca usaré a Doña Flaca como niñera.*
- Yo nunca los dejaré horas en las piscinas de bolas.*
- Yo nunca compraré esas bolitas de máquinas expendedoras de los bares.*
- Yo nunca los llevaré a los bares.*
- Yo nunca dejaré que mi vida de pareja se afecte por ellos...*

*Yo nunca, nunca, nunca, nunca...*

*En el mundo hay casi tantas madres dándonos patadas en nuestros propios traseros como nuevas gordas. Porque los “yo nunca” funcionan*

como una profecía. El Oráculo de Delfos estaba construido sobre los esqueletos de madres que murieron entonando el “yo nunca”.

Así que sí. Además de Nueva Gorda, profesional mediocre, desorganizada y medio loca, soy una madre que coloca a sus hijos delante de dibujos propios de un viaje lisérgico como “Hora de Aventuras” tratando de entender cómo es posible que un perro hable y adopte formas imposibles. No sé muy bien, desde luego, si es mejor o peor que el “Bola de Dragón” que yo veía en mi época: ¿Drogas duras? ¿Violencia extrema?

Y, aunque la culpa me asalte un domingo por la noche mientras pongo todo mi arte culinario al servicio de tres perritos calientes, Finn y Jacke entretienen a Don Ojos Grandes y A Doña Sonrisas mientras Mr Jones pacientemente sirve de almohada peluda y algo pestosa para ambos.

En eso estaba yo, cual futura vencedora de Masterchef, cuando se personó tocando al timbre de mi puerta un morenísimo Don Padre de sonrisa seductora con 3 pizzas familiares en la mano.

Chantaje vil, premeditado y efectivo.

Sonrisa de oreja a oreja, Don Ojos Grandes corría por el pasillo con las aromáticas cajas de cartón cantando “Pizza, pizza, pizza” mientras Doña Sonrisas le hacía los coros. Y allí, plantado, con su manita apoyada en el marco de la puerta, de medio lado, con aspecto relajado y tranquilo, me esperaba mi antaño amado por siempre jamás y ahora amado unos ratos y odiado la mayoría del tiempo.

Y es que, lo contrario del amor no es el odio, es la indiferencia. Y Don Padre nunca ha podido resultarme indiferente.

—Había pensado en que podíamos cenar juntos esta noche, en familia...

—¿Y la Diosa de Ébano?

—Tiene un curso que preparar... pero no venimos a hablar de ella.

—¿Y de qué vienes a hablar, si se puede saber?

—Por lo pronto, de nuestros hijos y su amor por la pizza. ¿No podemos pasar un rato juntos, en familia, ver una película... ?

Las risas de los dos pequeños al fondo del pasillo, el olor a la pizza y la añoranza de los viejos tiempos y, ¿por qué no? La sensación de éxito que el contacto de la piel de Don Perfecto había dejado en mí me hizo bajar las defensas. Y así pasamos la noche del domingo, juntos los cuatro, riendo, como si nada hubiese pasado. Con Don Ojos Grandes con los ojos más grandes que nunca, hablando emocionado con un padre que dos días antes le había dejado tirado, excitado, sin querer irse a la cama sin que su padre

*le leyese algo de Gerónimo Stilton.*

*Mientras escuchaba, casi como una fantasía, a Don Padre poner la voz de Plumilla y de la Reina de las Hadas, imaginando una familia como la que yo había soñado, casi como si no existiese el desamor, ni la indiferencia, ni la Diosa de Ébano ni mi cuerpo de gelatina dentro de una camiseta de Pinturas Josape.*

*Mientras escuchaba, mientras fantaseaba, el cuerpo de Don Perfecto aparecía ante mí, sobre mí, como un pensamiento automático que me sacaba del sopor en el que me estaba sumiendo. Entrecerrados los ojos, sentía su piel justo más allá de la punta de mis dedos, mis uñas marcadas en su espalda, sus manos enredadas en mi pelo. Su olor, ese olor que, en secreto, cuando me levanté de la cama, mendigué de su camisa. Las manos que por momentos apenas me rozaban y en otros me amasaban, su voz en mi nuca, los besos nuevos.*

*Poco a poco me alejaba de Gerónimo Stilton y de la aparición inesperada de Don Padre mientras apuraba una copa de vino tinto con la luz baja en el salón recordando el sabor que otro vino había tenido en su boca y en su cuerpo. Cada vez más patético el sonido de Don Padre mientras recordaba los jadeos propios y ajenos. Toda mi cuerpo, aún bajo aquella camiseta horrible de Pinturas Josape, palpitaba, ardía, aún más entre mis piernas.*

*Y entonces, él me sacó de la ensoñación. Oportuno como siempre.*

*Ya había dormido a los niños y quería compartir el vino conmigo. Como en los viejos tiempos. Como en los tiempos del abandono y la traición. Pero yo no era la misma.*

*Se sentó a mi lado. Hablando de todo un poco: Del libro que aún no había logrado escribir. De su nueva vida entre mindfulness, de su retiro de Vipassana, de su iniciación en las danzas tribales africanas de mano de la Diosa de ébano. De su cambio de vida.*

*Y le miré, más guapo, sí. Trabajado en el gimnasio, más delgado aún sin poder perder ese amago de pancita que siempre le había acompañado. Moreno, pero algo más arrugado. Cierta inexpresión en su mirada desvelaba más de una inyección de botox. Sus dientes, antes amarilleados por el café, ahora parecían sospechosamente una sonrisa de porcelana. Su pelo... su pelo si se miraba de cerca parecía un inmenso campo de olivos, muy bien ordenaditos, pelo a pelo, implante a implante.*

*¿Cuánto dolor y cuánto sufrimiento para tratar de acercarse a la edad*

*de su amada? ¿Cuánto esfuerzo para recuperar el tiempo necesario para vivir la vida que no supo vivir conmigo?*

*Copa en mano, me contó, me confesó, que la Diosa de Ébano iba a hacerle padre. Que estaba muy feliz, sí. Eso decía, pero una gota de sudor caía por su paralizada frente. Un leve temblor en unos labios un poquito más gruesos que la última vez que lo vi... pobre. De nuevo se le había pasado la vida, después de tanto esfuerzo por volver a vivirla.*

*Don Padre trató de acortar la distancia que nos separaba en el sofá pero Mr Jones, siempre sabio, siempre protector, reclamó aquel hueco como propio y, dándole un golpe con su rabo y su escroto vacío en toda la cara, se tumbó con la cabeza en mi regazo. Don Padre miró al perro, me miró a mí, y comprendió.*

*—Dime una cosa... ¿En qué momento dejaste de quererme?*

*—Creo...creo que ahora mismo.*

*Se despidió, sin intentarlo más, sabiéndose perdido. Sin tratar de robar de nuevo un beso y ocultando su fracaso y su humillación. Si, vuelve con tu mujer, con tu futuro hijo al que tanto miedo tienes. La vida da segundas oportunidades.*

*Yo ya no.*

## XVII

El Querubín pudo ser uno más para ella, pero el destino quiso que fuese el definitivo, y que estuviese más preparado para esto que para una vida normal.

### *~ Yo te vuelvo a querer ~*

*Cuando te tengo me sobras, pero cuando te alejas... cuando te alejas sé que no puedo vivir sin tí. Es la visión de tu espalda al marchar la que enciende mi deseo. Es la perspectiva de tu ausencia la que me hace amar tu presencia.*

*Siempre es así. Deseamos lo que no tenemos y amamos lo que estamos perdiendo. La estúpida naturaleza humana que nos hace pasar toda una vida deseando hacernos uno con nuestra alma gemela y, cuando ya nos hemos fusionado, despreciarlo como se desprecia un sofá viejo en el que ya estamos demasiado confortables.*

*Y allí estaba Doña Petarda, contándonos cómo le había comunicado a su Don Pedales la decisión de abandonarle.*

*Don Pedales, tan perfecto y perfeccionista, al principio ni la había creído. Se había reído en su cara: “¿Tú? ¿Dejarme? ¿Cómo? ¿Dónde vas a ir? ¿Qué va a pensar tu madre de tí, si nunca has sabido defenderte sola?”*

*De ahí pasó a la ira, a la locura: “No lo harás, no me dejarás. ¿Quién te crees que eres? No voy a permitir que me dejes como un imbécil delante de todo el mundo. No, ni lo dudes. Esto lo vas a pagar. Ya verás lo que van a pensar de tí. Si.” Gritaba, tiraba cosas, rompió platos...*

*Después llegó el arrepentimiento: “no, no te vayas, no me dejes. Con tantos planes que tenemos, con toda nuestra vida. No sé vivir sin tí. Si, lo sé, he sido un idiota, un enfermo. Lejos, distante. Lo siento, perdóname. Recuerda por qué me amaste una vez y permíteme que vuelva a ser quien era... por favor. Déjame que te muestre que aún te puedo hacer feliz. Sé que estoy mal, sé que estoy enfermo. Me lo has hecho ver. Déjame pedir ayuda, déjame intentar ser de nuevo digno de tí...”*

*Y ahí fue donde Doña Petarda cayó. Ahí fue débil. Ver a Don Pedales rogar por su amor fue tal alimento a su narcisismo... pensar en la culpa de dañarle fue tal herida a su autoestima... que permitió que se acercase. Que tomase su cintura y la besase después de... ¿cuántos años?. Unos besos que ya sabían a desconocidos. Y los besos desconocidos siempre saben mejor. Humedecidos con las lágrimas de ambos. “Todo se arreglará” prometía él. “Tendremos hijos”... en vano.*

*Se acercó con aquel pelo trigueño y piel morena. Con su cuerpo firme, seco a base de pedaleo, con su olor siempre perfecto aliñado con el salado del llanto.*

*La atrapó contra la lavadora, sintió su sexo de nuevo (¿pero sigue vivo?) y no pudo evitar dejarse llevar por su propio erotismo despertado hacía poco por otro. Folló, por primera vez, con su marido fuera de una cama bien hecha. Encima de la lavadora, con un pie en la secadora y el otro junto al microondas. Clavando sus uñas en una espalda que solo había visto antes como un muro de rechazo. “Todo cambiará, te prometo que cambiaré” y las promesas sonaban a afrodisíaco.*

*Y allí, fuera del dormitorio, fuera de la cama, fuera de las normas férreas que dominaban aquella casa, el pene de su marido pasó a ser una polla, por fin. Y su lengua (¿tienen lengua?) abandonó el gesto de asco que hacía antes la boca para enterrarse entre sus piernas y recorrer todos los rincones, pliegues y orificios que encontraba. Y los dedos se perdían dentro de ella, y otra vez la follaba. Y otra vez...*

*—Y claro, así no te vas.*

*—No... no puedo irme... no soy capaz.*

*—Guapa —interviene Puri— ¿Sabes que esto no va a durar?*

*—Me ha prometió que va a ir a terapia, que va a tomar medicación.*

*—Ya, bueno. Desde mi experiencia, si me tienes que hacer caso... para mí que a tu chico no lo arreglamos.*

*—No es sólo el sexo. El afecto, el sentirle...*

*—Sé que no es sólo el sexo. Pero en serio... las cosas no se arreglan así, no son cuentos de hadas, no es un capítulo de Melrose Place en el que todo se arregla en la cama.*

*—En la lavadora —señala Puri— que yo de psiquiatría no sé, pero con su manía por la limpieza es bastante significativo.*

*—Lo sé pero... sentirme... otra vez deseada.*

*—Amada, apreciada, importante...*

—Si.

—¿Y qué vamos a hacer con el otro?

—Dios mío... no sé... tengo que hablar con él. Dejarlo.

—Bueno, no corras demasiado. Yo no estoy ni siquiera segura de que no haya por ahí una “otra”.

—O un “otro” —apuntilló Puri— con un tipo así no sabe una qué esperar.

*Aún así fue esa mañana a hablar con él. Y hablaron. Hablaron en el almacén de vestuario hospitalario, entre batas con “manchas limpias” y pijamas de quirófano desechables. Porque él también le lloró, y le besó, y le pidió que no le dejase, que él estaba dispuesto a dejar a su mujer, y a sus hijos, por ella. Y él hacía tiempo que no tenía pene sino polla, y que no copulaban sino que le echaba unos polvazos de muerte. Y claro, ante esos argumentos, es difícil decir que no.*

*Así que Doña Petarda acabó el día con marido amantísimo, amante casadísimo y una caja de óvulos de blastoestimulina para ponerse entre las piernas. La vida es dura y la vagina se roza con el sobreesfuerzo.*

*Pero mi vida era bella. Porque no solamente estaba refollada, no. No solamente había dado calabazas históricas a Don Padre. Es que además, esa mañana la báscula justiciera me había mostrado mi peso: 85.00. 2,3 kilogramos menos que la última vez. No parece mucho ¿Verdad? Pero es que esos dos kg marcan un índice de masa corporal de 29.8. Es decir: había dejado de ser obesa, una enferma con una esperanza de vida 15 años menor que la población media, para ser una simple mujer en la edad media de la vida con sobrepeso. Si, sobrepeso, lo que de toda la vida había sido “lozanilla”. Así que llevaba toda la mañana plena de felicidad: Refollada, pretendida y delgada... bueno, delgada no, pero algo menos gorda.*

*Y entonces lo ví entrar en la cafetería, con su pelazo negro y sus ojos verdes, andando al son de una banda sonora que solamente yo escuchaba. Le vi sonreír a Doña Jefa, que toma su café solo en la barra, no sea que deje de caber en esas faldas lápiz que se pone. Doña Jefa le saludó, parecía a punto de decirle algo pero... él siguió su camino hasta nuestra mesa, dejándola con la palabra en la boca, con una mueca de desagrado cuando le ve sentarse con nosotros. ¿El fantasma de los celos? Puedo ver como Doña Puri, a mi lado, se mueve inquieta, le sonríe, se sonríen. ¿Complicidad? ¿Soy yo ahora la celosa?*

*A mi lado. Un poco más cerca de lo necesario, mirándome a los ojos un instante más de lo preciso, compartiendo el secreto de nuestras emociones. Solamente su olor me hizo recordar lo del viernes anterior. Solamente el tono de su voz junto al oído me hizo estremecer. Su sonrisa perfecta, como rozaba por accidente mi mano al tomar la taza... ¡Que fantástico desayuno!*

*Escribía, un momento, distraído en el móvil mientras Doña Tecla parloteaba. Un segundo después vibra el mío:*

*—No puedo dejar de verte desnuda.*

*Y me ruboricé como una quinceañera en el acto de fin de curso.*

*—Dime que tú no estás pensando lo mismo.*

*—Estoy pensando algo parecido, sí.*

*—Ahora podría meter mi mano entre tus piernas... sin que se diesen cuenta.*

*—Creo que se darían cuenta... soy muy mala disimulando.*

*—¿Crees que podremos encontrar algún sitio no muy concurrido esta mañana? Para hablar algunas cosas...*

*—¿Hablar?*

*—Pensaba usar mi lengua...*

*Levanté la mirada inmediatamente del móvil y me encontré de frente con la sonrisa divertida de Doña Puri.*

*Salimos de la cafetería cruzándonos con Don Bola de Billar y Don Perfecto inmediatamente cambió, se puso rígido, distante de mí y me despidió, con una palmadita en la espalda, mientras se quedaba hablando con el tipo aquel...*

*¿Seré un poco parana o me ha dado de lado?*

*Puri, mientras me contó la última aventura con su joven acompañante de 23 años que la había traído esta mañana al hospital.*

*Al llegar a mi despacho, sobre el teclado, una nueva nota:*

*“Tienes luz en la mirada”*

*La leía cuando la puerta se abrió a mi espalda y Don Perfecto entró, sonriendo.*

*—¿Cuánto tiempo tendríamos si te secuestrase aquí?*

*—Tengo citados hoy 10 pacientes, 5 son primeras consultas... —estaba un poco molesta.*

*—¿Cuanto tiempo?*

*—No mucho, la verdad. O al menos no lo suficiente como para hacer nada digno de contar.*

—¿Ocurre algo?

—Nada, no se. Me ha resultado chocante que te despidas de mí con una palmadita en el lomo, como si fuese una yegua.

—La imagen me gusta pero... ¿Qué te molesta?

—Hombre... no sé.

—Victoria... este es el lugar de trabajo. Hemos pasado una noche juntos, lo hemos pasado bien... no vamos a hacer una fiesta de pedida ni nada de eso.

—Si... supongo que tienes razón. —¿Una fiesta de pedida? Si fuese Bruce Banner ya estaría verde y musculosa—. Pero ya te he dicho que tengo pacientes.

—Entonces... déjame que me lleve algo —y mientras me besaba y yo pensaba en lo cálido de sus besos, abrió mi pantalón y metió las manos en mis braguitas hasta acariciar mi vulva y entrar con uno de sus dedos en mi vagina que, increíblemente, estaba empapada. Sacó la mano, se alejó de mí y, mirándome a los ojos, se metió los dedos en la boca.... Y adiós Hulk.

—Te veo a la salida —me dijo. Y yo no dije absolutamente nada más. Bastante tenía con la conversación que tenían en mi cabeza mi razón, mi corazón y mi cuerpo.

—Razón: A ver chicos, que ha sido una noche, que no lo conocéis y que ya no tenemos edad para estas chorradas. Acaba de soltarnos un jarro de agua fría sin mucha sensibilidad. Que a mi lo de la fiesta de pedida me parecía una idea no demasiado loca.

—Corazón: ¡Siiii, pero es que estoy solo! ¡Y él es tan mono!

—Cuerpo: ¡SEXO, SEXO, SEXO!

Así no hay quien se aclare...

## XVIII

¿Cuánto dolor podemos invertir para aplazar lo inaplazable? ¿Cuánta vida nos cuesta evitar nuestra muerte?

### ~ *La paliza* ~

*Pero no le ví a la salida. Doña Jefa se interpuso proponiéndome una interesantísima comida con miembros de la sociedad que financia la investigación.*

*Doña Jefa a un lado, el presidente al otro y yo en medio. Buena comida y mejor vino en gran cantidad. Pasada ya sobradamente la hora del café.*

*El correr del vino iba haciendo que Doña Jefa, una mujer entrada en los 50, siempre rígida en su falda de lápiz y sus camisas perfectas, adquiriese otro color. No se si el alcohol que la ruborizaba o el que nublaba mi vista era el responsable, pero comencé a verla más relajada, más joven. Con los labios más húmedos y una sonrisa más abierta. Ligeramente despeinada, siendo el centro de las miradas de la mesa, un botón más desabrochado de lo que debía, inclinándose hacia mí un poco más de lo normal al hablar.*

*El insigne neurólogo que se sentaba a mi lado no perdía detalle. Conocido crápula, vividor que ya dejó marca en los años de universidad. Consumidor habitual de cosas que no eran precisamente adecuadas para el sistema nervioso central, habitual promiscuo y orgulloso de serlo, estaba maravillado por el espectáculo que Doña Jefa nos estaba otorgando.*

*Mi propia respuesta me sorprendía. Cuando ella me rozaba, yo hacía lo propio. Me dejaba llevar, tal vez por el estado pro-erótico en el que vivía últimamente. Me había olvidado de mi ser como gorda y me había abierto a un mundo de percepciones nuevas y aquel juego pícaro con un tinte lésbico estaba siendo muy divertido. A fin de cuentas, aquello acabaría antes de la hora de la cena y el vino sería una excusa perfecta la mañana siguiente.*

*El neurólogo no cabía en sí de gozo, mirando aquel botón*

*inapropiadamente abierto de la camisa, mirando el generoso pecho que yo dejaba sobre la mesa al apoyarme. Casi babeando por la escena. No hablamos ni una palabra de aquello que habíamos venido a hablar. Reíamos. ¿Cuándo se había vuelto Doña Jefa tan divertida? Hablábamos de nuestras aventuras con las ex parejas, de fracasos cómicos en la cama. El tipo, que estoy segura de que se mantenía perfectamente sobrio a diferencia de nosotras, dirigía la conversación a su antojo sobre nuestros pasados, nuestros gustos, nuestras experiencias. En algún momento se ofreció a llevarnos a casa pero Doña Jefa puso su mano sobre la mía y, mirándole a los ojos, le dijo: “No Antonio, nosotras no nos vamos aún, vete tú si quieres”.*

*Y Antonio comprendió, se despidió amablemente mientras me escaneaba de arriba abajo casi salivando, haciéndome sentir gozosamente desnuda, y se marchó.*

*Entonces Doña Jefa cambió el tono de voz, pedimos una copa, después otra. Me comentó lo bien que me veía últimamente, lo guapa y llena de energía que me encontraba. “¿Qué ha cambiado en tu vida?” ¿Tan evidente era? Más me ruboricé. Si, han habido cambios en mi vida, nada, algo eventual pero... divertido.*

*Su brazo y el mio se rozaban. Después fue su pierna y la mía, nuestras rodillas, bajo la mesa, una al lado de la otra. Me di cuenta, sorprendida, de que la situación me resultaba cálida, húmeda, excitante. De que deseaba rozar aquella piel y... deseaba besar su boca. Aquel fabuloso estado proerótico había despertado un aspecto bisexual en mí que desconocía.*

*Algo me hizo despertar. ¿Qué estaba haciendo? Mi jefa, jefa con A, y yo a punto de caramelo en un restaurante conocido. Seguro que esto a Don Padre le hubiese encantado.*

*He de admitir que entre Don Padre y yo el nivel de fantasía había ido disminuyendo a medida que mi peso iba aumentando. Cuando te vistes por no ir desnuda, dejarte ver así, desnuda, se hace difícil.*

*Los primeros 5 kilos se solucionan con algo de lencería encorsetada, los siguiente con unos monos de red y encaje que disimulan muchísimo... pero llega un punto en el que me levantaba y me acostaba con la camiseta de Supermercado Hiperdino.*

*Si eso era el admitir mi cuerpo... la posibilidad de disfrutar de él fue reduciéndose. Como proyección de mi propia inseguridad, o tal vez como simple realidad, me convencí de que Don Padre no podía desearme. Mi*

deseo, al mismo tiempo, se redujo a su mínima expresión. Es extraño cuán necesario es gustarse a uno mismo para desear al otro.

Por supuesto Don Padre no jugaba en la misma liga que yo. Consumidor habitual de porno que hasta mi primer embarazo habíamos visto juntos, amigo de jugueterías y modalidades sexuales, se fue aburriendo, poco a poco, de intentar divertirse. Al final el sexo entre nosotros se tornó “sexo de subsistencia”, “sexo con calcetines y camiseta de supermercado”, “sexo sin mirarnos a la cara”. Ni sexo era ya.

Si me hubiese visto allí, junto a aquella mujer hermosa... ¡cómo habría disfrutado!

Pero me asusté. ¿Dónde pretendía llegar? Dí mil excusas sobre lo tarde que era y las cosas que teníamos que hacer antes de la cena —ya sabes, cosas de madre—, me levanté torpemente y, balanceándome, fui hasta la puerta para pedir un taxi con la mayor dignidad posible.

En mi camino hacia ella pude ver como el camarero, desde detrás de la barra, frotaba una copa que parecía no secarse nunca mientras nos observaba a ambas con mirada de ... ¿deseo?

Ya en la puerta vibró mi móvil. Doña Tecla necesitaba que le cubriese la guardia: Don Rarito estaba en urgencias con un dolor abdominal severo y tenía que acompañarlo. No estaba yo en la mejor de las circunstancias pero... ¿Cómo explicarlo?

Hacia allá me llevó mi taxi y al llegar busqué a Doña Tecla. Estaba en observación junto a la cama de su marido monitorizado. Siempre perfecta en su silla, correctamente sentada con su espalda recta y sus manos sobre el regazo. Mocasines planos, falda justo sobre la rodilla. Aspecto tranquilo, pese a las circunstancias. Se levantó al verme llegar.

—Un dolor abdominal a filiar, en cinturón hacia la espalda... placa normal. Van a hacerle un TAC.

—Bueno mujer, no te preocupes. Yo te cubro la guardia...

—No es eso lo que me preocupa... Victoria. ¡Qué mal rato he pasado!

—¿Qué ha pasado?

Llegó el médico de urgencias. Se lo llevaban a rayos pero... con el traumatismo que parecía haber sufrido...

—¿Traumatismo?

Doña Tecla se lleva la mano a la frente, tratando de no mirar.

—Si... traumatismo. El hombre está lleno de hematomas. Parece que le han dado una paliza...

*Junto a la cama, el médico destapó el pecho y el abdomen de Don Rarito. En ellos, una línea de hematomas recorrían desde los hombros hasta los pezones y desde ahí a la pelvis...alguno se marcaba también en sus muñecas —marcas defensivas, lo llama el facultativo.*

*No pude evitarlo. El vino, la cara compungida del compasivo médico de puerta que pensaba ya que a aquel hombre le habrían roto la mesentérica de una paliza, el “tierra trágame” de Doña Tecla y Don Rarito que miraba en silencio la cara pálida de su mujer.*

*Doña Puri, de guardia, vino al rescate. Apareció en observación en pijama para llevarse al paciente. Ahí, después de 12 horas de trabajo, ya casi sin maquillaje, me pude dar cuenta de que estaba más delgada, más pálida y parecía más cansada de lo habitual. Incluso algo mayor...*

*Con gesto rápido se quedó con el paciente, mientras miraba de reojo y no sin cachondeo a la cara de circunstancias que mostraba Doña Tecla. Despachó rápido al sorprendido médico y tomó del brazo a Tecla mientras los celadores trasladaban a Don Rarito.*

*—¡Qué soponcio, madre mía, qué soponcio!*

*—No te preocupes mujer, vamos a ver primero lo que tiene. Que no creo yo que sea por un golpe ¿verdad?*

*—No... hace ya una semana...*

*El tono pálido, los pasos cortos, la voz cansada. Algo había que no podía enmascararse con la diversión que le estaba produciendo aquella situación. Por encima del hombro me guiñó un ojo. Y aquella ojera me confirmó que algo estaba mal en Doña Puri.*

*Tecla y yo nos quedamos allí, en la puerta de la UCI. Podía haber pasado, desde luego. Pero sin decir nada supimos que no había fuerzas. Tecla miraba hacia la puerta.*

*—¿Sabes? A mí me encantaba bailar.*

*—¿Sí? ¿Qué bailabas?*

*—Lo que fuese. Antes de casarme, antes de conocer a Don Rarito, podía bailar hasta la sintonía del telediario. Mi madre se volvía loca. Salsa, flamenco, merengue, bachata... todo. Y viajar. Yo quería viajar.*

*¿Sabes cuántas veces hemos ido a bailar en 25 años? Ya no digo en bodas, que él ni lo intenta. Pero ir a algún sitio, tomar una copa, escuchar música... Si me pongo a contar me sobran los dedos de una mano.*

*Pero cuando empezamos... No sé, él era alguien importante, a mi madre le encantaba y era el padre ideal para la familia que quería crear. Así que*

*dejé de bailar. No era nada tan importante. Y los viajes... bueno, me di cuenta pronto de que era mejor viajar sin él. Él nunca tenía tiempo.*

*Me fui anulando, Victoria. Anulé quien era. Parte es por haber madurado, desde luego. O al menos eso quiero creer. He buscado otras cosas que me apasionen: las asociaciones, las actividades, el activismo... pero ¿Sabes? No me ha acompañado ni a una sola de estas cosas.*

*Mis pasiones han sido adecuadas, mis emociones han sido comedidas. Y cuando me he adaptado a mi vida aburrida y acorchada, ¡el muy cabrito me sale con sus rarezas! Porque claro, él también necesita pasiones. Pasiones que yo no le doy. Y aún así yo sigo, y me adapto a sus necesidades y paso a ser, además de catequista, voluntaria, ajedrecista y ecologista, fustigadora profesional. Todo para que él, el Señor, sienta su vida plena. Toda mi vida ronda por su vida plena.*

*Pero te lo juro, Victoria. Algunas noches cuando lo escucho roncar en su cuarto (porque él ya duerme en otro cuarto) siento un profundo deseo de acercarme a hurtadillas y darle un toquecito de almohada que acabe con su mísera existencia. ¿Estoy loca por esto?*

*—Bueno... las relaciones son complejas, y todos tenemos emociones ambivalentes hacia nuestras parejas.*

*—¡Es que lo asfixiaba con la almohada!*

*—Bueno, no lo digas muy alto que acaba de entrar en la UCI y si pasa algo...*

*—Ese es el problema Victoria. Que esta mañana le he puesto su café con leche tibia, dos sacarinas y 3 galletas de avena. Le he hecho su zumo de naranja, le he dado un beso en el ascensor... y ahora, si se muriese, no me importaría demasiado. ¡Eso no puede estar bien!*

*Pero no se murió. Finalmente, una pancreatitis aguda fue lo que había llevado a Don Rarito a un ingreso hospitalario más prolongado de lo habitual. De los hematomas, gracias a la discreción de Puri, no se volvió a hablar. Durante esos días doña Tecla fue abnegada esposa, perfecta cuidadora, siempre a su lado junto a la cama. Controlando el suero, el dolor, si orinaba o no, ayudando en el baño... Perfecta, precisa, correcta como siempre.*

## XIX

Si en el firmamento poder yo tuviera  
Esta noche negra, lo mismo que un pozo  
Con un cuchillito de luna lunera  
Cortara las cuerdas de tu calabozo.

¿Cuál quieres que sea tu final?

¿En una cama de hospital, rodeado de tubos y desconocidos o acompañado de todos aquellos a los que quieres?

Está claro. Sin embargo, si dejas esta decisión a tus seres queridos, es muy probable que no tengan la fuerza y el valor de cortar las cuerdas de tu calabozo.

### ~ *Nadie es perfecto* ~

*Fantaseo a veces con mi vida futura sola, abandonada por mis hijos y por los hombres, rodeada de gatos que algún día se alimentarán de mi cadáver. Pero entonces me despierto y siento a mi lado, en la cama, el peso, el olor y el sonido de la profunda respiración de Mr Jones a mi lado. Y entonces sé que no, que los perros nunca se comen los cadáveres de sus dueños y que Mr Jones simplemente acostaría a mi lado tratando de calentarme con su aliento con aroma a pienso hasta que la muerte le alcanzase también a él.*

*Esa mañana Don Padre estaba encargándose de sus hijos en virtud del magnífico régimen de custodia.. Eso me permitió remolonear un poco más en la cama y pasear con más tiempo a Mr Jones. Y por supuesto, encontrarme con mi corredor favorito. Así que decidí enfundarme mis nuevos pantalones de running con reflectantes en los laterales y mi sujetador de cemento armado para embutir mi pecho. Sí, ese día decidí empezar a correr. Y no era 1 de Enero.*

*Mr Jones estaba confuso al ver mis piernas embutidas en lycra cual*

*morcillas de burgos, mi pelo recogido y el ritmo enérgico de aquella mañana. Pero estaba decidida: iba a empezar a entrenar, a perder 30 kg, a ponerme en forma y a tener una vida sexual activísima con mi Adonis macrofílico.*

*Adonis que ya me esperaba en la puerta, dando saltitos junto al portal, (¡Madre mía! ¿Por qué dáis saltitos, queridos runners?) con sus pantalones minúsculos remarcado sus piernas mayúsculas. Su Iphone en el brazo, su Iwach en la muñeca, su camiseta reflectante, su banda en la cabeza para el sudor... Dios... ¡Qué terrible es para un hombre alcanzar los cuarenta!*

*Lo habíamos planeado el día anterior. Dejé mi ropa en su casa. Él saldría a correr antes, haría 5 kilómetros y yo le acompañaría en los dos últimos. Algo suave, para comenzar. Trotar un minuto, marcha tres. Parecía fácil. Soy una mujer joven. ¿por qué no?*

*Comenzamos andando, ligerito. Mr Jones protestó un poco al sentirse jalado de la correa. ¿Por qué, por el amor del Dios Canino, tenía él que correr si la gorda era yo? Pero se fue adaptando. Sus más de 60 kg se movían rítmicamente rebotando sobre sus huesos. Pellejos arriba, pellejos abajo, en un baile hipnótico.*

*Rebotando. Si. Rebotando mis glúteos entelados, rebotando mis tetas. A los tres minutos iniciamos el trote. Trote, si se le podía llamar así. El pelo se me pegaba a la cara, sentía mis mejillas arder, me rozaban los brazos con los pliegues de la espalda, la lycra entre mis muslos sonaba amenazadoramente. Trotar... no, yo arrastraba los pies agónicamente, recordando más a un caminante de The Walking Dead que a una auténtica runner. Mis zapatillas rosas chirriaban sobre el asfalto. Me faltaba el aire, agonizaba. La muerte se burlaba de mí acariciando con su guadaña mis muslos ardientes...volvimos a la marcha...*

*—Ánimo. Los primeros 5 minutos son los peores...*

*—¿Solo llevamos 5 minutos?*

*—Llevamos... bueno, llevamos 4. Pero ahora son tres de marcha...*

*Debí mirarle muy desesperada, un gemido extenuado salió de mi garganta. Sonrió.*

*Vamos cielo. Te tienes que ganar lo que te voy a hacer en la bañera cuando lleguemos...*

*Fue estímulo suficiente para arrastrarme tres minutos más, y uno más de trote... Un dolor inimaginable recorría mis gemelos. Los sentía como*

*pedras duras clavadas en la parte de atrás de mis piernas, al mismo tiempo la carne picaba sobre mis muslos de tanto rebotar y mis mejillas literalmente quemaban. Madre mía ¿Esto es realmente sano? ¡Si me voy a infartar!*

*Ya lo veía en las noticias: —Médico gorda muere de un colapso al correr 800 metros. Su perro no quiere comerse su cadáver...*

*Tras un lapso de tiempo que me pareció eterno, llegamos a su casa. Su casa, con sus tres plantas, con sus tres tramos de escaleras. Con mi falta de aire, a punto de fenecer mientras trato de conservar la dignidad... ¿Estás bien? ¡Tienes mala cara! ¡ Siiiiii, es que yo me pongo colorada con mucha facilidad!*

*Seguí escaleras arriba a mi fantástico Adonis cuarentón mientras se quitaba la ropa y miraba de reojo su ordenadísima casa. Todo limpio, todo en su sitio, todo simétrico... lo suficientemente perfecto como para acomplejarme por mi propia y caótica casa.*

*“Perdona el desorden” me dice, sonriendo, mientras deja toda su ropa en una cesta. Esta gente que no tiene hijos no tiene ni idea de lo que es el desorden.*

*Allí, sonriente, desnudo, con gotas de sudor minúsculas brillando en su piel, con el fino pelo negro que nacía en su pecho donde mis dedos habían estado jugando unas noches antes, con sus piernas... y yo, temblando como un flan, apoyada en el marco de la puerta, con mis licras, mis gemelos contraídos, las rodillas temblando, las lumbares ardiendo, mi pelo pegado a la cara... Y sin embargo, por algún giro extraño del destino, ambos, bello y bestia, nos metimos en su amplia bañera.*

*Y comenzó de nuevo el baile de sus manos por mi piel. Con la esponja me cubría de espuma, con la mano me descubría. Despacio, casi sin tocarme, centímetro a centímetro. Mirándome con deseo... como el deseo de un animal a su presa. Es increíble lo maravilloso y frecuente que es el sexo al inicio de una relación.*

*—Desde que te conozco, me vuelvo a sentir... vivo. Hacía mucho que mi alma estaba hibernando...*

*—Ten cuidado —sonríó— que me vas a enamorar —y sé que ya es muy tarde para eso.*

*Masajea mi pelo, acaricia mi piel, besa, lame y muerde. Cada vez un poco más fuerte, justo hasta el punto en el que el suspiro de placer se torna dolor. Y entonces para. Su oído experto conoce cual es ese punto. Pierde sus*

*manos entre mis piernas sin pudor alguno. Toca como si fuese suyo, sin permitirme ningún tabú. Allí arrastra la esponja enjabonada. Aparta mis manos sin inmutarse cuando trato de frenar algo. Me dejo, me abandono a él. Sé que sabe cómo dirigir mi placer.*

*—Vamos a la cama... quiero verte bien.*

*Sobre la cama, me dice, mirándome a los ojos, todo lo que desea hacer conmigo mientras sujeta mis manos al cabecero con algo. ¿qué? No importa. Y me dejo. ¿dónde está mi voluntad? No siento miedo, confío plenamente en él. Pero quiero sentir miedo, porque algo me dice que él lo desea.*

*Y mi cuerpo vuelve a ser de sirena, de diosa y de esclava. En un juego que por momentos vislumbro como peligroso, dejando, como una insensata, mi seguridad en sus manos. Viviendo en sus manos sensaciones desconocidas para mí, rompiendo barreras que ni sabía que existían.*

*Tapados los ojos, atadas las manos, separa mis piernas flexionadas dejando mi sexo completamente vulnerable, completamente expuesta a su visión caprichosa. Cada sensación se multiplica por mil. No hay distracciones. Su olor, el mío, su voz, mis gemidos. En un momento algo roza mis tobillos, lentamente en su camino hacia mi sexo. Y juega con él, dentro y fuera de mí, marcando el ritmo que quiere, vibrando intensamente, tanto como mi propio cuerpo. No lo veo, pero sé que observa como me retuerzo, cómo me corro. Como un gato. Como un gato que juega con un ratón.*

*Juega conmigo, con mi sexualidad, durante un tiempo eterno que se antoja breve. Con sus manos, con su boca, con el vibrador... Disfruta, lo sé, disponiendo de mi placer. Me lleva hasta el agotamiento, hasta que me duele y le pido que pare. Y se lo vuelvo a pedir. Y solamente entonces decide entrar en mí, cuando ya mi cuerpo es un trapo agotado de hilo gastado.*

*El “Tú y yo qué somos” indica que el periodo de prueba de sexo gratuito ha finalizado, lo sé. Pero no pude evitar dejarlo escapar. ¿Qué somos tú y yo? ¿En qué punto estamos?*

*—Somos dos personas que se divierten juntas...*

*—Nos divertimos con cierta frecuencia, la verdad.*

*—¿Y eso es malo?*

*—No... supongo que no...*

*—¿Necesitas darle un nombre?*

*—Hombre... estaría bien saber cómo llamarte. ¿Novio? ¿Amante? ¿Follamigo? O qué esperar de tí, qué esperas tú...*

*—No puedo hacer un plan de futuro cielo.*

—No te lo pido.

—No sé. ¿Necesitas que hablemos de un contrato? Ya hemos pasado los dos por ahí, y no ha funcionado.

—Bueno, conmigo si funcionó. Con mi ex no.

—Pues conmigo no funciona... no me gusta perder el placer de la caza. Soy un predador.

Me río. Ridículo cuarentón con aires de adolescente. Su mirada muestra que habla en serio... y que no le gusta mi reacción. Trato de contenerme. Pero seamos sinceros... este magnífico proveedor de orgasmos acaba de tomar un matiz distinto ante mí: “soy un predador...” Madre mía, si, un dientes de sable eres. Los cuarenta en los hombres... ¡Qué mal sientan!

—Bien, señor cazador. Tú quieres cazar... para tí es fácil. Para mí va a ser algo más difícil, pero de acuerdo. Al menos, esto es más sincero que con mi ex.

—Y yo, a diferencia de tu ex, no te mentiré

—Todos mentimos, cielo. Incluso a nosotros mismos.

### ***El polvo agridulce.***

Te lo va dando esa persona con la que tienes una química bestial en la cama, todo parece fluido, los polvos no son mágicos ya, pero lo parecen.

Pero cuando abre la boca te das cuenta de que esa química no está en el resto de los aspectos. Que el sujeto en cuestión tiene algo que chirría tantísimo que supera los gemidos ensordecedores de placer.

Y a partir de ese terrible descubrimiento, todos los polvos, cuanto más estupendos sean, más duelen. Porque ese señor o señora tan fantástico compañero de cama jamás podrá ser compañero de vida. El amor y el deseo no siempre van de la mano.

## XX

No me arrepiento de nada, salvo de alguna cosa

### *~ Todos mentimos ~*

*Increíble: 83.2 Kg. Ni un solo atracón en 2 semanas y 4 kg menos. Ya no soy obesa...mi índice de masa corporal está en un saludable 28,7... acercándome al sobrepeso grado 1 y a la salud mental... todo a base de orgasmos.*

*Puri tocó a mi puerta a las 9.30. Puntual, y yo con los niños sin acostar —claro que jamás he conseguido acostarlos antes de las 10—. Doña Sonrisas dormitaba tumbada sobre la pancita cálida de Mr Jones que, portador de infinita paciencia, miraba con ojos tristes moviendo solo la punta de su rabo. Don Ojos Grandes corrió feliz por el pasillo para abrir la puerta a la Tita Puri.*

*Entró, con sus tacones imposibles que ya son parte de su cuerpo y su manicura francesa. Con paso firme, una botella de vino y dos tarrinas de helado. Terapia de choque.*

*—Gracias por venir*

*—Gracias por invitarme. Me hacía falta salir de casa...*

*—¿Sola?*

*—¡Ojalá! Está mi querido Miguel. Se ha peleado con sus padres. Le han cambiado la contraseña del WiFi.*

*—Eso parece serio...*

*—Es un drama. Parece que le vayan a arrancar la vida. Me he pasado 3 horas soportando a un niño despotricando de sus padres. No tengo edad para estas cosas.*

*—Eso de que no tienes edad es cierto, la verdad.*

*Rió mientras acariciaba a Doña Sonrisas y a Mr. Jones —envidia te da a tí maja, que bebo de las mieles de la fuente de la eterna juventud—.*

*Estaba preocupada, pero su sonrisa de escudo perfecto no dejó de acompañarla mientras, aún con sus tacones, le contaba a los peques el cuento de Camila la Iguana mientras yo tenía un rato para una ducha tranquila.*

*Cuando salí, ambos dormían y Doña Puri me esperaba, ya con el vino servido, recostada en su sofá.*

*Pude apreciar, durante un instante en silencio, la tristeza que se escondía detrás del rímel. La discreta curva descendente de sus labios mirando la noche por la ventana, los dedos que hacían bailar con desgana el vino dentro de la copa. El descanso del guerrero. Una Valkiria descansando de la batalla contra el vacío que le acecha, esperando entrar en el Valhalla, mientras los años pasan por ella sin permitirle el reposo.*

*Me escuchó, me miró y sonrió. De nuevo reconstruida, de nuevo la fortaleza crecía alrededor de su pena. Con una mano palmeando es sofá me invitaba a sentarme a su lado.*

*—Cuéntame, preciosa. ¿Qué te ha dicho Don Perfecto?*

*—Oh... bueno, cuéntame tú primero, ¿qué tal con tu veinteañero?*

*—Uf... terriblemente agotador y tedioso. Bueno, tedioso, no sé... vacío, tontorrón.*

*—Chica, tiene 23 años, recuerda, 23. Y tú ya no cumples los 40.*

*—Si... ese es un detalle que voy a tener que empezar a considerar.*

*Se me ha instalado en casa. No lo saco ni con agua caliente. ¿Tú crees que estoy yo para lavarle calzoncillos a un niño?... —se hace un silencio de recuerdo amargo— No, no estoy para eso. Yo solamente lo quería...ya sabes, un ratito.*

*—Y se te está haciendo muy largo el ratito.*

*—Es que, el condenado, tiene muchas virtudes.*

*—¿Virtudes?*

*—23 años y 23 centímetros, ya sabes. Pero me tiene... uf, agotada. Que si vamos a este concierto, que si a bailar reggaeton... que no es reggae, no. Es una mierda de música toda con el mismo acorde de mierda que... pero... eso no es lo peor: El viernes le acompañé a comprar un regalo para su hermana. ¿Sabes qué fue? Un disco... de Gemeliers. En serio: Gemeliers. Yo no me podría imaginar que la cosa llegase a tanto. ¿Dónde quedó U2? ¿Pearl Jam? ¿Red Hot Chili Peppers?*

*—Si es que no estamos actualizadas...*

*—Ya te digo. Me tiene todo el día frita con el Messenger, pero es que,*

*además, ha descubierto el Telegram, que borra los mensajes cuando los ves. Para que no lo vea su madre. No te lo pierdas, se ha estado escondiendo de su madre para verme.*

*—Nena, esto no te pega...*

*—No...*

*—¿Y no lo dejas?*

*—No sé. Le estoy cogiendo cariño pero... me tiene agotada. Jueves, Viernes, Sábado y Domingo de marcha. Y el Lunes por la mañana lo dejo en la Facultad. Fisioterapia está estudiando. Y me veo rodeada de chicos que podrían ser mis hijos...*

*—¡Bueno, es que él podría!*

*—No me lo recuerdes, anda. Y luego... mira, ¡Qué energía! Gasto más en lubricante que en pasta de dientes...*

*—Bueno, no pinta mal...*

*—Ni bien nena.*

*—¿Entonces?*

*—Pues entonces va el niñato y me dice que se viene conmigo, que se ha enamorado. ¡Enamorado!, y se planta en mi casa porque su madre es insoportable —según él— y como ha suspendido anatomía le ha quitado el WiFi, lo cual a mí me parece estupendo, sinceramente, porque no da sello. Y ahí lo he dejado, en el sofá, con una pizza y la PS4 jugando a no se que mierda online. ¿Te lo puedes creer? Hablando con alguien a través de la videoconsola con los auriculares y un micrófono mientras dispara a un tipo en la pantalla... Y se ha traído una mochila con su ropa. ¿Sabes que su ropa cabe en una mochila? Claro que... tiene otra mochila solamente para su pelo y su barba. Que resulta que la barba se peina y se recorta tanto como el pelo. Y así va él, con el pelo de ricitos engominados y recogidos en una cola y la barbita peinada...*

*—¡Dios mío!*

*—¡Horrible! ¡Y los tobillitos al aire!*

*—¡Habría que eutanasiarlo!*

*—Se peina la barba. ¡Pero se depila el pecho!*

*—¡No!*

*—¡Y las piernas!*

*—¡No!*

*—¡Con cera!*

*—¡No!*

—*¡Hasta el culo!*  
—*¡No me lo puedo creer! ¿Y qué vas a hacer?*  
—*No sé: ¿Me compro otra casa?*  
—*Es algo radical pero...*  
—*O llamo a su mamá.*  
—*Creo que ahora su mamá eres tú.*  
—*¡Uf! ¡ los yogurines ya no son lo que eran!*  
—*Es que lo que te has pillado no es un yogurin, es un niñoato.*  
—*Sí. Mañana le pongo sus dos mochilas en la puerta y le digo eso de “no es por tí, es por mí, que te estoy pillando un asco que te cagas”.*  
—*Puede que así lo entienda.*  
—*Pero es que si vieses la cama que tiene el niño...*  
—*¡Ahhhh amiga, ahí quería yo llegar!*  
—*Que al principio estaba medio tontito, ¡pero aprende rápido el condenado!*  
—*Claro, es que cuanto más jóvenes, más flexibilidad cognitiva...*  
—*Y física, y aguante, y ganas, y energías, e imaginación... ¡Madre mía cuando acaba con la consola!*  
—*Y hará compañía...*  
—*Si, como un perrito, más o menos. Le puedes decir lo que quieras, te mira con ojos tiernos y ya está, no te puedes enfadar. ¡Pero es que tiene una edad!*  
*Y así, la primera copa de vino se vació misteriosamente. Debió evaporarse.*  
—*Bueno, ahora sí. ¿Qué te pasa con Don Perfecto?*  
—*Es genial, tia. El auténtico príncipe azul. Uno de esos que no sabes cómo puede estar soltero... hasta que lo descubres.*  
—*¿Qué ha pasado?*  
—*Nada, que parece que estoy yo más por una relación que él... o ya no estoy por una relación, no sé. Lo veo un poco niñoato también...*  
—*Ah, ¡Qué bueno! Entonces la edad no tiene que ver!. Porque Don Padre tampoco lleva la madurez por bandera. ¿Tú has visto qué implantes?*  
—*¡Quita quita! ¡Un campo de olivos parece su cabeza! ¡Qué poco sentido del ridículo!*  
*Pero me había hecho ilusiones con Don Perfecto... y me habían quedado preciosas.*  
—*¿Y? A ver, si esto es lo que él te ofrece... yo creo que de cada persona*

*has de tomar lo que te puede dar, y no pedir lo que no te puede dar. Si él no es capaz de comprometerse a una relación al uso, pero al menos es sincero... Bueno, o no es capaz de comprometerse contigo, que es lo que suele pasar. Pero viéndolo venir, te adaptas y te pegas un par de repasos con el ojito derecho de Doña Jefa*

*—Ya, chica, si en el papel todo está muy bien, pero no se si yo me adapto a eso. ¿Sabes qué me ha dicho? Que és un... ¡Cazador!*

*—Un gilipollas es lo que es, pero bueno, no es tan difícil. A fin de cuentas tienes ojos y otras personas te pueden gustar.*

*—Noooo... yo no soy así.*

*—¿No? ¡No las narices! A ver si a tí te viene Dwayne Johnson pidiendo cariñitos y le dices que no...*

*—Ahí me has dado. Pero creo que eso no va a ocurrir.*

*—Ocurre, o no ocurre, puede aparecer alguien, ya sabes.*

*—A mí es que no se me da muy bien ligar.*

*—Eso era antes, que no salías y no te arreglabas, pero ahora estás divina, con esas mechas y esos andares.*

*—¿Perdón?*

*—Feromonas que desprendes nena, que se de más de uno que bebe tus aguas.*

*—El de la cafetería.*

*—Si.*

*—El de los 60 años.*

*—Jo nena. ¡Qué pesada te pones con la edad!*

*Finalizamos la noche riéndonos, compartiendo secretos mutuos y pensando lo divertido que sería contárselo a Doña Tecla. Pero no, porque todos tenemos secretos que guardar, y todos mentimos.*

*Incluso a nosotros mismos.*

## XXI

Y, sin embargo, nunca dejó de reír.

### *~ El pollo asado y el amor reciclado ~*

—Sin ánimo de ofender, y si le ofendo, me lo dice: ¿Sabe usted cuál es el animal que da más vueltas?

—No Manolo, no lo se.

—¡El pollo asado!

Manolo me señala con el dedo sonriente. Es la tercera vez que me cuenta ese chiste, y siempre lo hace con el mismo tono musical de folclórico añoso. Su boina bien calada y su cuerpo enjuto que, pese a las limitaciones de sus 84 años, parece que baila una coreografía secreta.

—Señora: ¿Sabe usted de qué llenar esa botella para que pese más llena que vacía?

Ese es nuevo. No lo se.

—¡Pues llenarlo de boquetes!

En unos minutos me contará el mismo chiste, y otros también repetidos. Sus ajadas neuronas seniles no dan para mantener la memoria a corto plazo, pero han sido capaces de retener el espíritu de artista del anciano, siempre en espera de un público entregado. Mi tarea es ser ese público que aleja la soledad, ya que no puedo alejar la demencia.

—¿Sabe usted cuál es el muerto más contento? ¡El jorobado, porque va bailando en la caja!

Los mismos chistes, una y otra vez. Le despido para ver al siguiente paciente. No sé cuánto tiempo su memoria retendrá el haberme tenido como público, pero seguro que encontrará a alguien más a quien entretener.

—Doctora —me dice ya en la puerta—, una cosita: Está usted mucho más guapa que la última vez. Las mujeres cuando se ponen tan guapas es porque alguien les da alegría.

Y sale, dejándome boquiabierta. ¡Caray con la demencia selectiva!

*Tras demasiados pacientes con demasiado poco tiempo, termino mi jornada laboral. Recojo a Don Ojos Grandes y Doña Sonrisas de casa de Doña Flaca. Ahora deberes, meriendas, casa, cenas... me encantaría ser de esas madres maravillosas que son capaces de tener a sus hijos dormidos a las 9 de la noche, pero es que yo a las 9 estoy haciendo una tortilla. Me encantaría ser de las personas que no le dan chuches, y que les dan comida orgánica.. pero es que agotada a última hora, sola, resolviendo informes, atendiendo niños, la casa... me voy quemando por todos los lados, como un pollo asado... y solamente me apetece un bocadillo.*

*Pero hoy no. Me he propuesto perder 30 kg. Así que preparo una ensalada de esas que llevan de todo con temor a que los niños ni la prueben. La dejo sobre la mesa y voy a por las tortillas. Para mi sorpresa, al salir Doña Sonrisas está comiéndose el tomate con las manos. Bien, ni siquiera puedo usar la excusa de que a mis hijos no les gustan las verduras: resulta que les encanta.*

*Siguen los “niña siéntate”, “niño acábate el plato”, “niña no tires el agua”... y finalmente consigo acostarlos a las 11. Me encantaría quedarme a ver la tele un rato.*

*Estoy agotada, estresada, no llego a nada, me siento tremendamente imperfecta y no solamente por mi cuerpo. Hoy ni siquiera llevo la camiseta de Pinturas Josape porque es que ni siquiera he tenido tiempo de quitarme la ropa del trabajo. Me siento sobrepasada y tengo ganas de llorar.*

*Sé lo que necesito. Mi ritual me calmará.*

*Cojo una caja de galletas danesas. La pongo sobre la mesa junto a la botella de agua y me quedo mirándolas:*

*¿Hace cuánto que no hago esto?*

*No recuerdo casi la última vez. Hace más de dos meses. Hasta entonces, mi límite era no hacerlo más de 2 veces en semana. Si me ocasionaba el vómito más de 2 veces por semana, significaba que era una enferma. Pero no. Llevo más de un mes sin hacerlo. ¿Por qué?*

*Como una galleta, como otra, buscando la antigua sensación de paz que ya no encuentro. La miga en mi boca sabe vacía, seca. No sabe. Miro todo lo que tengo preparado para para mi ritual. Ya no tiene sentido... ya no produce placer. Me despido de mi secreto. Adiós, ya no te necesito... por ahora.*

*Las galletas se quedan sobre la mesa y me voy a la cama. Una vez entre las sábanas enormes miro mi móvil: 53 whatsapps.*

*Doña Tecla comentándome un caso... y preguntándose si debería divorciarse.*

*Doña Petarda, preguntándose si debería divorciarse.*

*Doña Puri, quejándose de que su querido amante se va a una convención de cómic en Granada.*

*Don Perfecto... sí, Don Perfecto que me echa de menos. Que soy culpable de que esté pasando una tarde horrible, que se le ha quitado el apetito (si él supiese lo mucho que se me ha quitado a mí) y que no deja de ver porno de gordas por mi culpa. Que si me gustaría verlo con él...*

*Doña Petarda no levanta cabeza. El sexo de reconciliación puede ser maravilloso: piensas que has perdido a alguien y, cuando lo vuelves a tocar, es como la primera vez. Cada caricia, cada beso y cada mordisco saben a nuevo. Pero no es un amor nuevo, es un amor reciclado, reparado. Y con obsolescencia programada. Y eso le ha pasado: Después del increíble polvo sobre la lavadora, llegó uno menos increíble ya en la cama, y después 2 o 3 más. Y ya.*

*Comenzó el “estoy cansado, he entrenado mucho” y el “nena, parece que has engordado un poquito, ¿no?”, seguido del “mmm, te has dejado esto sin depilar” para llegar a tener una justificación lógica para marcar la distancia entre ellos no con un metro, sino con un cuenta kilómetros.*

*Otra vez. Vuelva a la casilla de salida.*

*Y mientras tanto su inapropiado amante le seguía echando inapropiados polvos y volviendo a casa con su apropiada mujer. De las promesas de abandonarla (mis hijos ya son grandes, ya no hay nada entre nosotros, hace años que no hacemos el amor, ella no me entiende) nada queda ya. Solamente los maravillosos polvos inapropiados.*

*Y casi mejor así, porque Doña Petarda empieza a hacerse consciente de que aquel tipo como amante daba la talla, pero que tampoco era como para llevárselo a casa para siempre, que hacía mucho bulto.*

*Empezó ella, entonces, a ser la que ponía distancia emocional (que no física, en lo físico le seguía gustando estar bien pegaditos) al darse cuenta de que su enfermero le estaba dando justamente aquello que su autoestima necesitaba, que estaba siendo una maravilla para su genitalidad y para su orgullo... y ya. Había pasión, si, mucha. Justo lo contrario que con Don Pedales. Pero empezaba a darle tanto gusto cuando se encontraba con él como cuando se despedían. Poco futuro le veía ella a aquello.*

*Doña Tecla, por su parte, había pasado 15 días de abnegada*

*acompañante de un enfermo al hospital. Cada tarde al acabar su turno se quedaba con Don Rarito en su habitación compartida, le hablaba correctamente de todas las vicisitudes diarias, le contaba anécdotas, colaboraba en las tareas de limpieza soportando las miradas entre jocosas y compasivas del personal, le afeitaba... y a las 8 se marchaba a su casa y al encontrarla vacía y en silencio... ¡Era tal su placer! La casa para ella, sin nadie frente a quien mantener la compostura, sin nadie a quien cuidar. Sin responsabilidad. Sin obligaciones... Repatingada en su sofá, viendo Juego de Tronos, leyendo tranquila, tirándose un pedo a gusto mientras se tomaba una cerveza... se había dado cuenta, muy a su pesar, de que Don Rarito ya era, más que una compañía, un molesto grano en el culo.*

*¿Y ahora qué?*

## XXII

Llegado el momento. En silencio hacia la orilla.

### *~ El camino hacia el mar ~*

*Me sentía bien. Me sentía sana y lozana como una manzana. Ya no estaba gorda. No. Bueno, va, tampoco es que estuviese flaca. Pero había conseguido muchas cosas:*

*A base de torturarme 3 veces en semana con Don Perfecto, de dejar de pegarme atracones y de orgasmar casi a diario, ya sea a solas o en compañía, había rebasado un límite imposible: no tenía sobrepeso grado 2, no... tenía ¡SOBREPESO GRADO 1!*

*¡Si! ¡Ya no era una enferma! ¡No era una casi enferma! ¡No estaba lozana! Noooo, era una chica entradita en carnes, con sitio donde agarrar, con culo a lo Kardashian y ubres... digo tetas, más que aceptables.*

*Lo que hacía unos años me habría parecido inaceptable, usar una 42 (casi 40) de pantalón, ahora me parecía divino. Y, además, gracias a Kim (Kardashian, por supuesto) mi cuerpo estaba de moda.*

*Ya podía mirar por encima del hombro a otras mujeres... —¡Madre mía cómo se ha dejado la Mary! ¿Es que no tiene espejos en casa?— presumir de vida sana. Cuando otras me preguntaban les decía: “Pues no sé, simplemente me cuido un poco”*

*¡Mentira! Era la inteligente combinación entre correr y correrme lo que hacía que se me quitase el apetito. Los ingentes orgasmos de los que me proveía Don Perfecto me quitaban la ansiedad. Llegaba tan agotada de placeres a la noche que no podía ni comer. Mis niveles de dopamina estaban tan altos que no precisaba de placeres chocolateados (salvo cuando Don Perfecto pintó un camino de chocolate por su abdomen hasta su verga, que es el único cacao que había comido en 3 meses).*

*Don Perfecto, divino proveedor de orgasmos, curador de bulimias y de amores descarnados por ex maridos.*

*Que no es que me estuviese enamorando. Ya no tenía edad ¿verdad? Para enamorarme como una chiquilla. Es verdad que sonreía por las mañanas como un anuncio de pasta de dientes, y que tenía todo el día en mi cabeza ese magnífico cuerpo de anuncio de Calvin Klein, y que sentía durante un par de días las huellas de sus manos en mis nalgas, y que le miraba a los ojos y me derretía, y que vivía en un permanente estado de excitación que hacía que fuese por ahí dejando rastro como los caracoles, y que miraba con pena al resto de mujeres que ¡Pobres! No conocían las mieles del placer como yo.*

*Que no, en serio. No dejaba de darme cuenta de que el tipo, pese a su cama divina, solamente podía quererse a si mismo. Porque, como Narciso, estaba condenado a enamorarse perdidamente de su imagen. Me había dado cuenta de que en el espejo que adornaba su cama se miraba más a sí mismo que a mí. No tenía muy claro por qué estaba conmigo o si consideraba sí macrofilia una horrible perversión, pero seguía sin dar muestras en público de nuestra relación... si es que había una relación. Porque, sinceramente, nos veíamos para correr y corrernos.*

*No había nada que compartiéramos. Nuestras conversaciones estaban tan vacías que, pese a los efluvios orgásmicos continuos, pude darme cuenta de ello. Su tema era él, sus logros, su pasado y su futuro. Y su pádel, sus proyectos y su sexualidad. Sus fantasías, sus juegos...*

*Ya mí me tocaba estar como palmera, adorando al divino proveedor de orgasmos, como requisito para que no me cortaste el suministro.*

*¡Pero el sexo era tan divino!*

*¡Y me sentía tan bien de que él me desease!*

*¡Y me sentía tan poco a su lado!*

*Así que cuando me propuso una actividad no sexual dije que sí, sin saber exactamente de qué se trataba.*

*Algo al aire libre. Algo de un barranco. Por mí como si había que tirarse de un puente: era compartir algo juntos. Sí, faltaría a mi cita ineludible en la protectora pero... mira, un día es un día.*

*Así que, dado que mi equipación para deportes al aire libre era... bueno. ¿Se puede ir con tacones? No, no se podía. Allí me vi yo, en el Decathlon con 2 críos para comprar algo distinto a los chándals del cole. A mi alrededor paseaba gente, mucha gente. (En serio, no hay tanta gente que haga deporte. Si todos usasen la ropa que compran para su finalidad original, los cardiólogos estarían todos en paro).*

*Justo a mi lado una madre desesperada amenazaba a su hija, que ya se había probado como 12 pares de zapatillas, con no volver a ir nunca más. Como si la pobre criatura tuviese ganas de estar por allí.*

*Por el pasillo central 20 pequeños energúmenos con patinete. Al fondo jugando al baloncesto. A un lado en la cama elástica, al otro con hulla hop... un ruido ensordecedor y tratando de controlar a dos niños emocionados como en la cabalgata de reyes.*

*Cuando por fin encontré al chico del chaleco azul responsable de las botas de montaña (no, de travesía, que parece que no es lo mismo), tuve que determinar si soy pronadora o supinadora, decidir si necesitaba calzado ligero o pesado, gore tex, impermeable, rígido, flexible...*

*Salí de aquel infierno con casi 300€ menos y sin energía ni ganas. Y aún no sabía qué cojones era hacer un barranco.*

*Pero lo descubrí. A ver: básicamente lo del barranco es que te ponen un neopreno que huele a meados y te embute como una butifarra, marcando curvas, un casco y te echan a andar por dentro de un río con el agua helada. Y de ahí, para abajo. Con el culo mojado, con el pelo mojado, con el rímel que pareces una Magdalena. Y agárrate a las cuerdas, haz rappel (en serio), salta desde 14 metros de altura —tranquila, no es peligroso. Solamente tienes que evitar caer donde se ven las rocas para no acabar siendo una tetrapléjica que protagoniza una película—, camina, mucho.*

*Y ojo, que una vez empiezas no lo puedes dejar, porque eso se llama barranco por algo: desde el inicio hasta el final te rodean paredes verticales inexpugnables. Así que no te puedes rajarse a medio camino porque la única salida es por abajo. Vamos, igual que cuando te pones de parto, que no hay otra opción que seguir adelante por mucho que duela.*

*Así iba yo, tirándome por toboganes en los que me golpeaba mis pocas superficies óseas. Perdiendo la dignidad al tiempo que el aire de los pulmones mientras los demás parecían pasarlo en grande. Tragando agua, rozándome los muslos, engancho un matojo de pelos en la cuerda del rappel.*

*Muy divertido todo.*

*Pero mi Adonis se lo estaba pasando tan bien, con esos ojos grandes y esos dientes blancos al sonreír, marcando músculo al agarrarse a las cuerdas, saltando desde la piedra más alta sin miedo alguno... que solamente por verle, todo valía la pena. Incluso el camino de vuelta, por un sendero con mis botas (tenía que haber comprado calzado ligero) llenitas de*

*agua, chapoteando, machacada, dolorida, un poco humillada, lamentando este superávit de actividad física y recordando que esto de ser gorda es algo que se lleva dentro.*

*Y el premio venía después: en su casa, pasé apresurada a la ducha para quitarme ese olor a pis viejo y tratar de recuperar la poca decencia que le queda a mi pelo. Entró detrás de mí, con sus manos en mi nuca, besándome. Nos desnudamos, me metí en la bañera y me miró... contrariado.*

*—Parece que has perdido un poquito de peso, ¿no?*

*—Si cielo, unos cuantos kilitos.*

*—¿Y eso por qué?*

*—No lo sé. Puede que tenga que ver que un tipo muy atractivo me lleva a correr a deshoras 3 veces por semana.*

*—Mmm... vamos a tener que decirle a ese tipo que te lleve a tomar unos churros después...*

*Me reí, me sentía una diosa con mi recién estrenado sobrepeso grado 1... y bailamos hacia su cama para volver a tocar esa piel perfecta.*

*Y entonces... entonces lo sentí. Ese viejo conocido, ese parásito que ya antes había puesto sus larvas en mí para que me devorasen lentamente. Ese montón de caricias automáticas, esos besos sin sabor, movimientos automáticos ahorrando energía. El de ladito, el acaba cuanto antes, el “¿te corres ya?”*

*Si, había hecho su aparición prematura en escena:*

*El Sexo con Calcetines.*

*Aquel fue el principio de nuestro fin. Porque si a aquel narcisista bocazas le quitabas el sexo sobresaliente: ¿Qué le quedaba?*

## XXIII

Vivo sin vivir en mí  
y tan alta vida espero  
que muero porque no muero.  
Vivo ya fuera de mí,  
después que muero de amor,  
porque vivo en el Señor,  
que me quiso para sí;  
cuando el corazón le di puso en mí este letrero:  
«Que muero porque no muero».

### ~ *Vivo sin vivir por ti* ~

*¡Qué duro es ser una nueva gorda! Incluso, una nueva gorda camino de flaca. Una gorda que ve sus lorzcas caer, camino a ser la mujer que recuerda, pero con un lastre colgante que no le deja olvidar lo que es.*

*Y sobre todo es duro ser una nueva gorda que deposita su autoestima en la mirada del otro. Porque cuando mi Adonis-Narciso me miraba... ¡Qué hermosa me sentía! Pero después, caprichoso, pasaba días ignorándome. Tan pronto parecía estar deseoso de compartir su vida conmigo como me parecer una molestia. Igual que ese gato que se coloca panza arriba, tierno, para que le rasques y, en el mejor momento, te clava uñas y dientes solamente para recordarte que sigue siendo un tigre.*

*Conforme mis kilos se quemaban corriendo por las mañanas enfundada en pantalones fluorescentes, con una bandana fluorescente, zapatillas reflectantes y camiseta ultra dry fit de la muerte que aleja el sudor de tu piel (que debe ser la misma tecnología que aleja el pipí del culo del bebé), el interés de Don Perfecto por mí decaía. Alternaba días de pasión y veneración por mis michelines con jornadas de absoluta indiferencia por mí. Horas y horas de Whatsapp con silencios inexplicables.*

*Y yo, como un juguete sebososo, repetía el ciclo una y otra vez: Hoy me*

*amas, hoy soy bella, hoy me visto para tí, me pinto, me peino, me pongo esa lencería que se que te gusta. Hoy soy una ninfa en la cama en busca de un poco de sexo descafeinado. Hoy bailo para tí en el temblor de mis carnes*

*Mañana no me miras... soy un despojo, un adefesio. Moriré sola, rodeada de gatos. Mi vida sexual ya acabó. Paso todo el día triste y apagada. Solamente pienso en tu abandono. ¿Qué harás? ¿Con quién estarás? ¿Por qué no puedo sacarte de mi mente? Angustia*

*¿Cómo vivir en esa terrible oscilación? ¿Cómo caminar por la cuerda floja con este culo tan enorme y estos tobillos tan anchos? Es imposible no desequilibrarse.*

*Pero ya sabía que el terrible sexo con calcetines había hecho aparición en nuestras vidas. El deseo se había caducado.*

*Como buena adicta, no obstante, he de confesar que busqué muchas más veces el sabor de aquella piel de antaño. De vez en cuando, en algún encuentro regado con alcohol, o después de algún desengaño con él, cada vez más frecuentes, parecía que el sexo tuviese algo del brillo de los primeros días... pero no.*

*Y así, con la pérdida progresiva del placer extremo de los primeros días, llegó el desenmascaramiento: Él cada vez me apetecía menos. Su presencia se hacía cada vez más ausencia en mis fantasías. Cada vez era menos objeto exclusivo de mi deseo. Me daba más cuenta, cuando lo escuchaba, del incesante parloteo narcisista que me hacía sufrir: “Yo, el que más sabe, yo, el mejor prescriptor, yo, el mejor cirujano...yo, la víctima de quienes no me supieron amar tal y como yo era” . Todo buen narcisista tiene los pies de barro, y a este se le estaban rompiendo por momentos. Mis ojos cada vez mostraban menos veneración, cada vez veían más la futilidad de aquel tipo, el poco peso de sus palabras huecas. Y es que la fachada de Narciso de desconchaba y él mismo se daba cuenta de su propia debilidad, y trataba de engancharme más alternando sus ausencias con sobre dosis de mimos mientras aún traía el aroma de la acompañante que, la noche anterior, había ayudado a reparar un poco sus pies de barro.*

*Y lo peor es que, como buena conocedora ya del camino que el sexo con calcetines indicaba, no me importaba ya qué mujer, gorda o flaca, alimentase su ego. Cada vez fue ocupando menos tiempo en mi mente. Cada vez menos angustia.*

*De un modo natural, poco a poco, al la par que el deseo se marchitaba en mi aquel enamoramiento que yo me había pintado como incansable y*

*enfermizo. El sabor eterno que su piel dejaba en mis labios resultó ser efímero.*

*Porque todos mentimos. Especialmente a nosotros mismos.*

*Pero en los días de penumbra y miradas grises en los que aún fantaseaba con recuperar aquel polvo mágico que él me negaba, Doña Puri me acompañaba con su humor y su vitalidad. Y claro, me daba cargo de conciencia. Porque a fin de cuenta estar contándole desolada tus mierdas por un Narcicista a una señora que casi se muere, que se le murió el amor de su vida, su hijo y su perro, queda un poco superficial. Pero como ella era así de estupenda, se sentaba a mi lado a escucharme maldecir mi mala suerte por no ser Angelina Jolie, se venía a mi casa a jugar con los pequeños, siempre cargada con una tarrina de helado de turrón.*

*Y para no hacerme sentir culpable, me contaba la historia de que su veinteañero okupa estaba jugando a la play, así que no le echaría en falta. Sin embargo, este querubín le estaba durando mucho más de lo esperado. Los motivos, no lo se. Tal vez era el hecho de que no podía echarlo de casa. El pequeño Carloino decía que no tenía dónde dormir. En parte por las fantásticas artes amatorias del pequeño... o en parte por lo mal que le caía la madre de la criatura, que estaba que rabiaba al ver a su niño con una señora que le doblaba la edad. Y claro, ella que se sentía Demi Moore con Ashton Kutcher. —Que sí, hija. Que ya sé que Ashton acabó engañando a Demi con otra cuando iban a celebrar su séptimo aniversario pero... ¡Qué 7 años se pasó Demi!*

*En mi mente, Don Perfecto yacía con otra mientras yo me quejaba con una Doña Puri cada vez más delgada. Esa otra era más joven, más delgada o más gorda, más hermosa. Incluso podía ser una Diosa de Ébano. Y en esos momentos todo se me pasaba por la cabeza: incluso llamar a Don Padre para tener una fuga erótica rememorando el pasado.*

*¡Menos mal que estaba Doña Puri para darme de ostias si se me ocurría hacer tal imbecilidad!*

*En alguna ocasión ocurrió algo que yo temía: Se alinearon los astros y Don Perfecto me ignoró mientras los niños estaban con Don Padre y Doña Puri no podía acudir a mi lado.*

*Entonces rememoré mis momentos de vergüenza y comencé mi ritual. Sé que me desea por mi cuerpo de manatí: ¿Qué hay de malo en volver a mis atracones?*

*Leche, cola cao, pan de molde, paté, mantequilla, queso, galletas, cereales... todo dispuesto sobre la mesa.*

*Y yo mirándolo todo.*

*Pensando en volver a ser la gorda de los atracones. Pensando en el placer y la paz que todo aquello me daba. Pensando en volver a gustar a mi Adonis Macrofilico a costa de no gustarme a mí. Fantaseando con que, si volvía a mi orondo ser, él me volvería a desear y me volvería a proveer de los fantásticos orgasmos “no calcetines” de antes.*

*Comencé mi primer bocado de pan... y no sabía a nada. A tierra, a vacío. Sabía a renunciar a mi misma. A caída a los infiernos. A no vivir en mí, sino en otro. A no vivir para mí, sino para otro.*

*Tragué con dificultad, volví a guardarlo todo. Antes por placer, ahora por dolor... esta ya no era yo.*

*Fui al baño como hacía siempre. Me miré en el espejo. Mis ojos ahora más grandes, mi mirada más firme, el mentón más alto. Había soltado la cuerda que quemaba mis manos.*

## XXIV

No elegimos cuándo cómo ni dónde nacemos. Casi nunca elegimos cuándo dónde ni cómo morimos. Podemos elegir algunas cosas de cómo vivimos. Pero ella era tan estupenda que eligió cuándo cómo y dónde renacer, cuándo cómo y dónde vivir y por supuesto cuándo cómo y dónde morir.

### *~ No hay noche a la que no siga el día ~*

*—Por supuesto vendréis conmigo a celebrar mi cumpleaños este sábado.*

*Doña Petarda ensimismada mirando su plato con un kiwi y un croissant. Ese es el problema de tener el corazón dividido: ya no sabes por quién baila tu cuerpo, ya no sabes la vida que vives. Y la pobre bailaba su vida por la confusión entre su amante no amado y su esposo no Amador. ¡Qué poco había durado el gozo! Así que la pobre se tomó la vida por montera y decidió tomar de cada uno aquello que podía darle: por un lado una casa, una posición y tal vez algo de conversación. Por el otro sexo inadecuadamente salvaje con un tipo inadecuado que cada vez le ponía menos pero que seguía procurándole jugosos orgasmos de vez en cuando.*

*Doña Tecla por su parte se debatía entre el deber moral de la buena esposa y lo agusto que se había dado cuenta de que podía estar sin don Rarito. ¿Pero qué decirle a sus ya adolescentes hijos? Ella se había casado para toda la vida, por la Iglesia como Dios manda, se había adaptado a todas las necesidades de su familia y de su atípico esposo. Había renunciado a ella misma, a todo lo que le hacía sentir, en pos de la familia soñada. Y ahora, por una simple situación de azar, había descubierto que todo eso por lo que siempre había vivido era un auténtico coñazo. De nada le sirvió releer el libro “Cásate y sé sumisa”. No había modo de volver a convencerse de que el estilo de vida que llevaba valía la pena para algo. No era que se quisiese ir por ahí buscando a otro, no. Era simplemente que estaba hasta las narices de estar cargando con la responsabilidad del*

bienestar de todo su entorno. Hasta el moño de ser el centro del universo doméstico. Hasta las narices de las fajas y de las preocupaciones. Y hasta el toto de estar cuidando y mimando a aquel hombrecito sudoroso aficionado a cosas raras que hacía demasiado bulo en el sofá.

—Venga chicas. Tenéis que entender que cuando una ve la muerte tan de cerca cumplir años es una auténtica fiesta.

Capítulo 1 del manual de chantaje emocional

—Que sí mujer. Vamos, cenamos y salimos un poco de fiesta. Pero por favor, este año sin striper.

—Claro, claro. Este año vamos a a ser completamente recatadas.

Mamen era una señora enorme, que se sentaba frente a mí con el peso de los años sobre sus hombros. Hablaba más alto de lo debido porque su marido la había dejado medio sorda de un garrotazo. Se reía por no llorar como había hecho toda su vida, porque si empezase a llorar, no habría cómo parar. Ella no había tenido otra salida. Un solo pecho grande, pendulante, desafiante, se apoyaba sobre su barriga. ¿Quién le iba a decir a ella que podría sobrevivir a su marido?

—Mi marido —reía— ese hijo de la grandísima p\*\*\*, pero ¡Cómo lo echo de menos!

Su marido, delirantemente celoso, depravado, abusador, violador. Que la había tenido sometida durante toda su vida y ella había estado allí porque era lo que tenía que hacer y porqué, de algún misterioso modo ella sentía que lo necesitaba. Aún en sus últimos días no dejaba que hablase con ningún hombre y la seguía por las calles garrota en ristre.

Tras aquella vida de angustia sin descanso, solamente la defunción de su marido le dejaba descansar. Pero ella ya tenía todo tipo de fármacos a todas las dosis posibles para calmar dolores del alma y del cuerpo. Porque el hijo de la grandísima p\*\*\* había tardado tanto en morir que cuando ella podía respirar ya no tenía sentido hacerlo.

¿De que había servido esa vida? ¡Tanta felicidad perdida por el retrete!

Mamen ya solo era una alcayata obesa que caminaba a pasitos cortos pero conservaba en la mirada todo ese fuego que nunca supo dejar salir y que me recordaba cada vez que no había que esperar tanto para sacar la basura de tu vida.

Una nota me esperaba mi despacho después de hablar con Mamen. El ya conocido papelito amarillo. Las ya conocidas hermosas palabras: hoy estás brillante.

*Y eso después de no haber hablado conmigo en 3 días.*

*—¿Salimos el sábado a tomar algo? —me dice haciéndose el enconradizo conmigo a última hora*

*—No puedo. Tengo planes. Lo siento. Si quieres podemos salir el viernes.*

*—El viernes tengo pádel corazón. Y luego salgo con los compañeros. Tiene que ser el sábado.*

*—Pues el sábado yo tengo cumpleaños, así que tiene que ser el viernes.*

*—Pero ya te he dicho que no puedo.*

*—Ni yo tampoco.*

*—¿Me vas a dejar tirado?*

*—No te dejó tirado, ya tenía planes.*

*—Pero bueno, podrías escaparte un poquito conmigo.*

*—¡O tú conmigo primor, que estamos en las mismas circunstancias!*

*Se empezaba a molestar porque su juguetito se le estaba revelando. De repente ya no estaba ahí dispuesta para cuando él quisiese jugar conmigo. ¡Pobre Narciso! ¡Se había quedado sin diversión!*

*Y yo, en un momento, más empoderada. Dando un poquito de lado a Adonis.*

*Me da la espalda, airado, mientras susurra un “no te preocupes, que ya haré otros planes...”*

*—¡Mira, bonito!... no me importa que desaparezcas durante días, que te acuestes con quien quieras o que me agotes con tu parloteo egocentrista... pero que sepas que no acepto numeritos ni chantajes y que voy a hacer precisamente lo que me salga del coño.*

*—¿De verdad me estás hablando así? ¿Después de todo? Vamos... ¡Me dices eso y cuando te conocí estabas hecha una mierda!*

*—Tienes razón, tú me curaste. Me curaste de tantas cosas que me curaste hasta de ti. Muchas gracias y ya nos veremos.*

*No hay que esperar nada para sacar la basura de tu vida.*

## XXV

No hay noche a la que no siga el día.

### *~ Valorar más la vida ~*

*No lo vamos a negar: por muy empoderada que esté una, por muy segura, mandar a paseo al Adonis de turno con la estampa que tengo puede parecer una temeridad.*

*Ahí me veía yo, frente al espejo, mezcla perfecta de lorzas y pellejos: “mezclada, no agitada” Sin mijita de ganas de salir a celebrar nada y valorando la alternativa de sumergirme en un sofá tragando kilos de helado.*

*Pero oye, lo cierto es que la alternativa de cambiar helado por alcohol no era tan mala.*

*Así que ya tenía toda la cama cubierta de ropa inútil. La cama, la silla, el suelo... Nada me quedaba bien como a buena gorda. Bueno, algo menos gorda, pero curvy aún. Curvy pellejosa.*

*Porque sí: Esa carne otona grasienta se había convertido en un conjunto de bolsas péndulas y sudorosas. Y no hay faja compresiva capaz de disimular eso.*

*Las fajas... esas falsas amigas que si aprietan por un lado, resaltan por otro. Nos enfrentan con la terrible realidad de que la materia ni se crea ni se destruye, sino que se recoloca.*

*¡Qué eterna lucha contra el espejo! ¡Qué condena es vestirse!*

*Afortunadamente nos queda un reducto a las gordas y curvis pellejosas: el doloroso placer de un buen tacón.*

*El tacón pisa firme e inestable a un tiempo. Da seguridad y pone en peligro los tobillos. Resuena en el pasillo y silencia el miedo.*

*Así que rodeada por montones de ropa sin nada que ponerme, paseaba desnuda sobre los tacones buscando el aplomo para vestirme, pintarme y salir de casa antes de que el llanto por el amante perdido me corriese el rímel.*

*Unos vaqueros ajustados marcando un culo aún demasiado grande y un corsé de cuero dibujando una falsa cintura como atuendo de batalla. Una buena capa de maquillaje y ya estaba lista para no pensar durante unas horas en Don Perfecto, su perfecto trasero, su perfecto contoneo y sus cada vez menos perfectos polvos.*

*Comida, alcohol y buena compañía podían anestesiar el temor a la soledad. Rodeada de mujeres sabía que pronto habría por allí algún hombre desnudo, como manda la tradición.*

*Corriendo el vino y las risas llegó la tarta (De aspecto fálico, por supuesto)*

*—Alguien tiene que morir para que el resto de nosotros valore más la vida —recita, sonriendo, Doña Puri.*

*Recostada contra su silla, tranquila, nos miraba. Y yo, que ya hacía tiempo que habría tenido que dejar de beber, me despejé al instante.*

*—Puri, nena... ¡Qué siniestra te pones!*

*—Son palabras de Virginia Woolf.*

*—Muerta arrojándose a un río con los bolsillos llenos de piedras...*

*—Si...suicida, y bipolar, y bisexual, y promiscua ... lo que nos lleva al tema de hoy.*

*Apoya sus codos sobre la mesa.*

*—Señoras...me muero. Así que he pensado que no me da la gana.*

*La conmoción esperada, las preguntas. Algún llanto...*

*—Señoras, señoras... ¡Por favor! Esto ya está hecho. Lleva ya semanas hecho. Me muero. Está claro. Bueno, ya sabéis cómo son los oncólogos. El mío dice que no. Que puedo aguantar por lo menos un año con quimio paliativa. Y chicas, ya sé lo que es eso. Y mira, para ganar 6 o 7 meses más, que encima van a ser en invierno, paso.*

*—No vas a hacer quimio.*

*—Bueno, no es tan terrible. Tengo corticoides y un montón de fentanilo. De hecho, llevo ya algunos días de viaje en viaje gracias a eso. Pero ya tengo mis planes, ya sabéis. Esto tiene que ser una buena despedida... así que aquí viene mi regalo.*

*Y de un modo ridículamente inapropiado alguien bajó las luces del reservado y una música fuera de lugar trataba de arrancarnos del momento traumático que vivíamos. Una sombra de casi dos metros de alto por dos de ancho se encaminó hasta la silla de la protagonista de la noche, disfrazado de policía, de bombero o de algo similar.*

*“Alguien tiene que morir para que el resto de nosotros valore más la vida” había sido la declaración de intenciones de Doña Puri, robándonos sin pudor cualquier posibilidad de reacción, cualquier opción de lástima y negando tajantemente cualquier intento de hacerla cambiar de opinión. Decidida a morir para valorar más la vida.*

*Volví mi mirada hacia el tipo que se contoneaba ante Doña Puri. Grande como un armario empotrado, tatuado, cabeza afeitada, mandíbula firme. Vale, no era Dwayne Johnson, pero un aire le daba. Y dejarse llevar por el momento era lo que Doña Puri quería.*

*Así que ahí me vi yo, recién enterada del diagnóstico (que posiblemente ya sospechaba) de mi amiga y con un perfecto espécimen del género masculino restregando cebolleta mientras Doña Tecla y Doña Petarda trataban de asumir el trago.*

*¿Cómo llevó lo uno a lo otro? Supongo que el enfrentarse de golpe a la insoportable levedad de la vida humana nos hizo a Dwayne y a mí estar más sensibles. Si. Sé que no se llama Dwayne, pero si en algún momento me dijo su nombre no lo recuerdo.*

*Tras haber mostrado su cuerpo semidesnudo frente a nosotras se quedó, por algún motivo, enganchado a nuestra noche. Ya vestido de persona normal, de esas que no se sujetan el pene con una goma para mantenerlo semierecto, se sentó a mi lado, copa en mano, inundado de la emoción del momento.*

*Doña Puri me explicaba cómo había planificado su final. La muerte ya le había golpeado fuerte y ella se había levantado y se había bebido la vida de todos los modos posibles. Y ahora nadie le iba a echar de la fiesta: ella decidía cómo y cuándo irse.*

*Dwayne escuchaba con su brazo junto al mío. Hacía cinco años que había perdido a su madre por un cáncer de páncreas. Rápido, pero no lo suficiente como para no verla consumirse y sufrir. La mirada compungida, aquel hombretón de dos por dos se hacía un niño a mi lado. ¿Cómo no consolarle?*

*Recuerdo haber ido a un rincón casi en volandas con Dwayne mientras veía a Doña Puri secar las lágrimas de Doña Petarda. A Doña Tecla meditando frente a un gintonic y a la hermana de Doña Puri tomar sus cosas para irse.*

*Recuerdo las escaleras del piso de Dwayne y como el corsé se soltó aún en el rellano. Una sombra de vergüenza al verme expuesta que se perdió*

*cuando él enredó sus dedos en mi pelo y yo acaricié la suavidad de su cabeza tatuada.*

*Volaron los tacones, volaron los vaqueros y se esfumó la ropa interior. No sé cómo acabó su cara entre mis pechos y sus manos entre mis piernas, pero recuerdo pensar en lo bien que se le daba utilizarlas.*

*Y de pronto era ligera como una bailarina entre unos brazos que me hacían bailar. Igual— pensé— el problema nunca ha sido mi peso, sino que los tipos que había buscado hasta ahora no eran lo suficientemente fuertes.*

*Y los pellejos se volvieron piel tersa, sensible y que recibía las caricias como la primera lluvia después del verano. Ansiosa.*

*Todo era sentir, cálida y húmeda. En un sexo que se había imaginado salvaje pero había resultado de magia y ternura extrema. Un niño en cuerpo de gigante sexuado en busca de un útero que le acogiese. Una mujer madre y deseante, todo mezclado y confuso. Y no importaba.*

*Sé que se perdió entre mis piernas y que no quedó rincón sin explorar. Que su lengua se movía mejor aún que su cuerpo al desnudarse un rato antes. Que le correspondí con la mamada más placentera que había hecho en mi vida. ¡Qué bien olía ese chico! Que lo saboreé hasta consumirlo y me correspondió con sus manos hábiles primero y pocos minutos tras haberse corrido en mi boca, con una polla perfectamente amenazante.*

*Recuerdo que en algún momento me tomó en brazos y todo mi peso caía sobre su pelvis. Como entraba lentamente mientras me apoyaba contra la pared, contra la mesa, contra el lavabo. Despacio, mirándome a los ojos. Tomando mi pecho con manos grandes y suaves.*

*No sé cuánto tiempo siguió dentro de mi. Recuerdo la ternura que contrastaba con su cuerpo tosco y duro, los movimientos suaves y armónicos, las caricias tiernas. Recuerdo también que acabó sobre mí y, sin salir, apoyó su cabeza sobre mi pecho.*

*Cuando ya no quedaban más orgasmos que regalarnos dibujó con sus dedos cada una de mis estrias forjadas a pulso y yo dibujé cada una de las líneas de sus tatuajes. Me contó la historia de cada uno de ellos. Cuándo, cómo y por qué se los había hecho. Supe cuál era por su madre, cuál por su perro y cuál por la mujer que le rompió el corazón. El que se hizo llorando, el que se hizo borracho y el que se hizo al salir de una borrachera. Así, dibujo a dibujo aprendí la historia de su vida antes del amanecer.*

*Pero no me preguntéis por su nombre.*

### *El Polvo extra*

El polvo extra es ese con el que no contabas. Tu ibas ahí a otra cosa pero, pim, pam,pim, pam. Es que me han liado y no es lo que parece, yo solamente pasaba por aquí...

Aunque no lo parezca, el polvo extra conlleva serias complicaciones logísticas. Lo primero: ¿Llevas condón? Porque si llevas condón es que no es tan sorpresa: Alguna posibilidad tenías de echarlo. Eso o tienes uno a punto de caducar en la cartera, que lo pagaste posiblemente en pesetas.

Pero no solo eso: Para el polvo extra generalmente no vas tan depilada, no llevas tu lencería mona que te disimula la lorza, tienes algún grano indeseable y además puede que incluso tu amiga te esté esperando a la salida del pub.

Aún así, bien llevado, esa es parte de su virtud. El polvo extra surge en un momento inesperado y gratuito de calentón en el que te das cuenta de que ni los pelos, ni los granos, ni las bragas de cuello vuelto que te has puesto son lo suficientemente importantes como para evitar que dejes salir toda tu lujuria.

## XXVI

Alguien tiene que morir para que el resto de nosotros valore más la vida. Y camino hacia su cuerpo sentíamos cada caricia que la arena tibia hacía en nuestros pies. La luz naranja apenas calentaba ya, el olor del mar, salado, su sonido, su reflejo casi rojo. Cada instante eterno de aquel camino valoramos. Cada instante de las últimas 2 semanas. Cada recuerdo de las últimas vidas.

### *~ Problemas logísticos ~*

*La fragilidad de la vida da perspectiva. Ocurre cada vez que perdemos a alguien. Tan joven, tanta vida por delante, no somos nadie y tal.*

*Y con esa perspectiva algunas personas hacen cosas que no habrían hecho nunca.*

*Llegó Doña Petarda a su casa mientras yo, presumiblemente, estaba acariciando tatuajes. Don Pedales le esperaba, como en una película de terror, sentado en un sillón de brazo, con la luz apagada y tomándose un coñac... bueno, no. Eso no. Se estaba tomando un zumo detox de alfalfa y esas mierdas.*

*Lo demás me lo puedo imaginar:*

*—De dónde vienes a estas horas.*

*—De estar con mis amigas.*

*—No te da vergüenza aparecer borracha a estas horas.*

*—Pues si prefieres, no aparezco.*

*Se siguen acusaciones tratando de encontrar verdades inexistentes:*

*—Seguro que has estado con él.*

*—Que no, que he estado con mis compañeras, ya lo sabes, era el cumpleaños de Puri.*

*—Pues a ver qué coño haces tú con esas salidas de mierda...*

*—Por lo menos a ellas se las folla alguien...*

*Y entonces aparece la verdad que no se quiere escuchar:*

*—Tú bien que has follado ya por ahí.*

—Lo que no he follado por aquí, está claro.

—¿Eso es lo único que te importa?

—No, mira. No es lo único que me importa. Me importan más cosas... tantas que he pensado que ya está bien. Ni tú me quieres, ni yo te quiero, ni ya te soporto. Estoy harta de perder mi vida contigo. Me largo, el lunes vengo por mis cosas, espero que no estés aquí.

Y se marchó cerrando la puerta de la casa a sus espaldas, casi ya al amanecer, dejando un no-amante esposo dando gritos dentro de la casa. Corrió por las escaleras hasta la calle temiendo que él la alcanzase, que le hiciese cambiar de opinión, que le hiciese volver atrás.

Apareció ya de mañana en casa de Doña Tecla que, diligente, le preparó la cama del cuarto de invitados y escuchó sus llantos hasta las 10 de la mañana. No se unió a ella, pero envidió su valor. Cuando por fin se quedó dormida, ya había tomado una decisión.

A la una y media, puntuales como siempre, aparecieron sus hijos y Don Rarito en la puerta esperando su almuerzo. Ella los recibió en la puerta, con el maquillaje corrido, el pelo sin lavar, la bata medio abierta y las tetas pendulantes colgando dentro de ellas.

“Hoy os vais a comer por ahí. Y, querido, por favor. Dame las llaves del piso. Yo tengo resaca y no quiero que vuelvas a aparecer por aquí. Nunca.”

Cerró ella también la puerta y la casa que había sido su jaula de oro se transformó en su reino. Encendió un cigarro que tenía escondido desde no se sabe cuando, se sirvió una copa de vino y se sentó en el sillón de Don Rarito, ahora su sillón, mirando por la ventana.

—¿Estás bien? —le preguntó Doña Petarda, que lo había escuchado todo.

—¿Bien? Joder, querida. ¡Qué bien sienta mandar a la mierda a la gente! Y... ¡Joder, qué bien sienta decir Joder!

—¡Joder que sí! ¡A la mierda todo el mundo!

—¡A la mierda!

## XXVII

### ~ *El momento perfecto* ~

*Subí las escaleras con los tacones en la mano, llegando a mi puerta de ese modo indigno en el que se llega a casa de madrugada tras una noche de actividades indebidas. Desmaquillada, despeinada, desequilibrada. Y allí estaba él. Esperándome sentado en el suelo del rellano con cara de no haber roto jamás un plato. No lo esperaba, pero mi cara de sorpresa y, por qué no, un poquito de susto, no debió interpretarla bien porque se levantó, me abrazó con ternura, me besó... “Lo siento, cariño, tenías razón... no he tenido en cuenta tus necesidades...” mientras seguía besándome. Y yo tiesa como un plato pensando que todavía tenía el olor de Dwayne.*

*Temblando abro la puerta, él se saluda a Mr Jones... “Prepara café cariño... yo necesito una ducha”*

*Mientras él se movía por mi cocina como si fuese suya, y le escucho hablar animadamente con Mr Jones, busco en el espejo alguna marca indiscreta sobre mi cuerpo desnudo. Me imagino que mi sexo huele a látex. La piel vuelve a ser lorza, y me siento extrañamente sucia. ¿No habíamos terminado? ¿No era esto un rollo de esos abiertos? ¿Por qué tengo que esconderme? Y, sin embargo, me siento completamente culpable.*

*Una larga ducha con agua caliente no conseguía quitarme esa sensación, pero sí, al menos, el olor del perfume de Dwayne. (¿Cómo se llamará, realmente, ese chiquito encantador?)*

*Al salir había preparado café y tostadas y me esperaba con ellas sobre el sofá. Me volvió a pedir disculpas, me sonrió con su sonrisa encantadora y me acarició como sólo él sabía acariciarme.*

*La infidelidad, descubrí en aquel momento, tiene algunos problemas logísticos importantes. Si bien es cierto que yo no tenía nada que ocultar y que ante cualquier tribunal nosotros habíamos roto, quedaban cuestiones como pensar en el olor del otro hombre, si tenía alguna marca o mordisco en el cuerpo, si estarían a la vista los condones que llevaba en el bolso o.. peor aún, si Don Perfecto tendría ganas de algo porque yo, en ese momento, no*

*tenía —de un modo absolutamente literal— el chichi para farolillos.*

*Y sí, no me equivocaba. Don Perfecto estaba esperando el polvo de reconciliación. Ese polvo extra-apasionado, húmedo y sinuoso que se echa cuando ya creías (y posiblemente tuvieses razón) que esa relación se había acabado. Ese que es más entregado que ninguno, más dulce y más marrano...*

*Y yo venía caminando como si me hubiese dejado el caballo en casa.*

*Así que rápidamente me inventé una regla ultra dolorosa, me hice la enfermita y me metí en la cama porque, ya sabes, cosas de mujeres. Y allí estaba el pobre, dejándome dormir y preparándome un caldito mientras yo me quedaba en la cama con los ojos abiertos como ventanales góticos. Estaba sorprendida por mi propia capacidad para mentir. Me movía entre la culpa y el orgullo de ser capaz de hacerlo así. Pero lo peor era tener a aquel Adonis en mi cocina cuando yo, la verdad, no tenía en aquel momento demasiadas ganas de continuar con la relación.*

*Vino, cariñoso, a traerme el caldo a la cama. Sentado a mi lado, comenzó a hacer planes para las siguientes semanas.*

*—No, pero yo posiblemente me marche la segunda quincena de mayo con mis compañeras. Hemos organizado un viaje...*

*—¿Un viaje? Pero tengo planes juntos...*

*—Ya corazón, pero es que es importante. Me voy con ellas.*

*—Sin consultarlo*

*—¿Consultar qué? Tú y yo... hemos roto. Y los planes los has hecho tú solit*

*Y ya empezamos de nuevo mal. Igual era yo el problema, que no tenía edad para estar consultando cosas a nadie. Bastante tenía ya con organizarme con los niños y con Don Padre como para tener que cuidar el ego de Don Perfecto.*

*Y antes de que quemase mis barcos, fui salvada por la campana. Sonó el timbre y Mr. Jones anunció con un solitario, profundo e intenso ladrido, la llegada de los niños. ¿Qué hora era ya?*

*Don Perfecto abrió la puerta sin darme tiempo a reaccionar. Al salir del cuarto pude ver, no sin cierto placer, aquella lucha de gallos.*

*De un lado, Don Padre con su sonrisa congelada mirando a Don Perfecto. Con su pelo implantado ordenadamente como un campo de olivos en miniatura, su bronceado de rayos UVA, su sonrisa de porcelana (literal) y su vestuario de camiseta ridículamente ajustada y pantalones por los*

*tobillitos. El máximo exponente de la crisis vital de los 40.*

*De otro, Don Perfecto, con su pelo perfecto, su piel perfecta, su sonrisa perfecta y su ropa perfecta.*

*De repente me dieron unas ganas locas de llevármelo a la cama, con escocimiento genital o sin él.*

*Pero Don Ojos Grandes y Doña Sonrisas ya corrían pasillo adentro con Mr Jones, y yo saboreaba mi victoria.*

*Don Padre, ya sin adoptar el tono seductor que le acompañaba, me puso al día de los detalles de fin de semana de los peques.*

*—Oye... tengo que pedirte un favor. Necesito que te los quedes, dos semanas. Es importante.*

*—¿Y eso? ¿Qué ocurre?*

*Y por un momento me pareció francamente preocupado. Don Perfecto ya cogía su chaqueta para marcharse, incómodo. Don Padre se quedó conmigo y me dí cuenta de que me apetecía más contarle todo a mi ex marido que a mi casi ex amante. Cosas de la vida.*

*Y cosas de la vida, también, sorpresas, ver que se mostraba completamente colaborador —si claro, vete. Yo me quedo con los niños sin problemas. Cuanto lo siento Victoria. Es una faena.*

*Y así, como quien no quiere la cosa, se quedó a tomar café, y a cenar, y a recenar. Hablando de todo un poco, de su próxima paternidad, de sus miedos y de los míos. Incluso hablando de Don Perfecto —oye, es guapo, la verdad— y de el poco o mucho futuro que nos quedaba.*

*Como viejos amigos que se reencuentran, hablamos también de la perfecta Diosa de Ébano.*

*—Es maravillosa, bellísima, dulce. Pero muy joven. Y eso supone muchas cosas. Supone que cuando se enfada es una tormenta tropical. Yo no recordaba que tú te enfadases así. Madre mía. Y ya no sé qué hacer. Si me quedo, va subiendo en intensidad. Si me marcho lo toma como un abandono, o una afrenta personal... no lo sé.*

*Y luego están sus amigos. ¿Sabes lo que es verte rodeado de tíos a los que le llevas 15 años, que parece que duerman en un gimnasio, que se depilan las cejitas —si, lo sé, yo también, pero por ellos— y se peinan la barba? Y tener que hablar con ellos... Oye, ni la metamorfosis de Kafka se han leído estos tipos. Con lo cortita que es...*

*Mira, salimos. Yo el primero, encantado. La Diosa de Ébano baila genial. En 5 minutos tienes a toda la sala a su alrededor. Que mosquea un*

*poco pero es normal, ya me he acostumbrado. Ese no es el problema. De hecho, me siento un poco... no sé, orgulloso. Todos la miran y ella viene y se abraza a mí.*

*El problema es que a las 3 de la mañana digo de irnos y me dice que es muy temprano...*

*Por lo menos con el embarazo tiene menos aguante. Porque a mí me dura la resaca una semana.*

*—Y esa es otra... dentro de poco vuelves a ser padre.*

*—Si... creo que no voy a ser capaz de hacerlo bien. Otra vez.*

*—No lo haces tan mal.*

*—Seamos sinceros. Lo hago de pena. Estoy y no estoy. No los soporto demasiado, soy egoísta, no dejo de hacer mis propios planes sin contar con vosotros. Si lo peor es que lo sé. Pero no sé si puedo, o quiero cambiarlo. Y si lo intento cambiar... pero este soy yo... y vivo una vida que no es mía.*

*—Desde que nacieron los niños mi vida no es mía.*

*—Si, los niños tienen ese detalle que nadie te cuenta.*

*—Ya no vives tu vida, vives la de ellos. Por cierto. Es tarde y voy a hacer cena. Te puedes quedar, si te apetece.*

*Me gustó, en ese momento, poder hablar con Don Padre sin el rol de abandonada ni abandonante. Recordé que en el fondo era un buen tipo. Algo inseguro, algo traidor, pero que siempre me había caído bien. Incluso me alegré de que, pese a todo ese egoísmo confesado fuese con él con quien estaba criando a mis hijos.*

*—¿Y quién es él? —Me preguntó mientras batía unos huevos— ¿En qué lugar se enamoró de ti?*

*—¿Le pregunto a qué dedica el tiempo libre? No importa demasiado... no va a ser mucho más.*

*—¿Y eso? La verdad es que está impresionante el tipo. Me gusta hasta a mí.*

*—Y se gusta a él. No sé. Entre egoísta, narcisista, dominante y que, la verdad, el repertorio erótico festivo se le acaba pronto...*

*—¿En serio?*

*—Aburrido, cariño. Al principio tiene su gracia pero luego es siempre igual. Y... ¿Tú sabes esa gente que se va mirando en los escaparates? Pues él tiene un espejo en el dormitorio. Y es para mirarse él. No te digo más....*

*—Ostras, cariño. Te lo has buscado rarito...*

*—Pues si te cuento lo de anoche...*

*Y se lo conté, y se alegró por mí, y nos reímos juntos —¿Pero de verdad no sabes cómo se llama? —Supongo que Puri lo sabrá, lo contrató ella—. Y de tanto reír volví-volvimos a sentir algo de aquella complicidad que tuvimos un día, y algo de aquel erotismo que vivimos al inicio. Por un momento fantaseé con que el polvo de reconciliación no fuese con Don Perfecto pero... tan complicado todo. Tantos elementos se mezclaban... ¿Cuánto dolor podíamos ocasionar? Pero... ¿No sería poético? Me lo robó cuando estaba a punto de parir a su hija, y ahora llevármelo yo cuando iba a parir ella.*

*Iniciar un círculo infinito de traiciones y dolor no parecía lo más inteligente. Aquel hombre de amores lábiles no duraría demasiado a mi lado. Y yo no tardaría demasiado en volver a mi espiral de autodestrucción.*

*Posiblemente él pudo pensar lo mismo que yo, cuando se hizo un silencio entre nosotros y dio, literalmente, un paso a un lado, dejando un espacio insalvable entre nosotros.*

*—¿Amigos? —preguntó en tono bajo*

*—Amigos. Buenos amigos.*

## XXVIII

*¿Qué voy a decir? No le sentó muy bien. Entre pedir los días y organizar el alojamiento pasaron unos momentos preciosos en los que podía haberse convertido en el novio perfecto que dice “pásalo bien con tus amigas, aquí estaré yo a la vuelta”, pero en vez de eso fue uno de los de “no, si no me molesta. Tengo el morro así de largo por culpa de la ley de la gravedad...”*

*Y lo peor es que no me importaba.*

*Y cuanto menos me importaba a mí, más le molestaba a él.*

*Total, que llegábamos a la cafetería y se quedaba en la barra en vez de sentarse con nosotras... pues mejor, más espacio. Que llega la hora de comer y no me dice nada, pues hago dieta. Y así todo. Pobrecito.*

*Ya el último día se me acercó entre indignado, dolido y arrepentido.*

*—Te voy a echar de menos estos 15 días...*

*Y no sabía qué responderle*

*—Bueno, voy a volver.*

*—Hemos estado peleados muy tontamente. ¿No crees?*

*—La verdad es que te has peleado tú solo. Yo solamente observo.*

*—Y no he pasado muy bien el exámen.*

*—No... no mucho, la verdad.*

*—¿Te apetece que nos veamos esta tarde?*

*Y mi mirada lo dijo todo. Pobrecito, no acostumbrado a ser despreciado. Y menos por una manatí rondado los 40. La herida narcisista debió ser tan profunda que sus pies de barro se podían ver temblar. Cabizbajo, sorprendido e indignado, se fue por donde había venido.*

*Justo 24 horas después estaba mirando al mar desde un balcón en Algeciras con un margarita en la mano.*

*—Mira, algo bueno tiene ser una ex alcohólica con fecha de caducidad próxima: puedo volver a beber sin problemas.*

*—¿Y el fentanilo?*

*—Bueno... hay que reconocer que es una mezcla muy interesante. Pero no se lo digas a nadie.*

*En la habitación, una bolsa negra porta toda la medicación que va a*

*necesitar estos días. El modo de obtenerla... quizás no ha sido muy legal, pero nadie sabía nada y, para cuando se enterasen, ya no importaría.*

*—He de reconocerte que a veces tengo miedo.*

*—Me parece normal.*

*—Supongo. Tengo miedo a cómo será. ¿Sabes? He visto morir a mucha gente. Más que tú, seguro.*

*—Por supuesto. Los míos, generalmente, no se mueren. Se matan.*

*—Pues yo voy a ser una de esas entonces. ¿Soy de los tuyos?*

*—Has sido un poco loca toda la vida.*

*—Ahí tienes razón. Pero sí. Tengo miedo. Cuando la gente muere, generalmente, no lo hace en paz. Casi siempre es demasiado pronto. Casi nunca están preparados. Si están medianamente conscientes puedes ver el miedo en su mirada. Los estertores, el ahogo, el dolor...La muerte no es bella.*

*—Pero tú tienes drogas.*

*—De las mejores, seguro. Pero aún cuando están sedados no siempre parecen en paz.*

*—Lo que ves cuando mueren no es más que el resultado de unos músculos que se relajan y carne que se deshidrata. Dudo mucho que tenga que ver con el estado emocional.*

*—No lo sé. Porque sin embargo, recuerdo una mujer... Esa mujer me ha hecho pensar ¿sabes? No era muy mayor, pero tenía una fibrosis pulmonar. Estaba atada a una botella de oxígeno. Supongo que ya estaba cansada.*

*Me pregunto por qué me acuerdo de ella ahora.*

*El asunto es que aquella mujer sabía que llevaba tiempo muriéndose. No estaba bien, no era justo. Era una buena tipa ¿sabes?. Eso se nota. Cuando vienen acompañados de familiares que notas que les quieren, sin dobleces, sin reproches, incondicionalmente, te hace pensar que necesariamente tiene que ser una buena persona.*

*Era dulce, educada. Su hija también. Hablaban con tranquilidad las dos. Con pena, pero con paz. Sin desgarros, sin llanto. Tenían ya asumido lo que pasaría tarde o temprano. Supongo que cuando vinieron no pensaban que sería tan temprano pero... ¿quién está realmente preparado para eso?*

*Su hija se quedó junto a su cama, la madre se fue apagando. ¡Me parecían tan dulces! ¿Sabes? En un momento me sentía desesperada por no poder hacer trabajado mientras su enfermedad se lo había permitido.*

*No sé qué me removió, pero no quería que se muriese. Y en un momento*

*dado, me di cuenta de que ellas, madre e hija, me estaban consolando a mí.*

*Y mira, Victoria. Esa mujer murió en paz. En silencio, con la mano en la mano de su hija, con el rostro delgado y seco, pero tranquilo. Creo que su último aliento fue un buen momento para ella. Me gustaría morir como ella, pero creo que yo no voy a tener quien soporte mi mano. Pero estáis aquí vosotras. Al menos...*

*Tengo algunos momentos, también, en que dudo. Dudo de que todo esto sea el final. Pienso que igual mi niño me está esperando en algún sitio. Es mentira, lo se. Soy una ferviente atea y nada me jodería más que descubrir que he estado equivocada toda la vida al encontrarme a las puertas del cielo. Además... ¿Tú crees que me dejarían pasar? Posiblemente no. Pero ese resquicio de esperanza de volver a verle, una vez más me da un poco de luz. Ni siquiera pude estar en su entierro, no pude verle. Solamente me encontré una lápida con una foto. No debería ser así. Si no podemos evitar que nuestros niños mueran, al menos deberíamos poder despedirnos de sus cuerpecitos. Y yo no pude. No le acompañé cuando se fue. Él no tuvo a nadie que soportase su mano al final. ¿Puede una madre fracasar más estrepitosamente que yo? Ni siquiera consolé a mi hijo cuando moría. Por eso a veces me da por pensar que, si hay un más allá, si mi hijo está allí, no me estará esperando a mí.*

*—Lo hacemos lo mejor que podemos, no bien. Como madres hacemos nuestro mejor intento y fracasamos muchas veces. Y cielo, creo que queda claro que en este caso no fue culpa tuya.*

*—No fue culpa mía, pero fue por mi causa. Pero no puedo cambiar el pasado.*

*—Una pregunta... ¿Quién pensabas que te mandaba esas notas?*

*—¿Notas?*

*—Sí, querida. Las que te he ido dejando en tu consulta.*

*—¿Tú?*

*—Por supuesto que era yo. Un juego tonto pero... al ver que ninguna decía nada, pensé que sería interesante seguir.*

*—¿También a ellas?*

*—Cada una con lo suyo... lo que se me ocurría al miraros por la mañana. Lo que no quería que se me quedase sin decir... lo apuntaba y os lo dejaba cuando podía. Me sorprendió vuestro silencio. Supuse que tú habrías pensado que era cosa de Don Perfecto. La Petarda se lo achacaría a su enfermero, supongo. Pero... ¿Y Doña Tecla? ¿Qué pensó ella?*

—¿Qué pensé de qué? —entraba en el balcón. Había estado hablando acaloradamente con Don Rarito por teléfono.

—De las notas.

—Ah... bueno. A todo el mundo le gusta un admirador secreto ¿no? Pensé que habría sido algún paciente, luego algún compañero. Incluso se me ocurrió que pudiese ser mi futuro ex marido. Como en “un ramito de violetas...”

—¿Y lo dejaste estar?

—Chica, vivo muy ocupada. Bueno, vivía. Ahora estoy mejor.

Doña Puri ya había dejado de comer —no de beber—. Ni siquiera los corticoides ayudaban ya. En los brazos marcas rojas que hablaban de su mal estado. Sobre las clavículas y bajo los ojos había ya una profundidad delatadora. Sin embargo, esas dos semanas estuvo maquillándose cada mañana.

Paseamos distintas playas de arena dorada, alguna de piedras. Todas vacías en aquella época salvo por algún jubilado alemán y buceadores y surfers vocacionales.

Los jubilados se podían diferenciar claramente por el espectro cromático. Aquellos recientes que aún se ponían cremas, sus carnes llenas y turgentes y la piel claramente rojo gamba arrocera, eran los europeos recién llegados. Sin embargo, según pasaban del primer año su piel se iba tornando más marrón, apergaminada, con pliegues finos y la textura de las hojas del tabaco en un secadero.

Mientras los primeros parecían plenos de satisfacción, los segundos vivían con imagen de vida prestada, de que ya nada les importaba y mucho menos el mundo de ajetreo y preocupaciones en el que los demás vivíamos y que ellos ya apenas recordaban.. Paseaban con su camiseta de tirantes, sus calcetines blancos a media pierna y sus pequeñas gorritas, riñonera en ristre y paso lento. Por un camino que inexorablemente comenzaba en el paseo marítimo de cualquier pueblo costero y acababa en algún tanatorio repleto de cadáveres bronceados.

El agua estaba fría, pero la arena lo suficientemente tibia para que no fuese desagradable mojarse los pies.

Cada mañana bajábamos a las distintas playas que había en nuestra ruta desde cada hotel reservado. Y cada noche había algún chiringuito, algún concierto de música o algún recital a los que acudir. Ella caminaba cada vez más despacio, cada vez más débil. Siempre de la mano de su

*querubín de pelo negro, que se había convertido en su báculo.*

*Él, pobre, ya se había cansado de lloriquear tratando de que iniciase tratamiento. Ella le había dulcificado la realidad mintiéndole con que a la vuelta del viaje lo haría, que daría tiempo. Ella contaba un cuento y él hacía como si se lo creyese.*

*Cada día comía menos, cada día más espacio bajo sus ojos. Siempre bien pintada.*

*Sobre la silla, a la última hora de la tarde. La playa vacía y mirando el mar. Dos cuerpos cubiertos de neopreno jugaban con las olas.*

*—¿Me voy a morir sin que me preguntes el número del stripper?*

*—No sé si te lo voy a pedir. Era un chico agradable. Un chico agradable buscando una MILF, y no sé si cumplo el patrón.*

*—Evidentemente sí. Bueno, ¿Qué te voy a decir yo de chicos que buscan MILFs?*

*Los dos surfistas salían del agua, hablando animadamente. El uno con el pelo quemado por el sol, el otro con la piel negra de azabache, el pelo ensortijado y los ojos como dos grandes ventanas. Doña Petarda se quedó mirándolos, con su perfecta estampa, y ellos desviaron su camino para sentarse junto a nosotras. El imán Petarda, que no falla.*

*Nuestra historia emocional y sexual, nuestros recuerdos de placeres, codifica nuestra conducta erótica. Pruebas algo que por algún motivo te activa esas memorias placenteras y ya cuesta tanto cambiar...*

*Así que Doña Petarda se tomaba un par de copas con aquel tipo que apenas se distinguía en la oscuridad de la noche y poco después se perdía entre las dunas con él.*

*Porque, una vez superado el miedo a ser pillado cometiendo un ilícito, llega el placer de ser observado. Y mi querida/odiada Doña Petarda se inició en lo que después sería un largo camino en el dogging junto a un joven de acento extraño, sabor a mar, y ojos como grandes ventanas, recortando su piel blanca-hospital en la piel azabache de él.*

*Qué otras almas se arrastrasen en aquella arena? no lo sé. Hubo otras, seguro, que miraron o participaron. Lo que pasa entre las dunas siempre se queda entre las dunas.*

*Mientras Doña Petarda y su cuerpo enjuto se alejaban de la mano, su compañero de pelo rubio se acercaba a mí en cada sorbo a mi copa.*

*¿Hablar mucho o hablar poco? Demasiado hablamos, evidentemente, cuando el camarero ya había pasado insistentemente la bayeta por nuestra*

*parte de la barra mientras refunfuñaba entre dientes 3 o 4 veces, tratando de echarnos educadamente.*

*Y sí, acabamos encontrando el amanecer tumbados sobre mi cama, medio dormidos, completamente vestidos y tras habernos relatado como perfectos desconocidos todos nuestros miedos y miserias vitales.*

*Inmigrante, hijo de argentinos que en su infancia habían gozado de una buena situación económica, cuando llegó el corralito tomaron un avión y lo que les cabía en la maleta antes de que alguien matase a su hijo por unas zapatillas de deporte.*

*Creció sabiendo que todo lo material era efímero y decidió vivir su vida con pocas pertenencias y muchas experiencias. Sonaba poético, fantasioso y pueril. Pero aquella noche me valía.*

*Al día siguiente su amigo desapareció no sé si entre las olas, entre las arenas o entre las gentes del chiringuito. Pero él por algún motivo extraño se quedó colgado de grupo de cuarentonas amantes de la muerte.*

*Cada día se llenaba de mar mientras yo me mojaba los pies y cada noche dormía o no dormía a mi lado sin tocarnos nunca y posiblemente sin deseo de hacerlo. No aburridos, la química estaba ahí, pero tal vez hermanados de algún modo extraño. O quizás simplemente aquella cabecita quemada por el sol había decidido simplemente observar qué es lo que ocurría y ahorrarse el coste de la habitación del hotel.*

*Y llegó el momento. Llegó ese atardecer sobre la playa dorada en el que doña Puri respiro profundamente y dijo: “Este momento es perfecto”*

*Y lo era. Tan perfecto o imperfecto como cualquier otro. Sin viento, con el sol templando levemente la piel, la arena tibia que se metía entre sus dedos y las olas suaves que nacían muy profundas en el mar. Sin resaca, sin ruidos. Solo ella sentada frente al mar. Ella y su pequeño neceser.*

*Nos fuimos camino al chiringuito. Allí esperamos un poco y pedimos una copa para cada uno y otra para nuestra amiga que estaba esperando en la orilla.*

*La historia estaba bien preparada. Solamente nosotras lo sabíamos. Ella hizo su camino sola —te harán preguntas. No sabes nada—. Yo no sabía nada. No sabía cuándo ni cómo. Sabía de la existencia de aquel neceser misterioso del que no se separaba. Sabía que estaba buscando el momento perfecto, la luz, la temperatura y el viento. Que le preocupaba que la muerte le llegase antes de que ella le llamase. Quería tener las riendas. Pero, oficialmente, solamente sabíamos que había decidido aplazar el tratamiento*

*para después del viaje.*

*En el borde del mar, con el agua mojándole los pies, se tomó un tiempo para maquillarse un poco más. Porque oye, ¡la muerte es algo jodidamente desfavorecedor!*

*Los muertos no se suelen quedar con la cara plácida y sonrosada. No.*

*Cuando te vas a morir la piel se queda aún más pálida, y los labios se ponen azules y reseca. Así que ella se puso una base cubriente y un pintalabios de tono coral. Las orejas se repliegan, y se te quedan las puntas de los lóbulos hacia afuera. Por eso se colocó unos pendientes pesados. Los párpados inferiores caen, abriéndose como cuando de pequeños el médico nos miraba si teníamos anemia. Por eso se puso un buen Kohal. La nariz se afila y apunta hacia abajo, como señalando el destino. Así que se la dibujó algo más amplia con un contouring a lo Kardashian.*

*Sabía que, al esperar a la muerte a puerta gayola, la imagen de su cuerpo inerte (de su carcasa) se quedaría en nuestras retinas. Y ella era demasiado divina para que la recordásemos de un modo tan vulgar.*

*Tras un tiempo prudencial, el necesario para que los testigos nos viesan bien en el chiringuito, volvimos con ella. Desde lo lejos vi su cabeza reposar sobre el hombro derecho como en una siesta excesiva. El brazo sobre la arena, había caído del reposabrazos de la silla. Silencio.*

*El Querubín llevaba la copa en la mano y la dejó caer. Se quedó a su lado, en silencio. Junto a su madre-novia mientras el espectáculo se desarrollaba: La llamada al 112, la llegada del servicio de urgencias, la policía, algunas preguntas... pero no sabíamos nada. La aguja colgando del brazo ya lo contaba todo. El gatzpacho de fármacos que había usado era un misterio.*

*Me arrodillé un momento frente a ella. Sus labios de coral, su colorete. Su miedo a la angustia de morir había sido infundado. A diferencia de todos los muertos que había podido ver ya, ella estaba hermosa. Con su cabeza apoyada, dormida casi. Por un momento pensé en alargar el brazo para despertarla. Pero se le veía en paz. Habría sido un pecado perturbarla.*

*En unas horas levantaron el cuerpo y el Querubín continuó junto a ella todo aquel tiempo. Luego nos fuimos al hotel. El del pelo trigueño y yo.*

*En silencio, nos volvimos a tumbar una vez más en aquella cama que alguna Kelly había hecho primorosamente. Y entonces nos rozamos. En unos minutos alguien llamó a la puerta y el amante de Doña Petarda hizo su aparición estelar con un par de botellas de vino. Mi amigo sirvió las copas*

*y se sentó, en silencio, en una silla frente a la cama. Mirando.*

*Supongo que la emoción de la pérdida, el duelo o el saber que sería la última noche. Pero en aquel momento todo me dio igual y decidí entregarme a aquel momento de locura. Bajo la atenta mirada del rubio mirón y la salada piel del moreno exhibicionista, mi piel despertó. Toda mi piel se fundió con él. Traté de quedarme con cada gota de aquel olor a sal, de saborearlo. Y sin palabras, él hizo lo mismo.*

*Un sexo silencioso, lento y húmedo. Acoplándose dos cuerpos casi por intuición en una danza de sordos que se mueven por las vibraciones. ¡Qué lindo es ese sexo cálido de la última noche! ¡Qué intenso cuando te haces tan consciente de tu propia levedad! En algún momento pude ver como la mano del mirón se movía lentamente sobre su pelvis. Y lentamente comencé a lucirme ante mi público unipersonal. La presencia de aquel observador me hizo desear, me hizo verme más erótica y mostrar, como un pavo real, todo mi repertorio.*

*Cabalgué arqueando mi espalda para sentir la pelvis del otro, arañé, mordí, chupé y me llené mientras miraba a los ojos al rubio. Inmovilicé y me follé a aquel amigo hasta casi acabar con él. Bailé por todo el escenario-cama. Jugué con el contraste de sus manos negras sobre mis tetas blancas. Para después arrodillarme frente a mi compañero y meterme su polla con sabor a mar en la boca mientras su amigo hacía lo propio con la suya por el otro extremo de mi cuerpo.*

*No rechazó el argentino la invitación a participar y viví entonces la maravillosa sensación de ser acariciada por cuatro manos y besada por dos bocas. Al mismo tiempo, alternando, mirando. Con la polla de uno en la boca mientras la boca del otro buscaba entre mis piernas. Todo ese sexo que nos habíamos negado los últimos días, por duplicado.*

*Tras aquellos momentos nos quedamos los dos, los tres, relajados. Acariciándonos todos, sin palabras, casi deshidratados y mirándonos a los ojos como enamorados. Y supongo que un poco lo estábamos. Pero era de esa clase de amor maravilloso que solo dura lo que dura la ropa en el suelo.*

### ***Sexo de despedida***

El sexo de despedida es como el último bombón. Saber que es el último te obliga a saborear cada matiz del chocolate y eso lo hace mucho más intenso. Te permite mantener un recuerdo de lo maravilloso que es ese chocolate, incluso fantasear

con que ese chocolate sería siempre igual de bueno si pudieses tomarlo todos los días. Pero en el fondo, sabes que si vuelves a comprar otra caja de bombones solamente conseguirás que cada vez te sepa menos y te engorde más.

El sexo de despedida es para disfrutarlo sin hacer planes. Es sexo mindfulness porque te obliga a estar presente en cada detalle, porque si no te lo pierdes. Y chica, si te lo pierdes, ya no hay nada que hacer.

Es un sexo mucho más intenso de lo habitual. Si sabes que es el último polvo, aunque lleves media vida con el tipo, te sabrá a gloria.

Todos tendríamos que tener un polvo de despedida alguna vez.

## XXIX

### *~ El regreso ~*

Al volver, el mundo estaba donde lo habíamos dejado. Don Pedales seguía mandando mensajes desesperados a Doña Petarda, que los ignoraba con la misma elegancia con la que ignoraba a su otrora amante. Poco sabían ellos de la prolija vida sexual que había iniciado entre las dunas. El brillo en la cara, desde luego, no le faltaba.

Don Rarito continuó viviendo en el piso de abajo. Al principio le dio un pequeño infartito cuando vio que Doña Tecla había mudado al Querubín y su Play Station a la casa, pero creo que después le produjo algún tipo de placer pervertido ver a su mujer acompañada de tan joven galán mientras él era relegado a aquella humillante situación.

Está claro que no hay mal que por bien no venga.

Ella reinció su labor de madre durante un tiempo prudencial hasta que el niño se reconcilió con su mamá biológica y decidió finalizar su aventura independiente y regresar al nido, para descanso de todos. Tanta paz lleve como la que dejó.

Por mi parte, evidentemente, al volver Don Perfecto seguía allí, como el famoso dinosaurio. La herida a su ego que el abandono de esta sirena-manatí le había ocasionado, la resolvió con una joven y delgadísima personal Trainer que veneraba cada paso que daba.

En algún momento me recordó significativamente a la crisis existencial que pasaba Don Padre cada cierto tiempo y que le forzaba a hacerse implantes capilares.

En cuanto a mi ex marido, fue padre. Me mandó una foto en el paritorio preciosa, él triunfalmente sosteniendo una niña cubierta de sangre y mucosidades mientras en segundo plano la Diosa de Ébano parecía haber descubierto que de sus antecedentes africanos no había heredado la fortaleza en los partos. Poco después me contaba que los inicios no estaban siendo todo lo idílicos que ella pensaba. Es decir: La niña se empeñaba en comer cuando quería, cagar cuando quería y dormir... nunca. Vamos, lo que es una niña

normal. Y me encantaría decir que la Diosa de Ébano engordó. Pero no. ¡Qué va! Se le puso mejor tipo aún a la...

Y yo adelgacé y me puse estupenda... no, eso no. Está claro. Las nuevas gordas no adelgazamos con tanta facilidad. Ni siquiera puedo decir que dejase del todo de meterme los dedos en la glotis. Puede que en algunos momentos siguiese sintiendo asco de mi misma. Puede ser.

Pero hoy por hoy hay muchos momentos en los que miro al espejo y me veo a mí misma. No me veo hermosa, ni atractiva. Sigo viendo algo de aquel manatí en mi silueta. Pero me veo... dueña. Dueña de mí, con fuerza. No es dolor lo que me devuelve el espejo, sino orgullo por el camino recorrido y las cicatrices que el tránsito ha dejado en mi cuerpo.